



Una lección de seducción

Susan Napier

LDS

Se encontraron en el aeropuerto. Él llevaba un traje y un ordenador portátil, parecía callado y un poco tímido. Definitivamente no era del tipo de hombres que tratan de ligar con alguna turista, ni siquiera aunque esa turista fuera una famosa actriz, como Roz Marlow.

Roz descubrió que se llamaba Luke James, y estaba decidida a descubrir más cosas sobre él… como por ejemplo, por qué la estaba siguiendo. ¿Sería tan inocente como parecía? En realidad lo que necesitaba eran unas buenas lecciones sobre cómo conquistar a una chica. Siguiendo un impulso, Roz decidió ser su profesora. ¡Y Luke aprendía rápido! De hecho, pronto descubrió que no necesitaba ninguna lección. ¡Él podía enseñarle mucho sobre el arte de la seducción!



Susan Napier

Una lección de seducción

Bianca (Marlow, 4) - 800

ePub r1.0
LDS 19.04.16

Título original: *A Lesson in Seduction*
Susan Napier, 1996
Traducción: Isabel Blanco González

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¿ABANDONAR el país?

Rosalind Marlow dejó de dar vueltas por el salón de la casa de campo de sus padres y miró a su madre consternada.

—Sólo durante algún tiempo, querida —murmuró Constance Marlow tranquila, terminando su taza de té y acomodándose en el sofá con expresión inmutable a pesar de la indignación de su hija—. Hasta que se haya acallado el escándalo.

—¿Estás sugiriendo que huya? —preguntó incrédula rechazando la cobardía de tal idea.

Ella y sus seis hermanos habían sido educados en la creencia de que siempre se deben afrontar las consecuencias de los propios actos, por muy dolorosas o vergonzosas que sean. Era imposible que su madre estuviera sugiriendo que comprometiera su honor sólo por pura conveniencia.

Rosalind miró a su padre buscando en el indignación, pero sólo encontró un expresivo gesto de sumisión. Su padre se resignaba a la autoridad de su madre… cuando le convenía. Como director con treinta años de experiencia en el escenario Michael Marlow tenía la habilidad de controlar las volubles personalidades de los egocéntricos adores y adrices que lo rodeaban, tanto en su vida profesional como familiar, incluida su famosa esposa.

—Piensa que son unas vacaciones, querida —murmuró su madre —. Tienes que admitir que hace años que no le tomas unas buenas vacaciones, y después de lo que has tenido que pasar en tu último trabajo te mereces un respiro.

Rosalind se estremeció al recordar su reciente incursión en el mundo del cine. Aquella producción llena de desastres le había convencido de que, como su madre, había nacido para el escenario,

no para la pantalla. Le gustaba pensar en sí misma como una persona lo suficientemente versátil como para enfrentarse a cualquier cosa, pero nunca había disfrutado de la idea de hacer escenas sueltas y repetitivas delante de las cámaras, donde todo se hacía por partes y un montador anónimo controlaba desde su cabina la interpretación del papel.

Nunca hubiera permitido que la adulación le llevara a aceptar el papel principal en una película si no hubiera sido porque la directora, una antigua amiga de la escuela de arte dramático, la pilló en un momento de debilidad y le persuadió de que sería divertido trabajar juntas otra vez. «Divertido». Se había roto una muñeca haciendo proezas acrobáticas y casi se la comen los tiburones.

—Esa no es la cuestión —argumentó erizándose el corto cabello pelirrojo en vivo contraste con su pálida piel y su suéter de cuello alto negro—. Es una cuestión de principios. ¿Por qué voy a huir? ¡No he hecho nada malo!

—Por supuesto que no, querida —intervino su madre herida por la sugerencia de que no confiara en su propia hija.

Rosalind hervía de frustración. Sabía que su madre jugaba descaradamente con su sentido de la culpabilidad, pero había hecho una promesa y no estaba dispuesta a romperla ni siquiera por su familia. Sin embargo, no podía culpar a los que amaba por intentar sacar a la luz la verdad.

—Aunque hubieras hecho algo malo sabes que tendrías nuestro apoyo incondicional —comentó su padre sereno haciéndole sentirse aún peor.

—Yo os lo hubiera dicho —explotó—. Tenéis que aceptar mi palabra de que no he hecho nada de lo que deba avergonzarme.

Evitó mirar hacia la mesita del café, donde se esparcían un montón de periódicos con encabezamientos sensacionalistas. En ellos se le tachaba de gata promiscua, de masculina, de feminista destroza-matrimonios, de huérfana patética con una insaciable necesidad de amor rechazada por su familia y de instrumento impotente de una conspiración alienígena para derrocar a los gobiernos del planeta.

—Creía que ya estábamos de acuerdo en eso —murmuró su hermano mayor desde su asiento al lado de la ventana, dándole la

espalda a su mujer que estaba en el jardín luchando contra sus tres pequeñas fieras. Hugh miró a Rosalind con una expresión de reprobación—. Por desgracia la prensa no es de fiar. Al negarte a contestar a sus preguntas les has dejado en libertad para especular sin obstáculos.

—Hice una declaración, creí que eso sería suficiente —se quejó curvando sus espesas cejas pintadas de oscuro—. Tú eres abogado. ¿Crees que puedo demandarlos para que dejen de acosarme?

Rosalind se inclinó sobre la ventana de la fachada principal y echó una mirada a través de las cortinas. Seguramente los reporteros que la habían estado siguiendo durante la última semana estarían aún agolpados sobre la verja. Se mantuvo firme. No estaba dispuesta a dejarse enjaular ni a que consiguieran lo que querían. Hugh los había amenazado con arrestarlos por sobrepasar los límites de la propiedad, y al menos ya no aporreaban la puerta ni gritaban preguntas a través de la cerradura. Su envergadura física y su mirada fría habían contribuido. No era la primera vez que Roz bendecía a sus padres por haber adoptado a un niño que luego se había convertido en un hombre imponente. Los Marlows de nacimiento eran altos pero delgados, y utilizaban más el encanto que la fuerza bruta para escabullirse de los problemas.

—Es posible, pero aunque tengamos suerte y consigamos una orden judicial para alejarlos de aquí no evitaremos que sigan investigando o fotografiándote en público. De hecho podría ser contraproducente. Siempre pueden alegar que el interés público de este caso trasciende tu derecho a la intimidad por sus implicaciones políticas.

—¡Pero si lo que ha ocurrido no tiene nada que ver con la política! —se lamentó Roz furiosa.

—Está implicada la mujer de un político —la corrigió Hugh—, y con elecciones a la vista todos los partidos tratarán de utilizar todo lo que tengan a su alcance. No dudo de que el Gobierno tiene tanto interés como tú en que la historia se olvide pero no puede hacer nada si no quiere que se le acuse de interferir en la libertad de prensa.

—Bien, en ese caso no veo de que servirá que me vaya. Pensarán que me voy porque soy culpable.

—¿Y qué? Lo piensan de todos modos —opinó otro de sus

hermanos. Richard estaba tumbado en el suelo delante del sofá defendiéndose del ataque de sus dos hijos—. Escucha, Roz tengo experiencia en esto. Todo este juego del escondite con la prensa no hace más que estimular su apetito, y si no les das un escándalo lo inventarán. Eres una bendición para la industria periodística: actriz famosa, con reputación de comportamiento alocado y un cuerpo sexy de ensueño. Si la historia comienza a decaer no tienen más que sacar otra foto tuya con un vestido mini entrando o saliendo de un taxi o peleando con un periodista, ¡y ya está!, ya tienen la tercera página. Les encanta darte caza, vendes.

—Cuidado con tu lengua delante de los niños, Richard —le reprendió su madre.

Richard sonrió. No aparentaba sus treinta y un años. Se levantó del suelo y se sentó soltando con cuidado a sus hijos de su pecho.

—Afróntalo, Roz, no van a abandonar. Las cosas se pueden poner mucho peor y nosotros tendremos que sufrirlo contigo.

Su lamento hizo eco en el resto de la familia de los Marlow, que había ido a disfrutar de lo que Rosalind creía que iba a ser una merienda tranquila. Los únicos que faltaban eran Steve, compositor de rock, en Hollywood y Charlie, mecánico de rallys, al otro lado del océano. En general Rosalind estaba contenta de pertenecer a una familia muy unida, pero algunas veces sus interferencias bienintencionadas sólo complicaban las cosas. En ese momento, por ejemplo, aquella presión disminuía su ya maltrecha confianza en sí misma.

El problema era que su familia le seguía viendo como la chica impulsiva, divertida e imprudente que había sido en su adolescencia. ¿Por qué no se daban cuenta de que se había convertido en una mujer madura, capaz e independiente? Se preguntó. Tenía veintisiete años, y su carácter básicamente no había cambiado. Seguía saliendo sola y entregándose de lleno a aquello que hacía. Algunos, quizá, podrían creer que su forma de vivir la vida, tan apasionada, era temeraria, pero su familia debería conocerla mejor. En los últimos cinco años había centrado todas sus energías en su profesión. Aún conservaba algunos amigos de vida frenética y alocada, era una cuestión de lealtad, pero hacía años que ella misma no cometía estupideces.

Miró al rincón donde estaba sentada Olivia con su marido.

Jordán Pendragon. Por lo general su hermana gemela se ponía siempre de su parte, pero aquella tarde sin embargo se mostraba reservada. Igual que Richard y Steve, también gemelos, Rosalind y Olivia estaban especialmente unidas. El matrimonio de Olivia el año anterior no había afectado a su unión, y por esa razón le extrañaba no contar con el apoyo psíquico que siempre había dado por supuesto. Su aire ausente y abstraído no era nada nuevo, como artista a veces tenía la cabeza en las nubes, pero en esa ocasión Rosalind tuvo la impresión de que su despiste era deliberado, y eso le dolía. Todo a su alrededor parecía movedizo, cambiante. No era de extrañar que sus nervios estuvieran de punta.

—Lo siento, no tenía ni idea de que esto fuera a causar tanto alboroto —dijo suspirando—. ¡Y todo porque a algún codicioso empleado del hotel se le ha metido en la cabeza inventarse su propia versión de los hechos y venderla al mejor postor! ¡Es desproporcionado! ¿Porqué la gente no se meterá en sus propios asuntos?

—Eres un personaje público. La gente se figura que eres parte de sus asuntos —dijo Richard—. No eres la única. El teléfono de mi oficina está constantemente colapsado por la prensa, eso por no mencionar el hecho de que he tenido que poner guardias de seguridad.

—Creía que pensabas que toda publicidad era buena —le contestó Roz, señalándole a su mujer y recordándole la forma fraudulenta en que utilizó las columnas de cotilleo para conseguir que Joanna aceptara su proposición de matrimonio.

—Sí —contestó Richard provocando la risa de Joanna—, pero ahora ocupan las líneas para preguntarme por ti. Que por qué no te he seleccionado nunca para trabajar en mis películas, que si es porque pienso que eres inestable, que si tienes problemas con el alcohol o las drogas, que qué cereales tomabas para desayunar cuando eras pequeña. Ya te digo, me están volviendo loco. ¿Sabes que ayer rodamos cinco tomas de una escena antes de darnos cuenta que el muerto era un periodista del Clarion que había sobornado a un extra para que le dejara ocupar su puesto? El muy idiota seguía respirando y parpadeando, y encima no era miembro del sindicato. Podría haberme causado muchos problemas.

Por supuesto, debería haberse dado cuenta que lo que a Richard

le preocupaba era terminar a tiempo su película. Rosalind lo miró mientras trataba de deshacerse de los dos bebés que se agarraban a su jersey.

—Sean, por favor, deja de chupar el jersey de papá. Y tú, David, no hagas todo lo que hace tu hermano…

Los gemelos siguieron mordiendo la lana sin hacerle caso, como era habitual, hasta que su madre pronunció una palabra. Entonces comenzaron a llorar y a mirar en su dirección. Richard se los cedió y volvió su atención hacia Rosalind.

—Si de verdad quieres quitarte de encima a la prensa lo más fácil es desaparecer, al menos hasta que el delirio haya pasado. No tienes que preocuparte por el trabajo —añadió con malicia—, ahora no estás haciendo nada.

—Estoy considerando varias ofertas, sólo tengo que decidirme —le informó Rosalind orgullosa de no haber dejado de trabajar desde que dejó la escuela de arte dramático.

—Tú misma has dicho que ninguna va a empezar hasta dentro de unas pocas semanas, querida —puntualizó su madre—. ¿Por qué no aprovechas el tiempo mientras tanto? Tu padre y yo conocemos un lugar perfecto para ti. Tranquilo, caluroso, exótico y remoto.

—No será una isla, ¿no? —preguntó Rosalind suspicaz—. Creo que por el momento ya he tenido bastante de islas remotas.

La película que acababa de rodar se desarrollaba supuestamente en una isla idílica. Sin embargo, los actores y el equipo se habían visto obligados a acampar en un lugar extremadamente duro del sur del Pacífico rodeados de todo tipo de dificultades: desde falta de víveres hasta un ciclón tropical pasando por un encuentro con un tiburón que Rosalind había tenido que afrontar aterrada mientras filmaba una escena submarina. Se había sentido aliviada al volver a Nueva Zelanda, pero una vez en casa se sentía de nuevo en peligro.

—Ah, ésta te encantará —le aseguró su madre—. Tu padre y yo pasamos allí una de nuestras lunas de miel. A nosotros nos encantó. Es una preciosidad, una joya, con un paisaje y un clima maravillosos. El refugio perfecto.

—¿Y dónde está exactamente esa joya? —preguntó Rosalind sintiéndose tentada contra su voluntad.

—En Tioman, la isla de Tioman —anunció su madre olvidando que la geografía era el punto débil de Rosalind en la escuela.

—¿Está cerca de la Gran Barrera de Arrecifes?

—Está en el Mar del Sur de China —contestó Joanna que era profesora.

—Ah, bien…

Cerró los ojos intentando imaginarse Asia, pero su cerebro fatigado se negó a cooperar. Todo lo que pudo ver fue la habitación 405 del Harbour Point Hotel de Wellington, la cara de angustia de Peggy Staines, su cuerpo retorciéndose de dolor en la cama, la actividad frenética de los enfermeros de la ambulancia y la curiosidad ávida del personal del hotel y de los huéspedes que vieron a Rosalind en albornoz recogiendo aturdida el dinero del suelo.

—Más allá de la costa este de Malasia, al nordeste de Singapur —la orientó su padre.

—Tienes que haber oído hablar de ella, querida —intervino su madre—. Es muy famosa. Allí rodaron parte de la película South Pacific. ¿Te acuerdas de Bali Ha'i, de las cataratas? Lo filmaron en Tioman.

Rosalind adoraba los musicales clásicos. Tenía una buena voz y había trabajado varias veces en números musicales de distintas producciones. Recordaba claramente la escena de las cataratas de la película, y su interés se avivó.

—Si es famosa entonces posiblemente esté plagada de turistas y yo odio a los turistas.

—Sin embargo, no había quien te arrastrara de Disneylandia cuando viniste conmigo a pasar unos días en Los Ángeles —murmuró Richard.

—Lo de Disneylandia es diferente —le sacó la lengua Rosalind.

—También Tioman es diferente —se apresuró a decir su madre—. Hay sitios muy frecuentados, pero en su mayor parte es virgen, sin comercializar, y la vida es tranquila. No hay estrés ni violencia, te sientes a salvo y anónimo. De verdad que para apreciarlo hay que verlo. Creo que tengo por aquí algunos folletos, ¿dónde los puse, Michael? ¿Los ves por algún sitio?

Rosalind observaba a su madre suspicaz mientras su padre «descubría» un montón de folletos de viaje convenientemente a mano debajo de un periódico sobre la mesita del café. Sus sospechas crecieron cuando todos se acercaron falsamente entusiasmados a

ver los folletos. Escuchó descripciones tentadoras de bosques virginales y playas blancas de coral leídas en voz alta con aire triunfal, muy «a lo Marlow», y otras sobre el placer de bucear en las limpias aguas del trópico o de paladear las delicias de la cocina de Malasia.

—Aquí dice que hay referencias a la isla de Tioman en la literatura arábiga —murmuró Hugh examinando un libro casualmente sobre la mesa con un sello que indicaba que provenía de la biblioteca.

—Y ni siquiera necesitas visado —comentó Olivia—. Tu pasaporte no está caducado, ¿verdad, Roz?

—Claro que no, Roz está acostumbrada a viajar. Puede tomar un avión en lo que se tarda en recoger el sombrero, ¿no es así, querida? —la animó su madre.

Rosalind pensó que había llegado el momento de dejar clara su posición:

—Aunque estuviera pensando en salir de viaje si ese lugar es tan maravilloso a estas alturas no habrá plazas libres —dijo firme—. Los vuelos al este tienen listas de espera, tendría que tener una reserva, y de todas maneras no tengo presupuestado ningún gasto extra este mes.

Aunque Rosalind había heredado una fortuna considerable prefería vivir de su propio sueldo. Las grandes sumas le hacían sentirse incómoda y las cantidades pequeñas se la escapaban de las manos con demasiada facilidad como para confiar en manejar cifras importantes. Además, el teatro tenía una larga tradición de pobreza entre sus trabajadores y resultaba inoportuno dar muestras de riqueza entre sus compañeros que cobraban un exiguo cheque sacrificándose por amor al arte. Así que aparte de alguna que otra locura, Rosalind vivía una vida de agradable autosuficiencia, confiando en que podría retirarse con dignidad y ciertas comodidades.

—Confía en mí, querida —dijo su madre que siempre había sido poco previsora—. En cuanto me di cuenta de que necesitabas un refugio llamé a Jordán. Aún tiene peso en la Pendragon Corporation y lo ha arreglado todo a través del departamento de viajes. Por supuesto no quedaban plazas en turista, pero viajarás en primera. No te pongas así, no tienes que preocuparte por el dinero, lo he

cargado todo en la tarjeta de crédito de tu padre. Incluso en Tioman no tienes más que firmar. Mira, aquí tienes el billete de avión y la reserva del hotel. Todo lo que tienes que hacer es ir al aeropuerto pasado mañana y disfrutar de tres semanas de vacaciones pagadas.

Rosalind tomó la carpeta azul que le ofrecía y la abrió con cautela.

—¿Me habéis hecho una reserva? —dijo abriendo los ojos ante la enorme suma gastada. No sabía si sentirse agradecida u ofendida —. ¿Y qué esperáis que os conteste?

Su madre sonrió con cariño y corrió a darle un abrazo.

—No necesitas darnos las gracias, querida. Sabemos que quieres vivir por tu cuenta pero en momentos como éste la familia debe ayudar…

—¿Ayudar? —bufo—. ¡Me estáis sobornando para que me vaya a cientos de kilómetros!

—Pensamos que sería un buen regalo de cumpleaños —se aventuró a decir su padre.

—¡Mi cumpleaños no es hasta dentro de siete meses!

—Un regalo de cumpleaños muy adelantado —dijo Constance Marlow lanzando una mirada de reproche a su marido. Luego estudió la expresión de censura del rostro de su hija y cambió de táctica. Se llevó las manos a la cabeza y añadió—: Por el amor de Dios, Roz, deja ya de comportarte como si creyeras que estamos tratando de borrar una mancha en el honor de la familia. Estamos muy orgullosos de que seas nuestra hija, es sólo que no queremos que te hagan daño. No hay ninguna necesidad de que pases por esta situación, querida, a menos que quieras hacerte la mártir, por supuesto. En ese caso no hay nada más que decir, sólo que me imagino que cualquier hijo estaría encantado de que sus padres lo mandaran de vacaciones con todos los gastos pagados.

—Yo desde luego sí —dijo Richard suspirando.

—He oído decir que se prevé un frente frío para este fin de semana —dijo Michael Marlow—. Dicen que se prepara un invierno duro.

—Tioman parece tan exuberante como un cuadro de Gaugin —añadió Olivia traicionera.

Rosalind la miró y pensó que era su hermana gemela la que necesitaba unas vacaciones. Luego miró a Jordán y lo encontró

observando a su mujer preocupado. De pronto sintió un pánico inexplicable.

—Sabes, deberías aprovechar tu libertad mientras puedas, Roz —la avisó Joanna—. Una vez que tengas niños tomarte unas vacaciones es como salir de maniobras militares.

De pronto los tres hijos de Hugh entraron estruendosamente en la habitación seguidos de su menudita, rubia y exhausta madre.

—¿Qué, te vas a Tioman? ¡Qué suerte! —jadeó Julia—. Le dije a Hugh que lo harías, aunque sólo fuera para darles en las narices a esas ratas de periodistas. Uno de ellos nos siguió ayer al supermercado y trató de charlar con Suzie cuando la dejé en la sillita un momento. El muy idiota le ofreció un chupachús. Por suerte Suzie lo bombardeó con su palabra favorita.

—¡No! —dijo Suzie como si supiera que hablaban de ella—. ¡No, no, no!

—Tuvo suerte de que no estuviera yo allí, le hubiera dado un buen puñetazo —gruñó Hugh. Rosalind sonrió pesarosa. Su postura intransigente quizá estaba causando demasiados problemas a los demás. Era típico de ella; estaba tan absorbida por sus propios asuntos que había dado por supuesto el apoyo de su familia sin pensar en que el coste que eso podría significar para ellos en cuanto a su intimidad. Quizá no estuviera haciendo lo correcto, quizá debería olvidar sus principios y huir… al Mar del Sur de China.

Parecía cruel marcharse así, mientras Peggy Staines aún se debatía entre la vida y la muerte en la unidad de cuidados intensivos del Wellington Hospital, pero tampoco podía ayudarle a recobrarse. Sólo se había permitido unas breves palabras de consuelo con Donald Staines, despistado en la sala de espera del hospital, y luego había tomado un avión de vuelta a Auckland antes de que él u otro miembro de la familia Staines se repusieran del shock y preguntaran qué había ocurrido. Debía mantener silencio mientras Peggy no se recobrara lo suficiente como para mantener una conversación lúcida, si es que se recobraba. Gracias a Dios la policía no había intervenido, pero tenía la sensación de que si la publicidad continuaba en ascenso se verían obligados a husmear, y entonces ella no tendría elección, tendría que traicionar su conciencia.

—Bien, ¿que contestas querida? —preguntó impaciente su

madre visiblemente desilusionada por su falta de entusiasmo—. No puedo creer que aún estés dudando.

La tensión comenzó a crecer a su alrededor. Miró los rostros expectantes sintiendo su propia vulnerabilidad. Pero sabía que no debía dejarse llevar. No podía dejar que venciera el miedo. Para su sorpresa fue Jordán quien acudió en su ayuda. Su cuñado se levantó dominando la situación con su enorme masa muscular.

—Creo que deberíamos retirarnos y dejarla para que medite y se tome su tiempo —dijo con la facilidad de una persona segura de su autoridad—. Probablemente querrá ir a casa y pensar sobre ello sin que nosotros la presionemos.

Rosalind lo miró agradecida, y él se acercó a agarrarla del codo hablando con suavidad:

—¿Quieres que te lleve a tu apartamento, Roz? Toma, llévate esto —dijo poniendo en su mano un montón de folletos. Luego tomó su bolso y se lo colgó en el hombro—. Puedes dejar tu coche aquí de cebo, a mí no me seguirán los periodistas. Tú salta la valla de atrás y cruza el jardín de los vecinos. Yo daré la vuelta y te recogeré en la siguiente calle.

—Ah, pero voy a necesitar mi coche —dijo Rosalind desconcertada por lo inesperado de la oferta y por la fuerza con que la agarraba llevándola hacia la puerta.

Aunque Rosalind y Jordán eran amables el uno con el otro, ella siempre había tenido cuidado de mantener cierta distancia entre ambos. Por el rabillo del ojo podía ver cómo Olivia observaba a su marido y cómo su urgencia provocaba en ella preocupación y sospecha.

—Richard o cualquier otro pueden llevártelo después. Al menos así descansarás un poco de la indeseable atención de que estás siendo objeto.

—Bueno, supongo que… está bien, gracias —contestó ante la tentación de librarse por un rato de los periodistas. Se dio la vuelta para mirar y preguntar—: ¿Vienes, Olivia?

—Olivia quiere quedarse aquí a charlar con Connie, ¿verdad, gatita? —la cortó Jordán sin darle tiempo a responder a su mujer—. Esta noche volveremos a Taupo y con la exposición que se avecina puede que no tenga oportunidad de venir de visita en una temporada.

Hubo un frenesí de adioses y Rosalind se vio de pronto en el hall.

—¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene este ímpetu? —preguntó mientras Jordán casi la empujaba por la puerta de atrás—. ¿No has visto la cara de Olivia?

—Quizá crea que vas a intentar seducirme otra vez —dijo Jordán con sarcasmo bloqueando la puerta para evitar que volviera a entrar.

Rosalind, que nunca se ruborizaba, se puso colorada al recordar uno de los encuentros más humillantes de su vida.

—Eso fue sólo un terrible error y tú lo sabes —dijo furiosa—. Yo ni siquiera sabía que vosotros dos os conocíais cuando me hice pasar por Livy, y de todas formas no ocurrió nada.

—Bien. No hay atracción física alguna entre nosotros dos. Tú lo sabes, yo lo se y Olivia lo sabe, te lo aseguro. Después de todo fallaste aunque yo pensara que tú eras ella.

—Está bien, está bien, lo recuerdo —dijo soltando su codo—. Pero debo señalar que el fallo fue mutuo.

El sonrió y sus ojos, de un extraño color, parecieron sonreír también.

—Cierto, así que ahora que todo está aclarado quizá podríamos relajarnos. Olivia está empezando a preocuparse de que tú y yo no seamos muy amigos.

—Bien, supongo que si tú puedes aceptar tu carencia absoluta de *sex-appeal yo* también puedo —bromeó, sonriendo con una ambigüedad deliberada.

—Bien por ti —contestó Jordán ignorando la provocación—. ¿Necesitas que te aupe por la tapia o puedes hacerlo tú sola?

Rosalind, bastante alta, no estaba acostumbrada a que la trataran como a una damita delicada y femenina y reaccionó con su habitual bravura ante el desafío. Unos minutos después, mientras esperaba en el jardín de los vecinos, se restregó las palmas de las manos arañadas y pensó que quizá a su edad ya era hora de comenzar a pensar más en la dignidad que en el atrevimiento. El coche de Jordán resultó ser de tracción a las cuatro ruedas y tan llamativo como su adorado VW pero, como él había previsto, los periodistas que esperaban a las puertas de la casa de los Marlow lo habían dejado marchar cuando se abrió paso entre ellos ignorando

sus preguntas.

—¿Y por qué razón te has ofrecido para llevarme a casa? —preguntó Rosalind mientras atravesaban la cuidad—. No me digas que ha sido simplemente por aclarar las cosas entre nosotros dos, eso podías haberlo hecho en cualquier momento. Es algo que tiene relación con Olivia, ¿no es así? ¿Por qué estaba tan retraída en casa?

Observó las enormes manos de Jordán que agarraban con fuerza el volante mostrando las heridas y los cortes producto de su trabajo como escultor.

—Está embarazada —dijo escuetamente.

—¿Embarazada? —murmuró sintiendo un escalofrío en la espalda. Sintió como una sensación de separación. Olivia, su gemela, la otra mitad de sí misma, iba a tener un hijo. Estaba asombrada, más aún, sus emociones hervían dentro de ella, y no se atrevía a analizarlas con detenimiento—. Creía que no querías tener familia aún —dijo cuando consiguió por fin hablar—. Creía que quería concentrarse en su pintura.

—Lo sé. Estábamos de acuerdo en esperar unos años, pero el destino evidentemente ha hecho otros planes para nosotros. Olivia lo supo la semana pasada y aún está tratando de hacerse a la idea, por eso no quiere contárselo a nadie todavía. No lo sabe nadie de la familia, quiere mantenerlo en secreto algunas semanas más. Aparte de sus propios sentimientos ambivalentes hay, además, uno o dos síntomas inquietantes, el médico está preocupado por su presión sanguínea…

Rosalind sintió más que vio la mirada oblicua que Jordán le dirigió mientras continuaba hablando:

—Es un poco pronto para confirmarlo pero el médico sospecha por el examen físico preliminar que pueden ser gemelos.

«¡Gemelos! ¡Livy iba a ser madre de dos niños!» Por supuesto era de esperar teniendo en cuenta la trayectoria familiar, pero a pesar de ello se llevó un buen susto. Notó un zumbido en los oídos y se llevó la mano al estómago, encogido en un puño.

—Livy se ha sentido enferma por las mañanas, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—He sentido ligeras náuseas por la mañana durante el último par de semanas. Pensé que era la tensión nerviosa o algo que pillé

durante el rodaje de esa maldita película, la comida era tan mala.

El embarazo era una causa sin duda descartada de su propio diagnóstico. Se le puso la carne de gallina pensando en qué ocurriría si sentía todos los síntomas por los que iba a atravesar Olivia durante su embarazo. Qué inexplicable ironía sería…

—Olivia se ha sentido bastante mal y el médico le ha aconsejado que procure evitar el estrés durante las próximas semanas. Por eso quería que aceptaras el ofrecimiento de Connie. Para Olivia sería una causa menos de angustia. Si cree que estás feliz y a salvo en algún paraíso tropical dejará de remorderle la conciencia pensando que te ha abandonado en un momento de necesidad.

—Entonces has hecho bien en decírmelo —contestó aliviada por encontrar una excusa para poder huir de sus problemas. Si Livy tenía un aborto, Rosalind nunca se perdonaría el haber contribuido aunque fuera sólo mínimamente.

—No quería decirlo abiertamente delante de Olivia. Ella no me agradecería que tratara de protegerla, especialmente si eso pone en cuestión su lealtad hacia ti. Si no te vas a Tioman pretende invitarte a venir con nosotros a Taupo, aunque eso signifique arrastrar también detrás a la prensa, por no mencionar tu otro pequeño problema…

Rosalind se puso rígida y agarró con fuerza el asiento mientras él de pronto viraba bruscamente para entrar en un aparcamiento bajo el almacén que albergaba su apartamento.

—¿Qué otro problema?

—¿Tienes tantos que no sabes a cuál me refiero? — murmuró Jordán mientras apagaba el motor del coche. Se acercaba demasiado a la verdad, más de lo que a ella le hubiera gustado—. Estoy hablando de ese fan tuyo que se está convirtiendo en una molestia.

—Ah —contestó Rosalind intentando ocultar su nerviosismo—. ¿Te lo ha contado Olivia?

No pudo evitar un débil temblor en su voz. Le había dicho a Olivia que no se lo contara a sus padres, pero no había mencionado ni a su marido ni a ninguno de sus hermanos, excesivamente protectores.

—Estamos casados, Roz —contestó Jordán secamente—. En eso consiste el matrimonio, en compartir una vida, en escuchar los

secretos y los problemas del otro. Olivia dijo que tú intentabas tomártelo a broma, pero el hecho de que se lo contaras la hizo ver que te lo tomabas más en serio de lo que decías, y el tono de las carias de ese tipo la preocupó. Piensa que él está al acecho y que escribe como si creyera que hay una relación personal entre él y tú, una relación que le da derecho a ciertas exigencias sobre ti.

—Le dije que tenía multitud de fans que me escribían una y otra vez…

—Pero no tan insistentes como ese Peter. Le contaste que llevaba escribiéndote varios años y que últimamente había aumentado el número de sus cartas a una o dos a la semana, siempre sin remitente y con su nombre incompleto. Incluso se jacta de recorrer enormes distancias para verte en tus interpretaciones y dice que se ha reunido contigo muchas veces en público, aunque aparentemente nunca se ha identificado. Su interés es obsesivo, y, además, sabe dónde vives. Pusiste cerraduras de seguridad en tu apartamento cuando empezaste a preocuparte porque te mandaba regalos además de cartas. Olivia incluso piensa que la razón por la que aceptaste tan de repente ese trabajo en la película fue porque esperabas que él perdiera interés si no actuabas ya más en vivo…

—Bueno, era mejor que su idea de llamar a la policía —murmuró Rosalind con escalofríos—. Probablemente se habrían reído en mis narices, no había nada en las cartas que resultara amenazador. De todas formas las he tirado casi todas —dijo con sinceridad esperando que eso pusiera punto final a la conversación—. Como le dije a Olivia, la mejor manera de enfrentarse a este asunto es ignorarlo.

La expresión de Jordán era escéptica, y Rosalind tuvo la sensación de que acababa de ganarse otro hermano excesivamente protector.

—No ha llegado ninguna carta mientras yo estaba fuera. Quizá se haya rendido.

—Y otro viaje repentino fuera del país puede ser el modo perfecto de disuadirlo para siempre. O eso o la policía, Roz, o sino yo te proporcionaré a alguien del departamento de seguridad de la Pendragon Corporation para que te proteja mientras un investigador privado le sigue la pista a ese tipo y lo descubre.

—¿Yo, con un guardaespaldas? —palideció al pensarlo—.

¿Puedes imaginarte lo que diría la prensa? Me imagino que si yo no me dejo chantajear para irme alguien me drogará y me embarcará a la fuerza.

—Hay pocas cosas que no esté dispuesto a hacer para proteger a Olivia —dijo honestamente.

—Está bien, iré —contestó pensando que al menos escapaba aparentando que lo hacía por su hermana en lugar de hacerlo en su propio beneficio—. Si me van a secuestrar para llevarme a la fuerza supongo que lo mejor será que me aproveche y lo disfrute —sonrió con su eterno optimismo—. Puede que incluso encuentre mi propia forma de protegerme, ¿quién sabe? Puede que encuentre a mi belleza ideal en el paraíso, un hombre «amable, fuerte y valiente», que me diga cosas románticas bajo las estrellas tropicales y que me entregue su corazón para siempre. O, si eso falla, puede que encuentre a un chico moreno y encantador en la playa que me haga reír.

Capítulo 2

ROSALIND esperaba de pie impaciente dando golpecitos con sus desgastadas botas de cowboy en el suelo mientras observaba al hombre que vacilaba ante el mostrador de control de billetes. Era alto y delgado y su pelo espeso, liso y castaño colgaba sobre su frente mientras se inclinaba para poner las etiquetas en las dos maletas con dedos temblorosos. Tenía pinta de distraído, de desorganizado, y eso la hizo pensar inmediatamente que se trataba de un académico con la cabeza en las nubes, de una de esas personas que se protegían del mundo real con su intensa concentración intelectual. O quizá fuera un loco de la informática, pensó al ver que custodiaba con cuidado entre sus pies un ordenador portátil medio envuelto. La chaqueta de su traje de rayas oscuro se abrió al inclinarse hacia adelante y pudo ver las plumas y las gafas guardadas en el bolsillo de su camisa blanca. Sí, pensó, definitivamente era un loco de la informática.

Fuera quien fuese, los estaba haciendo esperar. Los pasajeros de primera clase no tenían por qué hacer cola. Se suponía que pasaban deprisa dándoles en las narices a los simples mortales que se alineaban en los mostradores paralelos destinados a la clase turista. Miró a su alrededor en la terminal. Estaba ansiosa por salir de allí y entrar en la relativa intimidad del avión. Había conseguido llegar sin que nadie la reconociera vistiéndose con unos vaqueros poco femeninos, una camisa holgada, una chaqueta de algodón y una peluca rubia a lo Rod Stewart bajo un sombrero oscuro.

Se había intercambiado con Olivia la noche anterior y sabía que los periodistas que habitualmente la seguían estaban sobre la pista falsa, pero la prensa a veces tenía informadores en los aeropuertos. Con su aspecto achicado esperaba que nadie se parara a mirarla dos

veces, pero cuanto más tiempo perdiera por allí más probabilidades tenía de que alguien la descubriera accidentalmente antes de tomar su vuelo diecisiete a Singapur.

La empleada del mostrador señaló hacia el peso que había al lado de su mesa pero en lugar de obedecer sus amables instrucciones el hombre se inclinó musitando algo entre dientes y metiéndose las manos en los bolsillos. La paciencia de Rosalind llegó a su límite. Dio un paso y dejando a un lado a una pareja de japoneses llamó con unos golpéalos enérgicos en la espalda al rezagado, al que dijo bajando su tono de voz habitual:

—Eh, oiga, le está pidiendo que ponga sus maletas en ese peso.

—¿Qué?

El hombre volvió primero la cabeza y luego todo el cuerpo poniéndose recto con un movimiento tan mal coordinado que casi se cae sobre su paquete. El rubor coloreó sus pómulos. Era más joven de lo que sus ademanes nerviosos le habían llevado a pensar. Tendría su edad, se imaginó Rosalind. Su piel olivácea no tenía arrugas y al recogerse el pelo con dedos bien cuidados dejó al descubierto una ceja exageradamente picuda que parecía dividida en dos. Tenía una cara estrecha y sus cejas de pico, escarbadas y oscuras le daban una extraña expresión de maldad. Sin embargo, la mirada de sus ojos marrón oscuro era cualquier cosa menos malvada. Tenía las pupilas terriblemente dilatadas y observó con consternación cómo Rosalind levantaba una de sus bolsas y la ponía sobre la plataforma de pesar.

—No puede continuar atendiéndolo mientras no pese sus maletas.

Roz lo miró impaciente al ver que él no ponía la otra sobre el peso. Desde luego era una persona lenta de reflejos. Si no hubiera sido por el ordenador habría pensado que era menos inteligente de lo normal. O quizá fuera simplemente un extranjero que no entendía lo que le pedían.

—No creía que el peso de las maletas tuviera importancia en primera clase —dijo aclarándose la garganta y confirmando su teoría con su acento suave neo zelandés.

La impaciencia de Rosalind se transformó de inmediato en condescendencia. Era evidente que era un novato.

—La compañía aérea necesita saber el peso total que va a llevar

el avión —señaló—. Si usted lleva elefantes en los bolsillos puede que tengan que despojarse de unos pocos pasajeros de la clase turista para hacer sitio a sus excentricidades.

—Sí, sí, claro —murmuró sin sonreír.

Debería haberse dado cuenta de que no iba a tener sentido del humor. Continuó mirándola absorto como si su cerebro estuviera aún ocupado. Para Rosalind, acostumbrada a provocar reacciones masculinas fuertes con sus formas femeninas, su carencia de respuesta era una prueba más del éxito de su sencillo disfraz. Había unas cuantas heroínas de Shakespeare que se disfrazaban de chicos, y Rosalind las había interpretado a todas muy a gusto. Sabía que la confusión de sexos era más que nada una cuestión de lenguaje del cuerpo. Enganchó los pulgares en el cinturón y separó los pies.

—¿Y bien?

Él parpadeó ante su desafío. Sus pestañas eran sorprendentemente espesas y le conferían un aire misterioso a su expresión.

—¿Y bien qué? —preguntó apretando convulsivamente la carpeta azul que llevaba en la mano izquierda.

Sus nudillos blancos indicaban por su tensión que se preparaba para una escena. Incluso se le ocurrió que él quizá pensara que esperaba una propina. Rosalind agarró su otra maleta. Era lo suficientemente pesada como para hacerla refunfuñar, pero su cuerpo ágil tenía la fuerza que exigía su profesión y después de vacilar un poco la puso sobre la máquina de pesar junto a la otra.

—Lo de los elefantes se suponía que era una broma —dijo dando un paso atrás y elevando el mentón para mirarlo—. ¿Qué lleva ahí?

—Ah… libros —contestó con voz insegura. Se lo imaginaba. Miró a sus pies y sintió el malicioso impulso de inclinarse para tomar el maletín que tenía entre sus brillantes zapatos. Por fin obtuvo una rápida e inequívoca reacción.

—No, no, mi ordenador no —explotó agarrándolo y abrazándolo contra su pecho como un colegial—. Yo lo llevaré.

Así que podía ser rápido cuando le interesaba. Rosalind sonrió y lo saludó burlona tocando el ala de su sombrero.

—Lleva usted dos maletas, ¿no es eso, señor James? —preguntó la empleada con paciencia.

Él no volvió la cabeza, aparentemente hipnotizado mirando a

Rosalind.

—Sí, creo..

—Quiere decir que sí —contestó Roz por él con firmeza.

Rosalind comenzó a pensar que su aire de distracción quizá presagiara un ataque de locura inminente. Quizá el pobre hombre tenía miedo de volar y estaba intentando superarlo.

—Señor James, ¿puedo ver su pasaporte, por favor?

—¿Pasaporte?

Rosalind decidió que sería más rápido si ella se hacía cargo del pobre señor James.

—¿Se habrá acordado usted de traerlo, ¿no? —preguntó Rosalind acercándose al mostrador—. ¿Lo tiene aquí?

Tiró de la carpeta azul quitándosela de las manos que seguían abrazando el ordenador y la abrió quedándose impresionada al ver un montón de cheques de viajes americanos dentro del bolsillo de plástico. Él protestó y ella lo miró intentando asegurarle que no era una ladrona. A un lado llevaba el pasaporte azul oscuro con el escudo de armas de Nueva Zelanda. Lo sacó y se lo presentó a la empleada.

—¿Tiene usted alguna preferencia por algún sitio en concreto en el avión? —le preguntó la empleada examinando su pasaporte mientras ella le devolvía la carpeta.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó mirándola con aire de despiste.

—Ya sabe, en la parte delantera, en la de atrás, cerca de la puerta de emergencia… ese tipo de cosas —le aclaró Rosalind.

—¿La puerta de emergencia? —repitió él haciendo eco y frunciendo el ceño débilmente.

Aquel gesto le hacía parecer aún más diabólico, manteniendo, sin embargo, su frente lisa y angelical. Rosalind se preguntó si su personalidad incluía también tantas contradicciones como su rostro. En realidad era guapo en su estilo lánguido. Al menos ninguna mujer tendría miedo de sentirse dominada por su carácter.

—Escucha, no te preocupes de nada, amigo. Yo me encargaré de todo.

Rosalind decidió no seguir involucrándole en decisión alguna y tratar ella misma con la empleada de las aerolíneas todos sus asuntos sin consultarle. Una vez que estuvieron cumplimentadas

todas las formalidades le devolvió los documentos y le hizo quitarse de en medio para que pudiera pasar la pareja de japoneses.

—Bien, ya puede irse —le dijo al verlo merodear por allí—. Ya puede buscar la puerta de salida.

Él parecía no comprender cuándo alguien trataba de deshacerse de él.

—Ah, creía que podía esperarla… podríamos tomar un refresco juntos… o algo.

Rosalind lo examinó con repentinas sospechas. Se preguntó si se habría dado cuenta de que era una mujer o no. Quizá aquel chico perdido y desamparado tenía problemas sexuales más que psicológicos. En cualquier caso tenía que desengañarlo.

—No estaba intentando conocerlo, lo he ayudado porque me daba apuro verlo así, no porque me haya encaprichado de usted.

—No pretendía… no era mi intención… —dijo ruborizándose y respirando hondo.

Su balbuceo casi la hizo ceder. Su impresión inicial había sido correcta: era inofensivo, remilgado y se ruborizaba fácilmente. Pero tenía que deshacerse de él antes de presentar sus documentos. Bajo las leyes del país los empleados de las líneas aéreas tenían prohibido divulgar información alguna sobre los pasajeros, pero si aquella mujer decía su nombre en voz alta no quería que hubiera nadie cerca que pudiera oírlo.

—Bien —lo cortó dándole la espalda—. Pero yo no estoy interesada.

—Sólo quería agradecerle que haya venido en mi ayuda —dijo tenso mientras ella se reía para sí misma pensando en que quizá no era tan desvalido como parecía.

No le contestó, y después de un rato se sintió aliviada al oír que se iba. El problema de ayudar a esa clase de tipos era que luego tenían tendencia a colgarse del cuello del que los rescataba.

Después de pasar los controles se dirigió a la tienda libre de impuestos y estuvo espiando a Jordán que estaba entre los perfumes. El volaba a Melbourne en un corto viaje de negocios relacionado con una fundación para las artes creada por la Pendragon Corporation, y la había llevado en taxi hasta el aeropuerto. La conversación que habían mantenido un par de días antes había mejorado sus relaciones, y se dejó llevar por el impulso

de acercarse y susurrarle en el oído:

—¡Poison!

—¿Tú crees? —murmuró sin sorprenderse—. Yo en cambio opino que a Livy le iría mucho mejor algo más suave, más fresco… ¿quizá Yves St. Laurent's, París?

Como de costumbre él tenía razón. Rosalind lo esperó mientras compraba el perfume y charlaron brevemente pero de pronto fijó su atención en algo por encima de su cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó nerviosa—. ¿Un periodista?

Jordan posó una mano pesada y tranquilizadora sobre su hombro y contestó sacudiendo la cabeza:

—No, no, es sólo alguien a quien conozco desde hace años de la Pendragon Corporation. Será mejor que me acerque a saludarlo antes de que venga y tenga que presentarte —la besó en la mejilla y añadió—: Que tengas un buen viaje. Y por el amor de Dios intenta no meterle en líos como de costumbre.

Rosalind se dio la vuelta pero en ese momento vio a aquel hombre, James, entre la multitud en el área de salida. Era fácil distinguirlo, estaba solo entre los grupos de gente que se besaban y se despedían. Se escondió deprisa tras una revista en la zona de primera clase.

Rosalind no se sintió totalmente relajada hasta que no embarcó en el avión y oyó el ruido del motor. La zona de primera clase estaba llena sólo a medias, lo que significaba que los que viajaban solos podían disfrutar de un asiento vacío a su lado. El de Rosalind estaba aislado y decidió esperar hasta después de despegar para cambiarse a uno próximo a una ventana.

—Perdón, señorita Marlow, ¿quiere que deje su sombrero en el compartimiento superior?

—Sí, gracias —dijo entregándole a la azafata el sombrero y la peluca al mismo tiempo y soltando una carcajada.

Aquello le devolvió su buen humor habitual. De pronto se sintió más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo. Sin estrés, sin preguntas molestas, sin responsabilidades. Quizá aquellas vacaciones eran precisamente lo que necesitaba para que su vida volviera a transcurrir viento en popa. Suspiró satisfecha y se ahuecó el pelo, aceptando la sugerencia de tomar una copa de champán en cuanto hubieran despegado. Se quitó la chaqueta y se remangó la

camisa verde dejando al descubierto una pulsera de oro fina en su muñeca izquierda.

Mirando los asientos en diagonal hacia atrás vio al torpe señor James apretándose con una fuerza innecesaria el cinturón de seguridad y con su precioso ordenador portátil en el asiento libre de al lado. Llevaba unas gafas oscuras de aspecto pesado. Quizá era miopía y no confusión mental lo que le había hecho mirarla de esa forma en la terminal. La estaba mirando otra vez, no estaba concentrado en su tarea, y por su expresión fría juzgó que la había visto quitarse el sombrero y la peluca y que había oído sus risas. Evidentemente no era aficionado al teatro porque no había en su rostro signo alguno de reconocimiento o de curiosidad, sólo desaprobación, y eso contribuyó a aumentar su sentido de libertad. Le sonrió provocativa, pestañeando y él frunció el ceño y su piel se coloreó delatando su incomodidad. Nunca había conocido a ningún hombre cuya complexión sirviera mejor de barómetro de sus emociones. Al pasar la azafata para sentarse y abrocharse su cinturón para despegar, Rosalind la llamó y le dijo:

—Creo que el señor James, el que está ahí detrás, es muy tímido y no se atreve a decirlo, pero debe de ser la primera vez, que vuela y debe de tener algo de fobia.

—Está un poco pálido, y ese maletín no debería estar ahí —contestó la azafata mirando discretamente por encima de su hombro—. ¡Qué mono! Quizá lo mejor será que me siente a su lado y lo agarre de la mano para despegar.

Hizo exactamente lo que decía, y Rosalind no pudo resistirse a mirar la expresión de desconcierto de aquel hombre al ver cómo la joven y atractiva mujer le guardaba el ordenador, le ajustaba bien el cinturón y luego se sentaba a su lado agarrándole la mano. Luego le dijo algo que le hizo sacudirse en su asiento, quitarse las gafas y lanzarle a Rosalind una mirada acusadora, mezcla de enfado y frustración. Rosalind sonrió pensando que era un desagradecido.

Se recostó, se olvidó de él y disfrutó del vuelo. Nunca había viajado en primera clase, y pretendía aprovecharse de las ventajas y lujos que ofrecía. Repartían periódicos y revistas gratis, y en una de ellas, en primera página, pudo verse a sí misma, aparentemente divirtiéndose. La tomó deprisa, junto con otras que pensó que podían también mostrar noticias de ella y las confiscó. Sin embargo,

aquello no sirvió de nada porque otras azafatas repartían idénticas revistas a otros pasajeros. Miró a su alrededor y se alegró al ver que los demás seleccionaban otro tipo de lecturas más edificantes… revistas de negocios, de moda… excepto ese James, que recibió un ejemplar de cada una y comenzó a mirar precisamente aquella que Rosalind hubiera preferido que ignorara.

Se dio la vuelta y pensó que quizá no la reconocería. La foto de la revista era de hacía varios años, cuando llevaba el pelo largo. Se preguntó que clase de hombre sería cuando escogía en primer lugar una revista femenina. Le molestaba que la agarrara poniendo los dedos precisamente sobre cierta parte de su anatomía, ya que en la foto salía en bikini.

Luego pensó que ella también debería saber lo peor, y abrió su ejemplar y comenzó a leer el artículo que ocupaba tres páginas. Se enfureció y divirtió al mismo tiempo al descubrir que, según decía la revista con eufemismo, corría el rumor de que era bisexual. Ese rumor era de la época en que aceptó un papel en el teatro como lesbiana. Había también una lista de los hombres con los que supuestamente había tenido romances que parecía incluir a todos aquellos con los que se había hecho una foto, y a ellos se añadía en el artículo una lista de «amiguita».

Volvió la página fascinada por la capacidad de invención del periodista que lo había escrito y leyó que se encontraba en la lista roja de una organización radical gay que se ocupaba de la gente famosa y que estaba a punto de aceptar una oferta para aparecer desnuda en la página central de una revista masculina muy conocida.

Por desgracia no sólo estaba en entredicho su reputación. Gracias a las estrictas leyes sobre difamación del país no se mencionaba siquiera a Peggy Staines, pero era evidente que todo el que estuviera medianamente informado la recordaría al leer el artículo. No debería haberse puesto de acuerdo con ella para encontrarse en el hotel, pensó, ni Peggy debió insistir en mantenerlo todo tan en secreto. Incluso le había hecho registrarse en el hotel con el nombre de Smith. Si no se hubiera quedado anonadada por las revelaciones íntimas que ella le había hecho, ignorando los primeros síntomas y perdiendo un tiempo precioso buscando su medicación en lugar de llamar directamente a una

ambulancia, pensó, todo habría sido diferente.

Luchó de nuevo contra un sentimiento de culpabilidad renovado. En realidad ella no había tenido la culpa de nada, intentó convencerse a sí misma. Sólo había cometido unos pocos errores de juicio, eso era todo. Jugó un papel principal en el drama, pero no había sido la guionista. Había sido Peggy quien había escrito el guión, y a pesar de su compasión, no podía dejar de pensar con resentimiento que estaba pagando el pato.

Cerró la revista y la guardó en el bolsillo del asiento de al lado. Estaba decidida a no obsesionarse. Su filosofía de la vida era muy simple: ser positiva. Era inútil darle vueltas y mas vueltas a los hechos, ya no tenían arreglo. La autocompasión no conducía a ninguna parte. Había que seguir adelante, no pensar en cómo hubieran sido las cosas si… Había que considerar cada experiencia negativa como un medio de formación del carácter para el futuro más que como una barrera para la felicidad del presente. Con ese pensamiento se quitó las botas y se puso las de lana que ofrecían en el avión preparándose para comer, beber y disfrutar de los kilómetros por el espacio. Si iba a pasar tres semanas de vacaciones en la playa debía aprovecharlas.

Su cuerpo, sin embargo, no obedecía. El estrés del último par de semanas y la tensión de los últimos meses la tenían atenazada, pero después de una buena cena acompañada de unas cuantas copas de champán sus párpados comenzaron a cerrarse y su mente se serenó.

Se acurrucó bajo una manta y se quedó dormida viendo una película que tenía particular interés en ver, y cuando se despertó se sintió desorientada por la completa oscuridad. Se quitó la manta de la cara y vio que las luces habían disminuido de intensidad. Casi todos dormían, y las azafatas hablaban en voz baja detrás de unas cortinas. Se levantó y tropezó de camino al servicio mientras el avión se balanceaba por una ligera turbulencia. No todos estaban dormidos. James inclinaba la cabeza y sobre ella caía una brillante luz. Al pasar por su lado vio que tenía el ordenador portátil abierto sobre la mesa y en las manos tenía…

—¿Está usted loco? —le dijo inclinándose y tomando el aparato de sus manos—. ¿Ha estado usted usando esto? —le acusó sacudiendo el teléfono delante de su cara atónita.

—Yo…

—¿No ha leído usted la información sobre seguridad? ¿No sabe que está prohibido usar teléfonos móviles a bordo de los aviones?

—Bueno, yo…

Rosalind miró a su alrededor para ver si alguien los había visto y se sentó a su lado.

—Pueden arruinar el sistema electrónico del avión —susurró para no despertar a los pasajeros dormidos, pero, aún así, su voz entrenada conservaba plenamente toda su articulación y expresividad—. Si alguien lo viera podrían arrestarlo nada más aterrizar, ¡eso si no tenemos un accidente!

—¿Va a decírselo usted a alguien? —preguntó levantando las cejas.

—Por supuesto que no —contestó ofendida y algo dormida.

Él en cambio estaba alerta y estudiaba su rostro. Por un momento creyó ver un brillo de rabia en sus ojos, pero al parpadear ya había desaparecido, y pensó que habría sido efecto de la luz.

—No veo por qué va a ser «por supuesto». Podría usted encontrar divertido verme metido en problemas con las autoridades.

—Debe usted tener una idea muy extraña del sentido del humor. A mí no me parece divertido burlarme de un inocente —contestó con verdadera indignación.

—¿Es eso lo que cree usted que soy? ¿Un inocente?

No cabía duda de que pensaba que era un sofisticado hombre de mundo. La imaginación tenía formas maravillosas de compensar las inconveniencias personales.

—Bueno, al menos un extranjero inocente. No sabe nada sobre teléfonos móviles o sobre las formalidades de los aeropuertos, y estaba usted muy nervioso.

—Quizá estaba simplemente anonadado por su belleza.

Aquella contestación no la inmutó. Sabía que no era una belleza clásica pero también sabía que tenía estilo y que los hombres encontraban atractivo su aspecto llamativo.

—Usted creyó que yo era un hombre.

—¿Eso cree? —murmuró confundiéndola y reclinándose sobre su asiento de modo que la luz no le iluminara directamente.

En la sombra sus rasgos resultaron amables e imbuidos de una fuerza vagamente siniestra llena de oscuros secretos.

—Sabe usted que sí —contestó admirando el efecto de la ilusión por la falta de luz.

Siempre había creído que la luz era mucho más útil y efectiva para crear caracteres que el maquillaje, y tenía delante la prueba. De pronto recordó la revista y su orgullo se sintió herido. Quizá él estuviera jugando con ella sobre su identidad.

—Pero ahora usted sí que sabe quién soy, ¿no es así?

Sus ojos se volvieron hacia su pecho, apenas visible bajo la amplia camisa, y a la suave curva de sus caderas, puesta de relieve por el ancho cinturón de piel que enfatizaba la estrecha cintura. Su mirada continuó bajando hasta el teléfono, sobre la parte alta de sus muslos y sobre la V que los vaqueros marcaban en su hueso púbico.

—Sí, evidentemente es usted una mujer.

Aquella afirmación resultaba más halagadora que cualquier piropo. Para su sorpresa, Rosalind se estremeció como si la hubiera tocado por donde habían vagado sus ojos. Por lo general se sentía perfectamente cómoda ante cualquier mirada masculina, pero esa vez se apresuró a cruzar las piernas en un gesto inconsciente de protección.

«Una mujer». Eso era todo lo que él sabía de ella. No debía de haber prestado mucha atención a la revista, pensó con alivio.

Lo miró y volvió a sorprenderse. En lugar de retirar su vista seguía manteniendo sus ojos sobre la V, más profunda al cruzar sus piernas, casi como si pudiera ver el encaje verde de su pequeña prenda interior bajo el pantalón. Los músculos de sus piernas se contrajeron y decidió acabar con su inesperada vergüenza con humor.

—¿No serán por casualidad esas gafas capaces de ver por rayos X, verdad? ¿O es que va usted a confesar que es sólo un periodista bien educado?

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó con una mirada dura.

—Ya sabe, como Superman —el no contestó, y entonces ella añadió—: ¡Por Dios! no tiene usted mucha cultura popular, ¿no? ¿A qué se dedica usted?

—¿A qué me dedico?

—Para vivir. ¿Qué clase de trabajo hace?

Miró en el ordenador para obtener alguna pista y vio la pantalla abarrotada de caracteres, pero él cerró el archivo en el que estaba

trabajando con un solo dedo, dejando el cursor vibrando sobre la pantalla negra.

—¿Alto secreto? —bromeó echando la cabeza hacia atrás.

—Algo así.

—Bueno, todos tenemos nuestros secretos.

—Unos más peligrosos que otros.

La idea de que aquel aire distraído fuera la tapadera de una vida sembrada de peligrosos secretos desató su sentido del humor.

—Ah, no me diga… En realidad usted es un espía que viaja al misterioso Este en una misión secreta de importancia nacional —le susurró poniendo una mano delante de su boca como para hablar en secreto y luego rió—. ¡Un espía que tiene miedo de volar!

—No tengo miedo de volar —contestó ruborizándose.

—Por supuesto que no. La azafata lo agarró de la mano sólo porque lo encontraba muy mono.

—Usted le dijo que me agarrara de la mano —la acusó.

—¡Oh, por el amor de Dios! Lo hice porque sabía que era usted demasiado tímido. Fue ella la que dijo eso de que era usted mono.

—¿Demasiado tímido? —la miró visiblemente molesto.

—Bueno, tiene usted que admitir que no tiene una personalidad muy fuerte, ¿no es así? —dijo golpeándolo en un brazo.

Se sorprendió al notar la dureza de su brazo bajo la tela. Al contrario que el resto de los hombres del avión no se había quitado la chaqueta, sólo se había aflojado el nudo de la corbata y desabrochado algunos botones de la camisa. A través de ella pudo ver un pecho bronceado pero sin apenas bello, no muy masculino, pensó con una risa sofocada.

—No es que tenga nada de malo ser tímido. A muchas mujeres les gusta eso en un hombre, ya sabe, por cambiar un poco. Sin embargo, no le debería dar vergüenza pedir ayuda cuando la necesita. La gente le respeta más si admites tus debilidades que si las ocultas bajo una máscara de falsa bravura. Aunque hace falta coraje para admitir ante los demás que se es vulnerable…

—Yo no necesito la ayuda de nadie —la interrumpió exasperado —. No sé de dónde ha sacado esas ideas pero le aseguro señorita… —de pronto se paró y tomó aire—. ¿Señorita…?

—Marlow —dijo deprisa Rosalind, ansiosa por dejarlo terminar.

—Señorita Marlow —dijo sin la menor reacción ante su nombre

—. Puedo asegurarle que si alguna vez necesito ayuda soy perfectamente capaz de encontrarla yo solo.

—Discúlpeme, ¿eso que tiene ahí es un teléfono portátil? —preguntó una azafata.

Rosalind notó cómo el hombre que tenía a su lado se ponía rígido. Probablemente era una persona honesta en exceso y si le dejaba solo era capaz de confesarse sin necesidad.

—Sí, pero no se preocupe, no voy a usarlo —contestó ella sonriendo con sencillez—. El señor James me estaba enseñando su oficina portátil y las brujerías de la técnica en el ordenador. Naturalmente el teléfono está desconectado. Ambos conocemos las leyes.

—Está bien, pero sólo para estar seguros le quitaremos las pilas y así podremos prevenir que se ponga en funcionamiento por accidente —dijo abriendo el teléfono—. ¡Pero si no tiene pilas!

Un brazo masculino rozó el pecho de Rosalind y agarró el teléfono.

—Sí, yo se las quité antes de despegar. Como ha dicho la señorita Marlow, conozco perfectamente las leyes.

—Podía habérmelo dicho —protestó Rosalind poniéndose en pie al irse la azafata.

—No me ha dado usted oportunidad de contestar. Se lo estaba pasando muy bien sacando conclusiones apresuradas y haciéndose cargo de mi ignorancia.

Él tenía razón. Sonrió burlona y contestó:

—Así ha sido, ¿verdad?

El gesto de sus extraordinarias cejas mostró que no esperaba semejante confesión, pero tampoco era bienvenida.

—También miente usted muy bien —la acusó.

—«Si por casualidad he hablado con cierta brusquedad perdóneme, la he heredado de mi padre».

La frase de Shakespeare era desde luego muy apropiada para el caso, y era cierto que había aprendido mucho de lo que sabía sobre interpretación en las rodillas de su padre, incluyendo cómo hacer que un viejo verso sonara moderno y corriente.

El la miró como si sospechara que aquél lirismo no fuera suyo, pero frustrado por su incapacidad para desafiarla continuando el verso. Rosalind se dio cuenta de que el señor James prefería confiar

en los hechos antes de comprometerse con la palabra, e incapaz de resistirse puso una mano sobre su corazón y citó exagerando la interpretación:

—¡Ah. la despedida es tan tristemente dulce! ¿no es así, señor James? Pero ahora que sé que es usted un hombre tan aburridamente organizado supongo que tendré que buscar a otro al que manejar. Disfrute del resto de su vuelo. *Ciao baby*.

Se dio la vuelta y continuó su camino moviendo con exageración sus caderas por si acaso él seguía observándola, y efectivamente la estaba observando. Fue una suerte para Rosalind no ver su expresión. Era una máscara cínica y fría, sus labios crueles se curvaban de satisfacción, y sus ojos ardían de furia en una combinación de admiración involuntaria y desprecio. El rostro amargo de un hombre decidido a cumplir una misión particularmente desagradable.

Capítulo 3

ROSALIND se colgó el bolso mientras cruzaba el asfalto hacia el avión bimotor. Corría un viento húmedo y caliente que le volaba el pelo rojizo mientras sonreía al oficial de vuelo que estaba de pie y uniformado en los escalones más bajos. Había estado charlando un buen rato con un turista alemán, y de pronto se dio cuenta de que iba a llegar tarde para tomar el segundo avión. Apenas tenía tiempo que perder.

La puerta del avión se cerró dejando atrás el sol del atardecer. Entró en una zona estrecha de sólo diecinueve pasajeros y fijó su atención en un hueco libre a medio camino en los asientos de la izquierda. Pidió disculpas por los golpes que iba dando en los codos con el bolso y se acomodó en la fila de asientos sueltos. Podía ver al piloto que miraba para atrás a través de la puerta abierta de la cabina y le hizo una señal levantando los dedos pulgares.

—Casi pierde el avión.

Rosalind miró por el pasillo y vio un par de ojos con gafas, oscuros, desaprobadores y familiares. De nuevo el insípido señor James.

—No me diga que también usted va a Tioman —comentó mientras el motor comenzaba a vibrar.

—No, voy a tirarme en paracaídas a medio camino —contestó cortante.

Teniendo en cuenta que estaban en un vuelo sin escalas aquel sarcasmo estaba justificado, pero justamente cuando Rosalind comenzaba a apreciar su talento, él lo echó a perder al añadir:

—Ha sido muy imprudente por su parte llegar tan tarde. Podía haber perdido el avión.

—Tonterías, tenía calculado hasta el último segundo —mintió—.

Cuando se viaja tanto como yo se descubre el arte de reducir al mínimo los momentos aburridos.

—Bien.

Rosalind, sofocada y sudorosa, sacó del bolso una toallita húmeda para secarse la cara y suspiró de placer al refrescarse la piel. Él llevaba un traje, aunque se había adujado la corbata y quitado la chaqueta, y tenía el ordenador a sus pies. Se preguntó si pensaba trabajar durante todo el camino a través del Mar del Sur de China y del Pacífico. La curiosidad la pudo, era su destino. Si tenía que permanecer con él como compañero de viaje durante una hora lo mejor sería intentar pasarlo bien.

—Qué coincidencia que vayamos los dos al mismo sitio. ¿Va usted de vacaciones o en viaje de negocios? —preguntó imaginando la respuesta, nadie iba de vacaciones vestido así.

—Se podría decir que ambas cosas —contestó con una media sonrisa, como si no esperara pasarlo muy bien.

—¿Y cuál es exactamente su trabajo? Antes no me lo dijo.

—Soy contable.

—¿De verdad? —preguntó seria bajando enseguida los ojos para no delatar la risa que estaba a punto de estallar—. Nunca lo hubiera imaginado.

—¿Le parece divertido que sea contable? —continuó endureciendo su mandíbula y sin dejarse engañar.

—Por supuesto que no. La contabilidad es una profesión muy seria, honorable y bien remunerada.

—No exagere —la avisó.

—Y muy excitante, además. Debe ser emocionante cada vez que las cuentas le cuadran —continuó burlándose con una voz infantil de admiración.

—Mis cuentas siempre cuadran —contestó él casi amenazador.

—¡Tantas emociones y tan poco tiempo! No es de extrañar su aspecto, está usted agobiado. Tiene usted todos los síntomas del adicto al trabajo. No voy a preguntarle qué es lo que más le gusta, probablemente es algo relacionado con ese ordenador portátil. Apostaría algo a que es usted incapaz de relajarse. ¿Dónde va a alojarse en Tioman?

Cuando él le contestó no tuvo más remedio que conformarse. Parecían unidos el uno al otro por el destino.

—Yo también —contestó ella comenzando a sospechar—. ¿Me está usted siguiendo?

Él reaccionó con tanta alarma ante la pregunta que su breve ataque de paranoia se disipó. Se convenció a sí misma de que era un contable con traje, y, además, caro. Todos los columnistas de periódicos que conocía se vestían con ropa cómoda, de sport, no un con traje para impresionar a sus entrevistados, y, además, no viajaban en primera.

—Creo que si lo piensa un poco se dará cuenta de que yo fui la primera persona que pasó los controles para subir a este segundo avión, y desde luego llegué antes que usted —señaló con rigidez—. ¿Cómo podría estar siguiéndola?

Era cierto. Recordó lo que su madre le había dicho sobre la naturaleza aún no explotada de Tioman. Por supuesto todo el que viajara en primera clase se alojaría en el hotel más lujoso de Tioman.

—¿En serio? Quizá sea yo la que lo estoy siguiendo a usted.

Él parpadeó con rapidez. Rosalind vio un pequeño tic en su sien izquierda y se dio cuenta de que su provocativa respuesta le había puesto aún más incómodo. Luego giró la cabeza evitando su examen y mirando por la ventana justo cuando el morro del avión comenzó a elevarse, y agarró con fuerza el brazo del asiento dejando atras el calor de la ardiente ciudad. Rosalind miró sus nudillos blancos. Quizá no fuera su charla burlona lo que le había hecho reaccionar así.

—Ha volado mucho en aviones pequeños, ¿no es así? —preguntó decidida a no cometer el mismo error que en el avión anterior.

Él se volvió para mirarla con cautela, como si aún no supiera muy bien que hacer con ella. Quizá tenía miedo de admitir su vulnerabilidad ante ella, quizá pensara que iba a burlarse de nuevo de él. Sonrió amable, persuasiva, decidida a no dejarle seguir incómodo.

—No mucho, no —admitió con calma, sin desaires, sorprendiéndola.

—Bueno, no se preocupe, el vuelo será más suave cuando alcancemos mayor altura. Dejaremos atrás las corrientes de aire cuando sobrevolemos el mar. No será más que una hora, enseguida

llegamos. Si le empiezan a molestar los oídos chupe uno de estos.

Sacó de su bolso unos pocos chupachús que había tomado en el otro avión y se los ofreció.

—Lo siento, están un poco blandos, pero están envueltos.

Él aceptó la ofería de paz y tomó un chupachús con el logotipo de las líneas aéreas, tendiéndoselo de nuevo diciendo:

—Quizá quiera usted guardarlo como recuerdo, ¿no señorita Marlow?

Ella sonrió y guardó el chupachús en el bolsillo de la camisa.

—Me temo que es una costumbre. Nunca puedo dejar un hotel sin llevarme las bolsitas de té o de café, los jabones o las botellas lilas de champú. Ese tipo de cosas están incluidas en la habitación, ya sabe, y pueden ser muy útiles cuando se vive con un presupuesto limitado.

Él levantó las cejas. Le gustaban esas cejas, eran su rasgo más característico.

—Entonces, señorita Marlow, su presupuesto está bastante desequilibrado cuando se permite viajar en primera clase, pero no tiene suficiente dinero para comprar las pequeñas cosas esenciales de la vida.

Ella sonrió ante un comentario tan profesional.

—No he dicho que no pueda pagarlas, es sólo que prefiero gastar el dinero en otras cosas. Y en cuanto a este viaje, es un regalo. Normalmente siempre viajo en turista. Y por cierto, mi nombre es Rosalind. Pero casi todos me llaman Roz.

Él no se inmutó, no había ni rastro de reconocimiento en su mirada. —Luke James.

Hubo una pausa, casi como si él esperara que ella lo reconociera. Quizá fuera famoso en los círculos empresariales.

Ella continuó:

—Soy actriz.

—Me temo que yo no soy un famoso del cine —dijo cortés.

—Trabajo más que nada en el teatro.

—Tampoco soy famoso en el teatro.

—Trabajé como protagonista en un drama de la BBC hace unos años…

—No tengo televisión —dijo sin lamentarlo.

—Ah bien. También he hecho novelas por radio…

—No suelo poner la radio.

Rosalind estaba sorprendida. Se preguntó cómo era posible que alguien con su educación no tuviera interés en el arte dramático. ¿Cómo podía considerarse una persona formada si ignoraba una parte tan importante de su herencia cultural? Frunció el ceño. Teniendo en cuenta lo lejos que había llegado en las últimas veinticuatro horas para evitar que nadie la reconociera se sintió insignificante. No es que fuera engreída en exceso, pero trabajaba mucho y creía apasionadamente en la importancia de su oficio. Y, sin embargo, tenía delante a un hombre al que no le importaba lo que hacía, y menos aún cómo lo hacía. Estuvo a punto de preguntarle si leía los periódicos.

—Bien, ¿entonces qué haces para entretenerte?

—No siento ninguna necesidad de entretenerme, mi vida es muy completa.

—Debe de serlo.

Llena de trabajo, supuso. Listas y listas de aburridos números cruzando la pantalla de su ordenador. No cabía ya ninguna duda de por qué no tenía muy buenas relaciones sociales. Carecía de la costumbre de compartir sus emociones, costumbre que se aprendía en la experiencia cultural común. Si la variedad era la sal de la vida, la suya debía de ser singularmente sosa.

—Estoy seguro de que eres muy buena actriz.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó sarcástica.

—Bueno… —bajó la voz—. Eres muy atractiva.

—¿Y que tiene eso que ver con el hecho de actuar bien?

—Supongo que es más fácil conseguir un papel —explicó.

¿Se daba cuenta de lo que acababa de decir?, Se preguntó. Rosalind estalló de furia.

—¿Quieres decir que me es fácil conseguir los papeles acostándome? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Oh, no. yo nunca sugeriría tal cosa. Estoy seguro de que eres una actriz respetable, muy distinguida.

Rosalind perdonó tan rápidamente como se había enfadado, y su ira se disolvió en una sonrisa.

—¿Y ahora quién está exagerando? Me parece que me estás confundiendo con mi madre. La dignidad no es precisamente mi punto fuerte, y respetable, desde luego no lo soy. Sin embargo, mi

trabajo sí lo es —y luego añadió con firmeza por si su comentario no era lo suficientemente claro—. Si me acuesto con alguien es porque quiero, no porque tenga que hacerlo. En lo que a mí respecta el sexo no es una mercancía.

Para su sorpresa él no se ruborizó. Levantó una ceja y dijo:

—Tu madre también es actriz.

Dada su ignorancia cultural, Rosalind creyó que aquello era una pregunta. Connie se hubiera sentido mortificadísima de que él lo preguntara. Había interpretado papeles de protagonista durante casi cuatro décadas y el nombre de Marlow era conocido de sobra en el mundo del teatro de Nueva Zelanda. Rosalind creyó que debía defender el honor de la familia.

—Sí, Constance Marlow.

—¿Tú eres una de esos Marlows? ¿No recibió tu padre un título por sus servicios al teatro en la última de las listas de honor?

«Donde falla el arte, triunfa el esnobismo», pensó Rosalind.

—Sí, así es.

Aquel nuevo título había sido el regocijo y el orgullo de la familia. Michael había obligado a los trémulos principiantes a llamar a su director «sir», y Connie desde entonces era conocida en el teatro por el sobrenombre cariñoso de «la eterna Lady».

—Supongo que tu madre es contable, ¿no? —bromeó.

—Mi madre murió cuando yo era pequeño —contestó con esa mirada vaga.

—Oh… lo siento. Eso debió de ser terrible —contestó dulcificando su expresión.

Su imaginación, muy viva, enseguida pensó en cómo habría sido de niño. Habría sido inteligente, delgado, amable, y demasiado tímido como para tener muchos amigos. Luego, después de la muerte de su madre, más inseguro. No podía imaginar que Luke hubiera sido un niño temerario y seguro de sí mismo tal y como lo habían sido sus hermanos o ella misma.

Impulsivamente tendió el brazo y puso una mano sobre la de él, que reposaba en el brazo del sillón. Era fría y dura, como si la piel morena envolviera un metal frío en lugar de músculos y tendones. Rosalind había supuesto que un contable tendría manos suaves y blandas. Quizá fuera el ejercicio sobre las teclas del ordenador lo que hacía que sus dedos fueran fuertes. Y lo que era aún más

desconcertante, podía sentir cómo su contacto le transmitía el zumbido del avión, una vibración que la erizaba el bello del brazo como si estuviera cargado de electricidad. Luke miró su mano delicada, pálida, pequeña y protectora. Absorta en la reconstrucción imaginaria de su infancia, Rosalind no comprendió el sentido de la ligera y premeditada pausa que él hizo antes de continuar:

—Fue un accidente. Mi padre también murió.

Ella cerró la mano y enlazó sus dedos intentando reconfortarlo, sintiendo ternura en su corazón. La vibración del avión se convirtió en un zumbido constante que subió por su hombro y por las clavículas.

—¿Eres huérfano? Oh, Luke, qué pena. ¿Tienes hermanos o hermanas?

Él volvió la cabeza. Ella se inclinó hacia él intentando consolarlo, pálida por la intensidad de la emoción y con los ojos llenos de ansiedad y lástima.

Y todo por un extraño, pensó Luke James insatisfecho. Ella se lo estaba poniendo todo demasiado fácil, pensó, ¿o quizá no? Luke tenía buenas razones para saber que ella no era la chica vulnerable y poco sofisticada que su compasión le daba a entender. Su amabilidad no era más que una ilusión. Para una actriz del calibre de Rosalind Marlow la mentira era algo que salía de su boca sin dificultad. Podía admirar su talento, pero no tenía por qué creer en ella.

—No, no tengo.

Aquella respuesta escueta hizo vibrar la cuerda de la sensibilidad de Rosalind. No podía imaginarse una vida sin su familia. Podía ver en sus ojos oscuros la conciencia de su pérdida, el fantasma del reflejo de una vieja pena. Y, más profundamente aún, una emoción fría y oscura que no supo identificar.

—¿Ni parientes? Seguramente tendrás a alguien.

—Tuve la suerte de que me adoptaran —dijo apartando la mano de debajo de la de ella y poniéndola fuera de su alcance.

—Me alegro —dijo Rosalind con calma, sin desalentarse por su rápida retirada—. Todo el mundo debería tener una familia, ¿no crees? Aunque sea una familia construida de una manera no natural. Es la familia la que te enseña a esperar amor, confianza y lealtad de los que están a tu alrededor, de modo que cuando salimos

al mundo no tenemos miedo de confiar en otros, de admitir que todos dependemos de los demás.

—«No preguntes por aquellos por quien doblan las campanas» —murmuró él.

—¡Exacto! Aunque en realidad es «no mandes a preguntar por aquellos por los que doblan las campanas. Doblan por ti» —corrigió encantada de ver que tenía ciertos conocimientos de poesía—. ¿Has leído mucho a John Donne?

—Lo suficiente como para citarle. Son los restos de una educación clásica.

—¿Sí? ¿A qué colegio fuiste?

Él nombró un colegio privado para chicos famoso por su excelencia académica, por su estricto código de conducta y por el coste de sus facturas. Rosalind se preguntó si fueron sus padres naturales o los adoptivos los que se lo pagaron, pero sólo preguntó:

—¿Estabas interno?

—Sí, lo estaba —dijo con orgullo.

Rosalind pensaba que mandar a los chicos a vivir fuera de casa era una práctica cruel y se lo dijo, y luego añadió:

—Todos los Marlow fuimos a un colegio estatal, gracias a Dios, donde teníamos una relativa libertad para expresarnos como personas individuales. Yo no hubiera podido soportar un internado, con tantas reglas y restricciones. Simplemente me hubiera rebelado por principio.

—¿Y tus padres no ponían reglas a tu comportamiento cuando eras niña? ¿No esperaban que respetaras unas normas mínimas de decencia y autocontrol?

Había algo en su pregunta que le hizo ponerse a la defensiva. Los Marlow podían haber sido liberales, pero no negligentes.

—Sí, por supuesto que sí, pero esas reglas estaban atemperadas por el amor, el humor, y mucha tolerancia, y no nos sentíamos amenazados por una expulsión de la familia si hacíamos las cosas mal.

—Yo tampoco me sentía amenazado de expulsión.

—Probablemente porque nunca te atreviste a hacer nada malo. ¿Cómo te las arreglabas? ¿No están los internados llenos de brutos y sádicos que manejan a los más débiles? Debes de haber sufrido mucho.

—¿Tú crees? ¿Por qué?

—Bueno, no eres exactamente un jugador de rugby, ¿no? —dijo con franqueza mirándolo de arriba a abajo. Al volver a mirarlo a la cara se dio cuenta de que se le había subido el color y los músculos de su mandíbula estaban rígidos. Seguramente había tocado alguna fibra masculina sensible—. En realidad te pareces a mi hermano Richard. Le tomaban el pelo por ser desgarbado, todo codos y rodillas y pecho de gallina, pero a él nunca le importó, y cuanto más mayor se hizo más apreció su flaqueza. Las mujeres se extasiaron al verlo cuando comenzó a hacer películas.

—Eso es magnífico, pero tu preocupación por mí está fuera de lugar. Nunca he sido el blanco de las burlas ni del éxtasis desenfrenado, que suena igual de desagradable.

Sus palabras tuvieron más impacto del que él esperaba. Rosalind dejó caer la cabeza sobre el asiento suspirando y dijo:

—Sí, lo es, lo es.

Estaba pensando en todos aquellos rumores sobre ella. Al principio había pensado que era divertido y no le importaba que la gente se entretuviera con esas estúpidas exageraciones sobre su vida sexual. Pero las bromas perdieron su gracia cuando supo que en algún lugar, más allá de las luces, había un hombre sin rostro que le consideraba una posesión personal, que coleccionaba obsesivamente cada detalle sobre ella, que la observaba, esperaba, que se la imaginaba a la medida de sus fantasías privadas, que le consideraba un objeto que cualquier día podría reclamar, quizá violentamente. Y por esa razón la vida ya nunca sería igual para Rosalind. Nunca más volvería a sentirse a salvo, nunca más podría despreocuparse y ser lo confiada que siempre había sido. Olivia se había sentido frustrada al ver que ella se negaba a tomarse a Peter en serio, pero Rosalind siempre se había reído de sus miedos y de sus duelos, los había ridiculizado y despreciado, y lo había hecho porque de otro modo se hubiera visto obligada a admitir que la atemorizaban.

Pero en aquella ocasión la prueba del ensayo y error había fallado. Había recibido una dura lección de impotencia que tardaría en olvidar. Esa era la razón por la que había ido como el rayo al hotel Wellington después de esa llamada telefónica.

—Nunca nos hemos visto —titubeó la mujer que se presentó a sí misma como Peggy—, pero creo que tenemos un… amigo en

común, alguien que últimamente te ha estado escribiendo un montón de cartas, alguien que me preocupa.

—¿Te refieres a Peter? —preguntó Rosalind con el corazón acelerado mientras agarraba con fuerza el teléfono.

Una respiración profunda y nerviosa al otro lado de la línea mostró el nerviosismo y el alivio de la persona que la llamaba.

—Sí, ya sabes a quién me refiero. No quiero que se meta en problemas.

—Ni yo —contestó Rosalind con franqueza—. No he puesto ningún tipo de denuncia, si es a eso a lo que te refieres. Esperaba a que la situación se resolviera por sí misma.

—Quizá sea así. Es sólo que he visto algunas de las cartas que Peter te ha mandado, en su apartamento… He encontrado fotos y cosas… tiene una habitación entera empapelada con fotografías tuyas, es casi como un santuario. Creo que es más probable que se haga daño a sí mismo que a nadie pero… es tan complicado… no puedes imaginarte. Yo… pensé que tú y yo podríamos ayudarnos, ayudar a Peter, antes de que surja un escándalo…

De pronto se paró, y Rosalind pensó que iba a llorar, pero luego continuó con voz agitada:

—Es muy desagradable hablar sobre esto por teléfono. Es algo tremendamente personal, ¿comprendes? Ni siquiera lo sabe mi familia, ellos nunca deben saberlo…

Rosalind pudo sentir su pánico, parecía agotada. En cualquier momento podía perder el valor y colgar, dejándola a ella sin conocer su identidad ni la de Peter.

—Estoy de acuerdo, nadie tiene por qué enterarse. ¿Quieres que nos encontremos en algún sitio, Peggy, y que hablemos de ello cara a cara? —la interrumpió con amabilidad, resistiéndose al impulso de hacerle preguntas de manera inmediata—. Sólo nosotras dos. Confía en mí, yo tampoco quiero publicidad sobre esto.

—Oh, sí, si fuera posible —suspiró agradecida—. Pero tiene que ser ahora mismo, yo vivo en Wellington… —su voz delató de nuevo su malestar—. Mi marido está en el Gobierno, ¿comprende?, y nuestras idas y venidas no dependen solamente de nosotros. No tengo ninguna excusa para venir a Auckland en breve, y mi familia sospechará o curioseará si de pronto insisto en volver…

La desesperación y dignidad de aquella mujer le hicieron sentir

compasión y curiosidad, especialmente al saber que era la mujer de Donald Staines, uno de los pilares del poder político conservador y salvaguarda de la moral en Nueva Zelanda. Leyendo entre líneas imagino que el señor Siamés era un marido autoritario que mantenía en su vida unas reglas rígidas y pasadas de moda y que esperaba que su mujer hiciera lo mismo, llevando una vida intachable. Probablemente no tendría tratos con nada relacionado con el mundo moderno ni con aquella psicología que perdonaba los errores de las personas por considerarlas a su vez, víctimas de las circunstancias. Fuera cual fuera su relación con Peter, era evidente que Peggy tenía miedo del desprecio y la condena que ello supondría por parte de su familia, siendo evidente que no esperaba ayuda ni comprensión.

Rosalind acababa de volver de Wellington, no había tenido tiempo ni de deshacer las maletas, pero no protestó. Metió algunas cosas otra vez, en su bolsa y voló de nuevo hacia allí aquella misma noche, reservando una habitación en el hotel acordado con el nombre de señorita Smith. Estaba ansiosa por acabar con aquel sentimiento creciente de impotencia y tomar la iniciativa en lugar de esperar pacientemente a que las cosas siguieran su curso. Pero aquel viaje resultó ser un completo error. Quizá si se hubiera mostrado más sensible y menos arrogante, si hubiera buscado el consejo de un profesional antes de intentar disipar sus fantasmas, Peggy Staines no hubiera tenido un ataque al corazón, o no hubiera sufrido el ataque fulminante posterior que complicó su recuperación.

El sentimiento de culpa en ese momento recaía sobre sus espaldas. Era una cuestión de elección, y sabía que durante las últimas semanas había hecho demasiadas elecciones erróneas. Casi todo lo que hacía esos días resultaba ser finalmente un error, pensó suspirando y lamentándose.

—¿Rosalind, estás bien?

Parpadeó y se dio cuenta de que se había quedado absorta mirando por la ventana el vacío cielo azul. Estaba despejado, no había ni una ligera nube, y al bajar la vista pudo ver el contorno de Malasia.

Un ancho río serpenteaba cruzando el paisaje verde, dando la vuelta hasta casi encerrar grandes terrenos de jungla. Pudo ver más

allá de la jungla, donde comenzaban las apretadas filas de palmeras, unas bandas marrones y estrechas, que serían, seguramente, carreteras que corrían recias durante kilómetros a través de vastas plantaciones de aceite de palma. Desde arriba las palmeras parecían racimos de estrellas de mar que extendían sus brazos verdes por la tierra bajo un mar de aire cristalino.

—¡Rosalind! ¿Ocurre algo? ¿Por qué miras así?

La demanda áspera de una contestación la sacó de su abstracción. Miró a su alrededor. Luke James se había quitado las gafas y la miraba directamente a la cara con unos ojos desnudos que en absoluto parecían miopes, más bien parecían avivados por la curiosidad. Rosalind identificó en ellos con alarma una inteligencia astuta, y esperó que no fuera tan perspicaces como observadores.

—Lo siento… ¿De qué estábamos hablando? —preguntó escudándose instintivamente en una amabilidad vaga que le había sido muy útil en el pasado—. Me temo que he dejado vagar mi pensamiento por otros derroteros, tengo tendencia a hacerlo a veces, mi imaginación es muy viva.

—Pues no eran pensamientos muy agradables a juzgar por la expresión de tu rostro —dijo sin querer desviarse del tema—, pensé que el ala iba a arder.

Aquello explicaba su atenta mirada, lo había asustado. Su boca se relajó haciendo un gesto burlón.

—Créeme, si algo fuera mal en el avión se notaría por algo más que por una mirada ensoñadora por la ventana. Soy actriz de teatro, ¿recuerdas? Estoy entrenada para dramatizar hechos y emociones de un modo exagerado, no puedes juzgarme por mi conducta como a los demás.

Él frunció el ceño y volvió a colocarse las gafas. Rosalind pudo ver desacuerdo y duda en su expresión, y se preguntó si es que era incapaz de tomarse las cosas menos en serio. Sin embargo, no tenía ánimos para conversaciones serias. Estaba de vacaciones, no quería discusiones profundas y llenas de sentido. Estaba decidida a cortar de raíz, así que comenzó a hacerse la frívola hasta que vio que su mandíbula se relajaba y comenzaba a mirar a su alrededor. Sólo cuando estuvo segura de que había conseguido aburrirlo se permitió guardar silencio. Se volvió hacia la ventana para esconder una sonrisa de satisfacción mientras él abría su ordenador portátil, lo

ponía sobre sus piernas y enterraba la nariz en su trabajo.

Tomó una revista del bolsillo del asiento de delante y simuló leer, pero al girar el avión cruzando el Mar del Sur de China la sedujo el brillo hipnótico del sol y sus reflejos plateados y vibrantes que perlaban sin descanso en el manto azul del mar, manto sólo interrumpido ocasionalmente por algún que otro barco de pesca, y al acercarse a Tioman, por una fila de rocas e islas diminutas y verdes.

Él avión se ladeó para acercarse y Rosalind pudo tener una primera visión de su destino. La estrecha lengua de tierra se ampliaba al girar el avión revelando una vista completa. Pequeños acantilados de rocas se elevaban hasta abruptas laderas densamente pobladas de árboles que marchaban arriba y abajo del montañoso interior. Aplastó su nariz contra la ventana para observar cómo las rocas de los acantilados iban dando paso a amplias playas de arena pálida y suave. La vegetación, exótica y espesa, crecía hasta el borde de las playas y sólo la rompían aquí y allá algunos claros hechos por el hombre para su asentamiento.

Descendieron más y sobrevolaron un valle en el que entraba el mar y donde había un muelle. En pocos minutos el mar había pasado de ser de un azul opaco, dramático y de tremenda profundidad a un cobalto traslúcido, inundando casi a los bancos arenosos y poco profundos para derretirse sin apenas ondas en playas de seda. Era exactamente igual que en los folletos, pensó satisfecha y mandándole a su madre con el pensamiento una excusa por haber dudado que su entusiasmo pudiera corresponderse con la realidad.

Vislumbró el aeropuerto, al entrar éste dentro de su ángulo de visión, y era diminuto. Sólo un par de pistas muy cortas construidas sobre la base de las montañas boscosas. Una rápida excitación recorrió sus venas. No pudo evitar mirar a Luke James para observar cómo le sentaba a el aterrizar sobre un pedazo de jungla del tamaño de una tarjeta postal. Pero él no estaba emocionado. La observaba a ella dando la espalda a una selva que se vislumbraba en ese momento por la ventana. La sorprendió su serenidad, pero cayó en la cuenta de que su fascinación era probablemente más que nada pánico controlado. Centrando su atención en Rosalind evitaba ser consciente de lo que ocurría en el exterior.

Los ojos de Rosalind, en cambio, brillaban vivamente traicionando la emoción que sentía, una emoción que era intrínseca a su naturaleza impulsiva. Cuando llegaron a la pista y se detuvieron delante de un edificio de madera que servía de terminal del aeropuerto, Rosalind ya había olvidado el desagrado que había sentido en un principio por Luke y estaba ansiosa por explorar los alrededores.

—No ha sido tan terrible después de todo, ¿no crees? —sonrió mientras cargaban con las maletas la corta distancia desde la terminal hasta la carretera estrecha y polvorienta que comenzaba nada más cruzar las puertas—. Pensé que íbamos a aterrizar dando vueltas como en una montaña rusa y que se me iban a poner los pelos de punta, pero en realidad ha sido suave y sencillo.

—Sí, ya he visto que le ha decepcionado —murmuró mientras dejaba la maleta a la sombra de una palmera y veía cómo el resto de los pasajeros subían a un autobús blanco y azul aparcado afuera.

—Sí, quizá un poco —confesó buscando un medio de transporte —. Es que me encantan las montañas rusas.

—Eso me figuré.

Aquella era una respuesta típica de un contable, pensó Rosalind divertida. Probablemente nunca habría montado en una montaña rusa, que era, en definitiva, una de las cosas más divertidas del mundo. Caminó hacia una moto roja inclinada sobre un poste de la valla que cercaba el aeropuerto y deslizó sus dedos por el asiento blanco.

—¿Supongo que no… ?

—No, desde luego que no —contestó desechando la sugerencia.

—Lástima —dijo imaginándose lo delicioso que sería sentir la brisa viajando en la moto.

El aire era sofocante y estaba en calma, y podía sentir el sudor que comenzaba a resbalar por su espalda. Se abanicó con el sombrero. No podía esperar a ponerse el bikini y tirarse al mar azul. Pero no tuvieron que esperar mucho. Justo cuando el autobús se marchaba llegó un jeep verde y grande sin techo levantando polvo y con un logotipo que era una palmera. Lo conducía un malayo vestido de blanco que pidió disculpas por su retraso. Había tenido que parar para asistir a un turista que había tenido un accidente en bicicleta.

—Me llamo Razak —dijo abriendo mucho sus ojos almendrados y oscuros al ver el cabello rojizo de Rosalind brillando a la luz del sol como la lava—. Soy de Tioman Palms, y ustedes son el señor y la señora… —hizo una pausa para mirar en su carpeta bajo el brazo.

—El definitivamente es señor pero yo aún soy señorita —rió Rosalind—. No estamos casados.

Aquella idea era absurdamente deliciosa, pensó. Razak miró curioso primero a Rosalind, sonriente, y luego a Luke, inexpresivo. Luego volvió a mirar en su lista y frunció el ceño.

—Simplemente viajamos en el mismo avión —le interrumpió Luke abruptamente—. No hemos venido juntos. Somos completamente extraños uno del otro.

Rosalind se sintió dolida por ese tajante distanciamiento.

—Sí, Luke y yo no nos habíamos visto nunca antes —dijo con un inocente aleteo de sus pestañas que era más elocuente que todas las miradas juntas.

Luke sintió un ligero rubor mientras Razak lo miraba con una llama de envidia en los ojos y luego consultaba rápidamente la lista para ver sus nombres.

—Si quieren montar iré a buscar a las otras dos personas que faltan —dijo mientras cargaba las maletas y les mostraba la parte trasera del jeep abriéndola para que subieran—. Disfruten del camino, hay un paisaje precioso de aquí al hotel.

Todo era precioso, pensó Rosalind una hora más tarde al salir al balcón de su habitación y respirar el aire perfumado de los trópicos. El hotel consistía en una serie de chalets de madera individuales, cada uno de los cuales tenía dos suites. Las habitaciones combinaban la simplicidad con el lujo exquisito, de manera que sus ocupantes pudieran creer que vivían sin excesos pero sin sufrir los inconvenientes de la falta de atenciones. Se apoyó sobre el balcón y pudo ver a través de la espesura de la arboleda de cocoteros y de las casuarinas lloronas la amplia y blanca sonrisa de la playa con sus tumbonas esparcidas para lomar el sol y sus amplias sombrillas. Volvió la cabeza al oír un pequeño ruido y suspiró al ver a un hombre apoyado en la barandilla del balcón siguiente, medio oculto de su vista por un panel de madera de celosía cubierto con una enredadera espesa.

En lugar de un excitante, sexy y divertido millonario extranjero, su vecino era un contable con un intelecto superdesarrollado y una vida social infradesarrollada. Luke James iba a tener que contestar a muchas preguntas.

Capítulo 4

LA suerte de Luke no estaba mejorando mucho, pensó Rosalind exasperándose mientras observaba a la provocativa mujer que se alejaba sigilosamente de él con una falsa sonrisa en los labios. No podía aguantarlo más. Agarró su vaso y caminó despacio sentándose en la banqueta del bar más próxima a la de el.

—Realmente vas a tener que hacer algo con respecto a esa técnica tuya —le avisó.

Luke James se puso erguido y casi derramó su bebida al darse la vuelta hacia ella. Sus ojos oscuros brillaron al ver su reluciente y estrecho top y su falda envolvente y ligera. Luego miró más allá y vio la mesa abarrotada de vasos vacíos que ella acababa de abandonar.

La puesta de sol había constituido un maravilloso telón de fondo para cenar en el restaurante de la terraza del hotel, pero la oscuridad, profunda y sedosa, había caído hacía ya rato y la mayor parte de la gente se había ido a la discoteca o a ver el espectáculo nocturno de los grupos culturales locales. Otros perseguían intereses más tranquilos y vagaban por la playa a la luz de la luna o se entretenían por su cuenta en los chalets.

—Perdón, ¿cómo dices?

Rosalind sacó la cereza de su Mai Tai decorado con frutas, se la metió en la boca y saboreó el zumo y el alcohol mientras estudiaba divertida la expresión cauta de Luke. No podía culparlo si el se mostraba suspicaz, después de todo había estado ignorándolo desde

que habían llegado. Pero había decidido, magnánimamente, dejar de evitarlo. Por otra parte era imposible no cruzarse con él en un lugar tan pequeño como Palms. En lugar de desaparecer en el recuerdo de los últimos dos días eclipsado por la compañía de alguien más alegre, Luke James había llamado constantemente su atención. Casi siempre estaba solo, lo cual se debía a su timidez, desde luego, pero aquellos que no lo conocían podían interpretarlo fácilmente como frialdad.

Rosalind sentía lástima por él y era consciente de sus frecuentes miradas. Mientras ella hacía nuevas amistades alegremente y con facilidad, él permanecía incómodo y fuera de lugar en medio de los relajados turistas. Al menos aquella noche se había dejado el ordenador en su habitación. Por la tarde lo había estado usando en la playa bajo una sombrilla. Era un ser solitario embebido en su propio mundo e inconsciente de las risas y la diversión que lo rodeaba, y era evidente que necesitaba hablar.

—Tu técnica para conocer mujeres —explicó lamiéndose los dedos pringosos de la cereza—. Bueno, debo admitir que te sabes al dedillo cómo hacer para conocerlas, el problema es lo que viene después.

—¿Después? —preguntó inclinando las cejas en un gesto defensivo.

Rosalind cerró los ojos divertida al darse cuenta de que él le había dado una connotación sexual a sus inocentes palabras.

—Después del primer momento en que tomas contacto. Se supone que debes continuar con algún chiste ingenioso que atice las chispas de atracción entre ambos hasta llegar a hacer fuego. Actúas más como una manta mojada que como un fuelle. ¿Qué es lo que le ha hecho cambiar de opinión de repente?

—¿A quién?

—A ella —contestó señalando con la cabeza en la dirección en que se había ido aquella mujer—. La mujer excitante que estaba charlando contigo hace un momento.

—No estaba charlando conmigo —negó irritado—. Sólo manteníamos una conversación educada.

—Te ha invitado a una copa, por el amor de Dios, ¿qué más necesitas? —Rosalind inclinó la cabeza hacia él y bajó la voz a un tono confidencial de modo que él se viera obligado a inclinar la

cabeza a su vez—. Venía a por ti, Luke, reconozco el lenguaje de los cuerpos. Quería excitarte con esas miradas coquetas de abajo arriba, sentándose a tu lado y asegurándose de que veías ese escote impresionante… y ahí estabas tú, más tieso que un palo…

—Perdón, ¿cómo dices?

Rosalind no pudo evitar una risa sofocada ante la expresión que ella misma había utilizado.

—Me refiero a tu expresión facial —dijo cuando por fin consiguió dominarse—, la manera en que te controlas —volvió a reírse de nuevo sofocadamente y casi cayéndose de la banqueta al darse cuenta de que había vuelto a decir algo que podía tener un doble sentido sin ninguna intención.

Él la miró como si sintiera deseos de estrangularla.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Mis observaciones sobre el lenguaje del cuerpo se refieren sólo a la parte que está por encima de la cintura —dijo seria intentando arreglar ambos equívocos.

Pero entonces no pudo evitar burlarse de él mirando hacia abajo empezando por sus zapatos y levantando la mirada con lentitud hasta sus piernas masculinas, con sus pantalones claros de algodón amigados sobre la banqueta. Su ropa de sport era cara y elegante, y le sentaba bien a su figura. Su aspecto había cambiado, era mucho mejor que el de aquel loco de la informática del aeropuerto, pero aún seguía concordando con la imagen mental que tenía de él. Sin embargo, en la playa había descubierto sorprendida que su bañador exponía unos músculos bien definidos y casi se había atragantado al ver sus muslos y su anatomía masculina delatarse a través de la tensa tela. Sus ojos pasaron por alto el examen de la camisa blanca de manga corta para llegar hasta su rostro que, descubrió, estaba tan sofocado como el de ella. Ese rubor le dio confianza en sí misma y volvió a reírse con voz ronca, como si ella no se hubiera excitado también por su propia mirada.

—Así que hace un minuto ella y tú manteníais una conversación educada, y poco después se va como si tuvieras la peste —dijo comiendo otra fruta—. Y tú eras el que más hablaba. ¿Qué diablos le has dicho?

—Por si quieres saberlo sólo le estaba contando uno de mis casos más intrincados —contestó mientras la observaba devorar un

trozo de pina con voluptuosidad.

—¿De contabilidad? Tienes delante de ti a una mujer preciosa que quiere ligar contigo y tú le hablas del libro mayor?

—Era un caso muy interesante.

—Quizá para un contable, pero ella no lo era, ¿no?

—Dijo que era bailarina exótica.

—Entonces es de suponer que no era un gigante intelectual — comentó incrédula.

Había tenido a sus pies a una bailarina exótica y se las había arreglado para dejarla escapar. Si lo hubiera hecho a propósito no le habría salido mejor.

—Por el amor de Dios, ¿es que no podías encontrar un tema más interesante de que hablar? Aunque fuera del tiempo.

—Pero ella me preguntó por mi trabajo.

—Sí, pero no estaba realmente interesada en los detalles. Era sólo para romper el hielo, como preguntar de qué signo astrológico eres o si tienes fuego para encender un cigarrillo.

—Yo no creo en la astrología y fumar perjudica la salud.

Rosalind intentó no perder el sentido del humor. Aquella tarea iba a ser un desafío mayor de lo que había pensado.

—¿Y tienes que entenderlo todo de un modo tan literal? Chico, necesitas ayuda. Gracias a Dios aquí estoy yo para darte unas cuantas lecciones.

—¿Lecciones?

La suave brisa del bar de la terraza se llevaba el pelo de Luke, excepto algunos rizos que caían por los lados de la cara. Su aspecto, por unos segundos, resultó atractivamente descuidado, pero luego una mano ausente volvió a peinarse el cabello en su forma original. Rosalind se resistió al impulso de volver a despeinarlo. Aquel aire descuidado suavizaba los ángulos de su cara, estrecha, y le hacía parecer más natural y relajado, incluso más sexy dentro de su estilo.

—Lecciones sobre el arte de ligar. Y no me digas que no las necesitas porque esta noche te ha ocurrido lo mismo que le ocurrió ayer por la noche en el buffet de la piscina y hoy en la playa: que a una iniciativa femenina de acercamiento le sigue una retirada. Por lo que parece en lo que a las mujeres se refiere tienes el record de huidas.

—No sabía que nadie llevara las cuentas.

—Llámalo simplemente amabilidad de una vecina —sonrió bebiendo el resto de su bebida—. No te lo tomes de un modo personal, observar a la gente es uno de los placeres que uno puede permitirse cuando está de vacaciones. El truco es no dejar que la observación reemplace a la sana interacción.

—De la cual tú no te privas, desde luego, y aparentemente sin restricciones en cuanto a sexo o edad —contestó con brusquedad.

Sus labios se pusieron tensos, pareció como si estuviera enfadado consigo mismo por dejarse llevar por su ira. Lo vio mirar al grupo de hombres y mujeres con los que ella había estado cenando e imaginó que sus palabras se debían a una mezcla de orgullo masculino herido y envidia por su facilidad para trabar amistades y resultar simpática. Lo perdonó inmediatamente y contestó a su comentario con la interpretación de un personaje frívolo:

—Ser irresistible es una molestia. Lo llaman a uno constantemente, pero uno tiene cosas que hacer, ¿no es así, querido? Nobleza obliga y todo eso.

Cualquier otro hubiera retomado el dicho y lo hubiera continuado, pero Luke sonrió y dijo:

—Siento mucho si te he ofendido. No pretendía sugerir que tu comportamiento fuera promiscuo.

Rosalind se preguntó si era cierto que no lo había pretendido. Lo miró. Sus ojos mantenían la mirada sin parpadear, y se preguntó que significaría ese brillo desafiante en sus profundidades de obsidiana. Pero entonces notó que sus manos giraban el vaso de la bebida sobre el posavasos, y la tensión de ese gesto le hizo creer que el brillo en sus ojos era meramente el reflejo de una de las antorchas de la playa. Suspiró y sacudió la cabeza.

—Te tomas la vida demasiado en serio, Luke. No es de extrañar que tengas problemas para manejar un simple ligue de vacaciones. A menos que… ¿Te interesan las mujeres, no es así?

Él parpadeó, dejando atrás la ilusión de la concentración de sus ojos. Su piel olivácea se oscureció.

—Por supuesto que sí.

—En estos días hay que comprobarlo todo —sonrió dándole golpecitos en el brazo.

La sorprendió sentir la misma vibración por su contacto que en

el avión. Aquella vez lo había achacado al zumbido del motor, pero en esa ocasión tenía que ser por el ponche Mai Tai que había estado bebiendo.

—Así que, Luke —preguntó retirando la mano—, ¿quieres mi ayuda o no?

Su mirada bajo sus características cejas resultaba indescifrable.

—¿Y si digo que no?

—Entonces naturalmente me apartaré de tu camino durante el resto de mi estancia aquí. Después de todo no quisiera interferir en el disfrute de tus maravillosas vacaciones tan completas y tan llenas de amigos.

No la sorprendió ver un breve brillo de alarma en sus ojos.

—Y, ¿qué implica exactamente esa «ayuda» que me vas a prestar? —preguntó cauto.

—¿Quieres decir que en qué va a involucrarte a ti? —la tentación de exagerar era enorme. Se acercó parpadeando y dijo ronca—. ¿Por qué no me invitas a una copa, chiquillo, y lo averiguas?

«¿Chiquillo?». Luke se sorprendió y rió misteriosamente. Aquella risa resonó áspera aunque fuera una sonido ligero, muy masculino y apreciativo, y resultaba tanto más atractiva por cuanto subyacía en ella cierta desgana. Al fin llegaba a alguna parte, pensó Rosalind.

—¿Demasiado descarada? —preguntó.

—Erina era mucho más sutil —admitió escondiendo la curva de su boca detrás del vaso.

Rosalind miró el líquido transparente contra sus labios y pensó que lo más probable era que estuviera bebiendo agua.

—Ah, bien. La señorita danzarina exótica era la sutileza personificada, claro, con un vestido hecho exactamente a su medida —dijo sarcástica—. ¿Cómo te llamó?

—Querido.

Rosalind bufo olvidando convenientemente la frecuencia con que esa palabra se utilizaba en su profesión.

—¡Vaya tópico! Es evidente que no tiene imaginación. No me extraña que la echaras.

—Fue al revés, ¿recuerdas?

—Sólo porque no le diste la oportunidad de conocer al verdadero hombre de mundo que hay debajo de ese contable.

El miró para abajo tratando obviamente de luchar contra una emoción fuerte. Gratitud, pensó Rosalind.

—Eres muy amable preocupándote por mí, pero no quisiera ser un estorbo en tus vacaciones.

—Ah, no me llevará más de un par de días ponerte en forma —le confió Rosalind deseando que fuera menos modesto.

—Suena terrible.

—Deja de ser tan negativo, será divertido. Tendrás oportunidad de descubrir tu potencial escondido, y yo podré representar «Pigmalión».

—Mientras no me des clases de locución… —dijo tan seco que ella no comprendió que hablaba en broma.

—Ah, no, tu voz es uno de tus puntos fuertes, suave y melosa, con un cierto tono ronco en el fondo. Y dices algunas palabras con un ritmo sexy. No, definitivamente la voz no la tocaremos.

—Gracias —contestó elevando una sola ceja.

Rosalind se quedó impresionada de nuevo por el encanto caprichoso de sus traviesas cejas.

—Quédate conmigo, chico, y la semana que viene las mujeres como Erina te rogarán que les hagas la contabilidad.

Rosalind pestañeó con lascivia mientras lo veía ruborizarse y volver a soltar otra risa involuntaria. Le produjo una extraña sensación de satisfacción, casi posesiva, observar cómo su personalidad tensa y agarrotada se expandía visiblemente, aunque era evidente que aún quedaba mucho por recorrer.

—A duras penas soy un chico.

—¿Si? ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho.

—¡Wow! ¿Tan viejo? —sus ojos verdes se burlaban de la gran madurez que él proclamaba—, ¿Y cuántos crees que tengo yo?

Él la recorrió con la mirada a una velocidad poco halagadora.

—¿Treinta y cinco?

—¡Ouch! —rió. Sabía muy bien que aparentaba menos de los que tenía. Levantó un dedo en el aire y añadió—: Réstale uno, abuelito, tengo veintisiete.

—Así que soy yo el que te debe de llamar chica —respondió él con rapidez.

—Puede que sea más joven en años pero sospecho que soy varias

décadas mayor que tú en experiencia mundana.

Rosalind rió y le quitó su vaso a cambio de la copa prometida que él no había pedido para ella. Intentó a medias recuperarlo pero ella lo evitó echándose hacia atrás. Luego volvió a reír sofocadamente al notar que su top la apretaba y que su pecho luchaba por salir afuera. Le dirigió una mirada burlona por encima del borde del vaso antes de echar la cabeza hacia atrás y terminarse la copa de un trago. Aquello no era agua mineral.

Rosalind sintió cómo una bola de fuego bajaba y explotaba cuando el líquido, espeso y oleoso, entró violentamente en contacto con su garganta.

—Dios mío, ¿que diablos era eso? —pudo decir cuando al fin se recobró y descubrió que aún tenía voz, aunque cascada.

—Vodka ruso, claro.

Rosalind se estremeció.

—¿Y lo bebes así, sin nada? ¿Qué eres, un masoquista?

—Es un gusto adquirido, estoy de acuerdo.

—¡Un gusto adquirido! Es increíble que aún conserves pupilas gustativas después de beber esto. Es como fuego líquido.

—Tengo una tolerancia muy alta al alcohol, es algo que tiene que ver con mi bioquímica, creo.

Siempre se podía esperar de Luke una explicación lógica y aburrida para todo, incluso para sus peligrosos gustos en la bebida.

—Podrías haber aludido a un pasado oscuro, por ejemplo a que has adquirido tu gusto por el vodka ruso en Moscú, pero que no tienes libertad para contar en qué circunstancias.

—¿Quieres decir que debería haber mentido?

—He dicho «podrías», ¿no? No es mentir exactamente. Es inventar una historia romántica alrededor de algo que es verdad para hacerlo más interesante.

Se sorbió las narices. Fue peor. Los efluvios potentes que subían por su garganta se expandieron por sus losas nasales y le hicieron llorar. Dejó su discusión ridícula sobre semántica y se enjugó las lágrimas sin darse cuenta de que se había puesto bastante rimel en las pestañas para que parecieran más espesas y largas.

—Oh, no. ¿Se me ha corrido la pintura? —preguntó levantando la cara.

—Sí—contestó con cierta malicia— pareces un mapache —ella

lo miró furiosa—. Un mapache muy lindo, por supuesto.

No sabía si sentirse ofendida o reír.

—Bueno, bien salvado, señor Suave. ¡Que elegante! —se deslizó de su banqueta—. Como no tengo aquí mis pinturas iré paseando de vuelta hasta el chalet.

Luke se levantó deslizando discretamente una propina por la barra del bar.

—Iré contigo. Después de todo ha sido mi vodka el causante del daño, y no quiero que nadie te golpee en la oscuridad creyendo que eres un precioso animal dañino.

—Para ser un principiante aprendes rápido el arte de tomar el pelo. Espero no estar creando un monstruo para las mujeres inocentes de este mundo.

—No lo eches a perder, doctora Frankenstein —murmuró en su oído al darse la vuelta para ir por el camino que se extendía bajo las palmeras hacia un pequeño grupo de chalets.

Cuando llegaron, ella permaneció indecisa delante la puerta, relajada ante la certeza de que su escolta no iba a resultar un pulpo amatorio de repente. Si hubiera algo que debiera ser hecho, sospechó, seguro que tendría que ser ella quien lo hiciera. Sonrió al pensarlo, y le dijo que la llamara al día siguiente para planear durante el desayuno lo que harían en el pequeño y elegante café de la terraza del pabellón de deportes marítimos del hotel.

—Pero…

—¿Pero qué? —dijo ella impaciente abriendo la puerta y volviéndose para mirarlo de pie en el último escalón—. ¿Es que no desayunas? ¿O es que Erina te ha hecho una oferta mejor? ¿Planeabas desayunar en la cama, quizá?

No podía ver su rostro, que quedaba en la sombra, pero apostaba a que se había ruborizado.

—Por supuesto que no. Sólo me preguntaba si tiene que ser tan pronto, eso es todo.

—Sí, pronto, ya verás por qué.

Sonrió, se dio la vuelta y subió a su dormitorio soltando una risa horrorizada al ver sus ojos negros de pintura en el espejo del baño. Realmente parecía Rosalind Mapache. Tendría que vengarse de aquello, pensó. Se lavó la cara hasta que estuvo rosada y limpia y cayó en la cama quedándose dormida mientras escuchaba el sonido

del mar y de la brisa tropical nocturna susurrando en las palmeras al otro lado de la ventana.

Capítulo 5

DE pronto la despertó una terrible tormenta. «No, no es una tormenta. Ese ruido lo está haciendo alguien», pensó abriendo los ojos en una habitación inundada de luz. Alguien golpeaba la puerta principal del chalet. Rosalind se sentó precipitadamente para volver a caer sobre la almohada, gruñendo. Pero era demasiado tarde, su estómago daba vueltas y más vueltas. Sintió oleadas de náuseas y cerró los ojos tragando con frenesí, tratando de calmarse. Pero era difícil concentrarse con los golpes de afuera y las paredes de madera vibrando. Intentó aguantar unos miserables segundos más pero entonces tuvo que dirigirse al baño a toda prisa.

Y lo hizo. Se sentó sobre las rodillas cerca de la taza del water y vomitó con violencia, sintiendo que su cuerpo se aliviaba. Pero incluso cuando pensaba que ya lo había echado todo volvió a vomitar. Tiró de la cadena y gimió. La muerte parecía una alternativa atractiva. Los golpes habían parado y de pronto fue consciente de la voz que preguntaba por ella resonando como un eco dentro del chalet:

—¿Rosalind? Estoy aquí. ¿Estás lista para irnos?

Era Luke. Una vez de pie se tambaleó, podía oír las pisadas cruzando el brillante suelo de madera más abajo. Luego sonó más fuerte al subir las escaleras.

—¿Rosalind? ¿Estás aún ahí?

De pronto se dio cuenta con pánico de que si subía las escaleras la encontraría desnuda. Prefería dormir sin encender el aire acondicionado, y como hacía tanto calor dormía sólo con las sábanas y con las ventanas abiertas. Intentó contestar pero su voz sonó apenas en su garganta destrozada y ardiente. Tomó un albornoz verde del hotel y se envolvió en él con dedos temblorosos

mientras se dirigía a la puerta.

—¿Rosalind? Te oigo que te mueves, sé que estás despierta. Por favor, ¿no vas a responderme?

—Sí, sí, estoy aquí —se apresuró a reunirse con el agarrándose a la pared para engañar a su estómago dándole la ilusión de estabilidad. Como se temía, él había comenzado a subir las escaleras y se encontraron en el rellano.

Luke tenía un aspecto insufriblemente atractivo y saludable con sus pantalones blancos y una camisa roja estampada con motivos tropicales de vivos colores, estampado que ella hubiera codiciado en cualquier otro momento. Pero tal y como se encontraba, la fuerza de los colores le hacía dar vueltas al estómago, y rápidamente miró para otro lado. Su pelo, mojado, estaba peinado con pulcritud hacia atrás, su barbilla, recién afeitada, estaba suave y brillante y el olor vigorizante y nítido a base de cítricos de su colonia le precedía.

En contraste Rosalind se sentía sucia y suspiraba por una ducha, y cuando Luke se quedó parado contemplándola comprendió que su aspecto se correspondía con lo que sentía. Lo miró deseando tener un montón de rizos de pelo que pudieran esconderla en lugar del cabello corto y fresco que mostraba su nuca y que tanto le gustaba.

—Lo siento, me he quedado dormida. ¿Tenías que golpear la puerta de esa manera? Creí que era un terremoto.

Su mirada oscura y especulativa vagó desde sus pies desnudos hasta sus mejillas arrugadas por el sueño.

—Me dijiste que viniera a esta hora. Suponía que ibas a estar vestida esperando.

Miró su reloj, un pedazo de plástico negro lleno de botones. Rosalind se preguntó por qué la gente que menos necesitaba un reloj llevaba esos aparatos tan impresionantes.

—¿Y qué? Demándame —gruñó.

—¿Siempre te levantas de tan mal humor? —por alguna razón aquella idea parecía divertirlo.

—No, por lo general mucho peor.

Él asintió como si de verdad lo creyera.

—¿Siempre te dejas la puerta abierta? ¿No crees que es un poco imprudente para una mujer que está sola?

—La cierro ahora —contestó incapaz de pensar otra respuesta

mejor.

La vio apoyarse contra la pared y se acercó a ella.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? No tienes muy buen aspecto.

No era de extrañar. Su estómago aún parecía querer expulsar algo más.

—Oye, Luke, realmente sabes cómo encandilar a una chica.

—No, quería decir que parece que no te encuentras bien. ¿Has cambiado de opinión con respecto a desayunar tan pronto? Anoche dijiste que querías bacon, huevos y gofres con sirope…

—¡Oh, Dios!

Rosalind se puso la mano delante de la boca y dio vueltas. Subió las escaleras tropezándose con el cinturón del albornoz, que le quedaba grande, pero sólo consiguió llegar al picaporte de la puerta, del que se colgó mientras sentía la sacudida de una nueva náusea. Se sentía muy mal, y apenas se daba cuenta que un largo brazo la abrazaba hasta que se contrajo justo debajo de su pecho sujetándola e inclinando su cuerpo hacia adelante. Sus piernas temblaban, pero luego sintió que unas caderas y unos muslos masculinos la sujetaban también.

Al terminar de vomitar Luke la obligó a beber un vaso de agua para quitarse el mal sabor de boca. Rosalind, por lo general una mala enferma, era toda ingratitud.

—Vete —gruñó mientras intentaba soltarse de sus cuidados, pero o bien ella estaba muy débil o bien Luke era más fuerte de lo que parecía—. ¿Por qué no puedes dejarme sola? No quiero que estés aquí, vete.

Luke suavizó su queja acariciándola la cara y luego las manos con una toallita suave y fresca que resultaba deliciosa.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Demasiado tarde, ya está hecho. Vamos. De vuelta a la cama.

Se le daba bien dar órdenes, así, de pronto, pensó. Se tumbó sobre la cama y cerró los ojos. Luego sintió que la cama se hundía cerca de su cadera con el peso de Luke que se había sentado al borde.

—Creo que voy a llamar a Recepción para que venga el médico del hotel. Si has comido algo en mal estado la cosa puede ser seria.

—No te molestes, sé qué me ocurre y no es por la comida —

protestó levantándose.

—Ah, ya comprendo —su manera lenta de hablar sonó disgustada—. ¿Crees que quizá podría ayudarte un café con sal?

Rosalind abrió los ojos para comprobar si levantaba las cejas en desaprobación.

—No es resaca tampoco. Anoche no estaba borracha. Deberías saberlo, tú me trajiste.

—Pero pudiste haber salido después de dejarte yo o llamar al servicio de habitaciones para que te trajeran algo.

—Bueno, no lo hice. Me fui directa a la cama.

—¿Y entonces por qué estás enferma?

—Me he levantado demasiado de prisa eso es todo—murmuró.

Probablemente él se reiría si le decía la verdad. Incluso ella se reiría si a alguien le sucediera aquello. Pero en ese momento no sentía deseos de hacer reír a nadie. Él frunció el ceño y acercó una mano hasta su cara para examinarla más de cerca. Su cabello le caía por la frente, pero esta vez no se molestó en despejarla. Sus labios eran finos, una línea dura. Su rostro perdió la apariencia de juventud mientras su expresión se iba concentrando absorta, resuelta.

Se le puso la carne de gallina. De pronto se dio cuenta de que estaba tumbada en la cama, desnuda bajo el albornoz, incapaz de hacer nada, mientras Luke se inclinaba sobre ella completamente vestido. Había algo erótico y al mismo tiempo incómodo en esa situación. Su respuesta femenina era del todo natural ante la amenaza del poder masculino.

En realidad no era que Luke la preocupara a ese respecto se dijo a sí misma, era más bien de su propia volubilidad de lo que dudaba. Desde su desastroso romance con Justin prefería ser ella quien controlara las relaciones con los hombres. Incluso en sus fantasías secretas nunca se había sentido excitada por la idea de ser dominada sexualmente o por la de ser cautiva de la pasión en contra de su voluntad por un habilidoso seductor. Era inmune al encanto de arrojados jeques con imposiciones sedosas. ¿Por qué entonces, se preguntó, serpenteaban esos pensamientos por su cabeza en ese momento, cuando se sentía tan mal y tan poco atractiva? Era difícil de comprender.

Se preguntó en qué estaría pensando Luke. Nada tan alocado e

inapropiado como en lo que estaba pensando ella, se convenció al mirar su expresión. ¿Y por qué él habitualmente parecía más joven de lo que era?, se preguntó. En ese justo momento representaba cada uno de los veintiocho años que tenía, incluso más. Daba un aspecto maduro, y una sombra de seriedad se reflejaba en su rostro. Sus ojos tenían esa mirada ausente, esa vaguedad típica del que no mira nada concreto, y que Rosalind comenzó a pensar que significaba que lo veía todo. Se fijaba en un cuadro grande antes que en otro que tenía exactamente en frente, y su cerebro parecía considerar todas las posibilidades relacionándolas con la información que ya poseía.

—¿Te refieres a que es alguna enfermedad relacionada con el movimiento? —preguntó confuso—. ¿Pero cómo puede ser? No te pusiste enferma en el avión.

—Oh.por el amor de Dios, no es con el movimiento, es por la mañana —dijo nerviosa dándose cuenta que él no iba a ceder hasta que no obtuviera una respuesta satisfactoria—. Escucha, basta con que me des una de esas galletas que hay ahí en la mesilla y luego baja y hazme una taza de té, flojo, con una pizca de leche, y no muy caliente.

—¿Por la mañana? ¿Qué quieres decir? ¡Enferma por la mañana! —se levantó y su voz sonó desagradable—. Dios mío, ¿quieres decir… que estás embarazada?

—Por el amor de Dios, deja de irte por las ramas y dame esa galleta —gimió Rosalind deseando haberse sentido bien para disfrutar del susto que le estaba dando.

—¡Embarazada! —repitió casi tan pálido como ella, de pie junio a la cama—. ¿Quien es el padre?

—Jordán, mi cuñado —contestó Rosalind.

—¿Qué?

Si ya antes había pensado que sus cejas le conferían un aspecto malvado en ese momento parecía Satanás, el rey del infierno, que venía a castigarla por cada pecado que nunca hubiera soñado cometer.

—¿Has tenido una aventura con el marido de tu propia hermana? —retumbó su voz acusadora mientras respiraba casi echando humo.

—No, por supuesto que no —gritó metiéndose el resto de la

galleta en la boca. Jordán removería Roma con Santiago si ese rumor llegaba a hacerse público—. Jordán es el padre, pero del niño de Olivia, de mi hermana.

Sus ojos se oscurecieron hasta hacerse casi opacos.

—Dios mío —respiró—. ¿Es que eres una madre de alquiler? ¿Es eso? ¿Llevas tú a su hijo en tu vientre porque tu hermana no puede llevarlo a termino?

Su imaginación le robó el aliento. Se alegraba de estar tumbada. Últimamente no era muy habitual que la sorprendieran de ese modo. Sintió una serie de emociones profundas y oscuras que no pudo reprimir.

—No, en serio Luke, no sé de dónde sacas esas ideas, eres tan perspicaz. como los periodistas —se mordió el labio sospechando y esperando que él no se hubiera dado cuenta. La galleta parecía haberle sentado bien, así que se recostó sobre las almohadas sintiendo lástima por su confusión, y añadió—: No llevo dentro ningún bebé de nadie, ¿de acuerdo? Ni siquiera estoy embarazada, sólo tengo los síntomas. Y la voy a matar por hacerme esto en cuanto vuelva a casa.

La alarma asomó brevemente a sus ojos oscuros.

—¿Matara quién?

—A Olivia, a mi hermana —trató de explicarle, dudando de que la creyera—. Olivia es la que está embarazada, no yo. Somos gemelas, ¿comprendes? y siempre lo hemos compartido todo, mental y físicamente. Cuando éramos niñas, siempre que Olivia se ponía enferma me ponía yo, o a veces tenía todos los síntomas pero no la enfermedad, y viceversa. Por suerte eso va desapareciendo conforme vamos creciendo y nuestras vidas se van separando. A veces es sólo el eco de la empatía emocional, nada en realidad, pero a veces es real.

—Como ahora.

Los extraños en raras ocasiones se tomaban en serio su afinidad con su gemela, pero en aquella ocasión tuvo que hacer una «oh» de sorpresa con su boca al ver la facilidad con que Luke aceptaba la verdad. Pero lo cierto, pensó, es que eso era tan extraño como lo habían sido sus preguntas.

—Como ahora —concedió sintiéndose mejor y sentándose en la cama con alivio—. Pero es temporal, y por lo general no suele

darme tan fuerte, al menos a mí. Jordán me ha contado que Olivia lo pasa mucho peor, que se pasa toda la mañana vomitando, y ella odia sentirse enferma, más que yo.

Treinta minutos después, en la terraza del restaurante, Luke la observaba fascinado mientras ella ponía más sirope en su plato de gofres y otro plato con huevos, bacon, tomate a la parrilla y tostadas la esperaban.

—No sé cómo puedes hacerlo —murmuró temblando—. Cualquier otra se hubiera conformado con las tostadas.

—Tengo una tolerancia natural para la comida —sonrió parafraseando sus palabras de la noche anterior—. Creo que tiene algo que ver con la química de mi cuerpo. Y no te olvides de que las hormonas de Olivia me informan de que ahora debo comer por dos.

—Tendrás que hacer un poco de ejercicio. No vas a gastar todas esas calorías tomando el sol.

—Ése es precisamente mi plan —sonrió Rosalind. Luke la miró con cautela. Comenzaba a saber qué miradas resultaban encantadoras—. Cuando terminemos de desayunar iremos a reservar nuestras motos para esquiar por el agua. Espero que no sea demasiado tarde.

—¿Esquiar por el agua? —se alarmó.

—Las alquilan para media hora, pero creo que estaremos una hora entera. ¿No pensarías que íbamos a estar todo el día sentados ligando el uno con el otro, ¿no? Eso no quemaría muchas calorías tampoco. Aunque ligar no es algo pasivo, es tanto físico como verbal. Pero ser capaz de ligar mientras vuelas, por decirlo de alguna manera, incrementa tus posibilidades de éxito. Además, si haces cosas interesantes tienes más posibilidades de conocer a mujeres interesantes. Supongo que nunca has hecho motoesquí.

—No, ni nunca he querido hacerlo. ¿No podemos hacer algo menos… ruidoso?

—No, no podemos. Creía que habías dicho que no querías estropearme las vacaciones. Bueno, si hacemos las cosas a mi manera ambos conseguiremos lo que queremos, yo me divertiré y tú gozarás de nuevas experiencias estimulantes de las que hablar. Confía en mí, enseguida aprenderás y te encantará —predijo. Sus verdes ojos brillaban de inocencia mientras se inclinaba sobre la mesa y añadía en voz baja haciéndole que se ruborizara—: ¿Quién

sabe? Quizá descubras un aspecto completamente nuevo de tu personalidad.

Pero fue Rosalind quien primero hizo un descubrimiento después de un rato merodeando por la habitación de Luke mientras esperaba a que se pusiera el bañador y recogiera lo que necesitara para la playa. Sólo iban a tardar unos minutos antes de tomar su moto-esquíes y ella no quería perder el tiempo. Llevaba un vestido estampado corto de licra a juego con un bikini debajo, así que no tuvo más que acercarse a recoger su bolsa de playa, lavarse los dientes y guardar la crema solar. Sin embargo, Luke, como era de esperar, tardaba más.

Impaciente, Rosalind no pudo resistirse a curiosear por sus posesiones para ver qué revelaban sobre su personalidad, quizá algo más aparte de su hechizo por la informática. Estaba investigando qué leía, consciente de la deprimente falla de las típicas cosas de vacaciones entre el montón de libros, cuando vio una página rasgada de una revista. Era el artículo sobre ella que había estado leyendo en el avión desde Nueva Zelanda, la historia que resumía los peores excesos de su «vida alocada», y sin fechar, de modo que cualquier lector desinformado seguramente pensaría que habían ocurrido hacía sólo unas semanas, y no hacía años. Era evidente que Luke había arrancado esas páginas de la revista del avión.

Su corazón comenzó a latir con fuerza al darse cuenta de lo que aquello significaba. Todavía estaba mirando las páginas cuando Luke bajó las escaleras, igual vestido que antes excepto por la sombra oscura de su bañador debajo de sus pantalones blancos y las gafas de sol colgadas del bolsillo de su camisa. Paró bruscamente al ver lo que ella tenía en la mano, cerró la boca sin haber dicho lo que creía que iba a decir y miró a Rosalind, helada, traicionada.

—¡Lo sabías! —lo atacó levantando su puño cerrado y sacudiendo las páginas—. ¡Maldita sea! Lo habías leído, sabías quién era antes incluso de que me sentara a tu lado en el segundo avión. ¿No es así? ¿No es así?

Él se encogió de hombros. Sus ojos vagos bajo sus cejas, su cara estrecha, nada revelaba en su semblante lo que pasaba por su mente. ¡Y ella, pensó, que había creído que él era tan transparente! Todo el tiempo había estaba convencida de que su aire de inutilidad era inocencia e indefensión.

—Bueno, ¡contéstame, maldita sea! —protestó, molesta por su silencio, acercándose hecha una furia para atravesarle con su mirada—. ¿Por qué no me dijiste que me habías reconocido? —exigió sin dejarle contestar a la primera pregunta.

Luke se inclinó con naturalidad a recoger el sombrero de paja de la silla de mimbre y lo sostuvo a lo largo de su muslo mientras contestaba sin asomo alguno de culpabilidad.

—Porque tenía la sensación, casi la certeza, de que viajabas de incógnito, de que no querías llamar la atención sobre tu identidad —dijo con la calma que confiere la sinceridad—. ¿Me equivocaba?

—Bueno, no —admitió sin querer dejar pasar su enfado ni encarar la emoción que subyacía y luchaba por salir afuera—. Pero a pesar de todo podías haberme hecho alguna señal.

—¿Cómo iba a hacerlo sin entrometerme en tu intimidad, tan vital para ti como para tomarte la molestia de disfrazarte? —preguntó él con una lógica aplastante.

Tenía que concederle que eso era cierto. Se las había arreglado para darle la vuelta a la situación, pero aquello no significaba que lo perdonara.

—¿Y qué me dices de después, cuando te dije que era actriz, y me dijiste que no ibas al teatro? Podías haber mencionado el artículo, no tenías por qué seguir fingiendo que no sabías nada de mí —insistió con dureza recordando lo mal que le había sentado eso.

—Ah, bueno, es que no pude evitar burlarme un poco de ti

—¡Bah!

—Pero para entonces hubiera sido un poco desagradable admitir que sí te conocía. Pensé que era más diplomático comportarnos como si fuéramos extraños, que al fin y al cabo es lo que seguimos siendo.

Rosalind elevó el mentón en un gesto dramático de desafío.

—Yo no me hubiera sentido molesta —declaró. Sus ojos brillaban.

Se negaba a pedir disculpas por el modo en que había vivido su vida. Había cometido errores, pero había pagado por ellos, y había un caso en el que seguiría pagando durante el resto de su vida.

—Quizá tú no, pero yo sí. Pensé que podías creer que lo había hecho a propósito, que había fingido no reconocerte para trabar una

amistad y luego hacerme el chulo por ahí comentando nuestra conversación o vendiendo la historia, ya sabes, ese tipo de cosas. Sé que hay gente que lo hace. Además, pensé que no tendrías muchas ganas de hablar sobre lo que pone en la revista, especialmente con un extraño. Así que a menos que tú sacaras el tema, yo no veía modo alguno de hablar de ello.

—Hmm. Así que no eres ningún agente del servicio secreto? —preguntó intentando atacarlo.

—¡No!

—¿Ni detective?

Él sacudió la cabeza y borró la expresión de sus ojos oscuros.

—¿Periodista?

—¡Dios no lo quiera!

O bien era sincero o bien era el mentiroso más espectacular del mundo. Sólo le quedaba el instinto para decidirse. Dio golpes con el pie, aún reticente, pensado en todas las desagradables alternativas y sin querer dejar escapar ninguna.

—No tienes que preocuparte por tu intimidad —añadió él como leyéndole el pensamiento—. Hay muchos contables discretos y de fiar precisamente por la naturaleza de nuestro trabajo. Somos discretos hasta extremos inusitados. Si divulgamos alguna información sobre la vida de nuestros clientes nos quedamos sin trabajo. De todos modos yo no soy de los que divulgan información.

Rosalind se sintió de inmediato como una bruja paranoica. Por supuesto que no lo era, y esa era la razón por la que era incapaz, de mantener vivo el interés de una mujer durante más de diez minutos.

—No hay nada demasiado privado en mi vida en este momento —dijo arrojándole las páginas de la revista hechas una bola y sorprendiéndose por la velocidad de sus reflejos cuando él la agarró —. Espero que no le creas todo lo que lees.

—Prefiero formarme mi propia opinión.

—¿Sí? ¿Y no vas a preguntarme cuánta de esa basura es cierta? ¿No tienes ganas de conocer los detalles que no vienen en la revista?

—Sólo si tú quieres contármelos —dijo con el toque exacto de desinterés de una mente abierta.

Se preguntó si él acaso esperaba que surgieran las confidencias entre ellos, pero sacudió la cabeza y dijo:

—No voy a hacerlo.

Él se puso colorado, y pasó la prueba.

—¿En ese caso por qué no salimos y probamos con ese par de máquinas ruidosas que has reservado? —dijo poniéndose el sombrero y señalando la puerta.

—¿Por qué diablos arrancaste ese maldito artículo de todas formas? —preguntó ella más tarde mientras rodeaban un cocotero caído en el camino.

—Fue un impulso, supongo que como recuerdo de nuestro encuentro.

—No eres muy exigente en cuanto a recuerdos, te sirve cualquier cosa.

—¿Quieres decir que los chupachuses y las bolsitas de café no son cualquier cosa? —dijo haciéndole reír.

Se dirigieron a la playa y pasearon por la arena hacia el embarcadero, y después de recoger un par de toallas del kiosco de playa del hotel, Rosalind se acercó al borde del mar brincando y quitándose las sandalias de lona para no mojarse con las olas. Sin decir palabra, Luke recogió su bolsa de playa y caminó paralelamente a ella en la arena firme, manteniendo meticulosamente secas sus sandalias. La marea estaba alta y el agua era tan clara que se podían *ver* las rocas y los trozos de coral muertos que el mar esparcía por la arena en su ir y venir.

Hacía ya bastante calor, y el sombrero la cubría del sol la cara y los hombros desnudos. Corría una ligera brisa, justo la suficiente para agitar las palmeras y ondear las velas de un windsurfista que lentamente atravesaba la superficie brillante del agua. Ellos harían windsurfing después, decidió Rosalind admirando la destreza del hombre que en ese momento cambiaba de dirección. Un ave marina los sobrevoló y luego se dirigió hacia la línea de yates del muelle en el valle. Era un paisaje y un momento ideal, y Rosalind suspiró profundamente feliz de estar viva.

Puso una mano sobre su sombrero y disfrutó del agua sedosa acariciando sus tobillos y de las gotas templadas que salpicaban sus muslos. Se daba cuenta de que Luke le seguía el paso con facilidad y lo vio mirarla. El sombrero blanco le sentaba bien a su piel olivácea, pensó, e inclinado como estaba a un lado le confería a su rostro un aspecto que muchas mujeres hubieran encontrado

mitigante. De hecho, cada vez que lo miraba se veía obligada a admitir que era atractivo.

—¿No tienes ningún síntoma más esta mañana? —preguntó él con rapidez, como para impedir que ella hiciera algún comentario por el hecho de que estuviera observándola.

Pero Rosalind estaba habituada a que se la quedaran mirando, y simplemente sacudió la cabeza y sonrió:

—Yo no. Pero la pobre Olivia seguro que está aún inclinada sobre el water. La medicación contra las náuseas no es muy electiva, al menos en las dosis recomendadas, Si Jordán quiere aliviarla de los mareos matutinos creo que tendrá que preparar toda la fortuna de los Pendragon para gastarla en la farmacia.

El sacó las gafas de aviador de su bolsillo y se las puso escondiendo sus ojos.

—Espero que no, porque mi sueldo depende de ello.

—¿Qué quieres decir?

—Trabajo para su primo William.

—¿Trabajas para Will?

Rosalind había visto un par de veces al primo de Jordán, pero era un ejecutivo de la cabeza a los pies, demasiado conservador para su gusto, y ella, sin duda, le había resultado demasiado liberal.

—Para la Pendragon Corporation, sí —contestó sin interrumpir sus zancadas.

—¿Dónde?

—En Wellington.

—No, quería decir en qué.

—Coordino la preparación de la contabilidad de varias empresas con vistas a los impuestos.

«Impuestos», claro, debería haberlo supuesto.

—No puedo dar crédito a lo increíble de la coincidencia, mi hermana está casada con el primo de tu jefe —dijo saludando al malayo del centro marino al que había reservado las motos, en el agua—. Bueno, eso nos convierte casi en familia.

Pararon bajo una alta palmera y Luke extendió la toalla a la sombra colocando con cuidado su bolsa encima.

—Yo no diría tanto.

—Bueno, al menos primos —dijo sonriendo traviesa y quitándose el sombrero. Agarró su vestido de licra por el borde y se

lo quitó por la cabeza—. Deberías haberme dicho antes para quién trabajabas, no habría sospechado tanto de ti.

Le divirtió ver que él se quedaba un paso atrás ante su súbita medio desnudez, incapaz de responder por un momento. En los cristales de sus gafas se veía reflejada dos veces, delgada y con su bikini de flores amarillas, que la cubría sólo lo esencial.

—Pensé que sonaría a una invasión.

—Luke James, eres el hombre más incapaz de invadir nada que he conocido. Deja de preocuparle por lo que pensarán los demás y aprovecha las oportunidades que se te presentan. Y ahora quítale la ropa y déjame que te enseñe a disfrutar.

Él se ruborizó pero obedeció. Su torso era de perfectas proporciones triangulares: hombros bien delineados y compactos y pecho sin bello que acababa en un abdomen y cintura estrechos. Sus caderas y piernas eran proporcionados al resto. Silbó para mostrarle que estaba impresionada, y luego rió y lo llevó al agua.

—Sólo vamos a utilizar uno para empezar. El no ha montado nunca y yo lo llevaré en la parte de atrás para que vea cómo se hace.

—Muy bien. ¿Han leído las reglas del centro?

Rosalind asintió y el le enseñó brevemente cómo funcionaban los mandos.

—Vamos, el tiempo es oro, como dirían tus contables. Este asiento es para dos, ¿lo ves? —dijo echándose hacia adelante para mostrarle que quedaba sitio.

—Si conduces con tanta imprudencia como haces todo lo demás será mejor que el hotel tenga un buen seguro —protestó.

—Te prometo que no te harás daño, lo peor que puede pasar es que nos mojemos y este chico vendrá con su Zodiac si la molo tiene una avería.

Luke sonrió y subió.

—Puedes agarrarte a los manillares o a mí, como le sientas más seguro.

Rosalind encendió el motor que comenzó a vibrar y la parte delantera de la moto se levantó al acelerar conduciendo hacia el oleaje. Podía oír los gruñidos de Luke de ola en ola. Luego llegaron a una zona en calma de aguas profundas después de unas cuantas vueltas y pudo sentir sus manos sobre su cintura. Rió, sabía que no

iba a ser capaz de mantener la distancia durante mucho tiempo.

—Si esta es tu idea de divertirte yo prefiero no hacerlo —dijo Luke mientras Rosalind conducía de vuelta hacia la otra moto.

—Es que ir detrás es más aburrido porque no controlas lo que está sucediendo, pero en cuanto pruebes te gustará —sonrió—. ¿Has visto cómo he manejado el acelerador, o quieres que te lo explique?

Él puso la mano sobre el asiento de la otra moto y probó el acelerador con un movimiento fluido.

—No parece muy distinto del acelerador de una moto cualquiera.

—¿Has conducido motos?

Rosalind parpadeó imaginándose por un momento aquel cuerpo liso y duro en un sexy traje de cuero negro insolentemente desabrochado desde la garganta hasta la ingle. Él pareció irritado por la pregunta.

—Tuve una, en la adolescencia. Una Harley, por cierto. No hace falta haber nacido salvaje como tú para disfrutar de un paseo por el peligro de vez en cuando, Roz.

Se sacudió el agua y montó sobre la poderosa máquina con una ligera torpeza que se desvaneció en cuanto golpeó contra la primera ola, elevando los pies para absorber el impacto del aterrizaje e inclinándose para dar la vuelta. Rosalind cerró la boca y se recuperó de la excitación que le había causado su imaginación. Luego lo siguió con placer y pensó que a un aprendiz como aquel pronto sería difícil seguirle los pasos.

Capítulo 6

PASARON una hora deliciosa haciendo carreras, rodeando hoyas, siguiendo la estela el uno del otro por turnos y en duelo con otros motoristas que se atrevían a desafiarlos por la supremacía de las olas. Era la primera vez que Rosalind lo veía completamente desinhibido y se quedó asombrada por la fuerza y la competitividad que reveló. Le gustaba ganar, y cuanto lo conseguía no escatimaba elogios a su victoria golpeando con el puño la moto y riendo. Casi no podía creer que se tratara del mismo hombre.

Pero más sorprendente resultó que fuera Rosalind la primera en desfallecer. Cuando se les acabó el tiempo se alegró de tener que volver a la playa y admitió que sus piernas y sus brazos eran como gelatina a causa del ejercicio.

—Por no mencionar otra parte de mi anatomía que ha tenido que soportar la violencia de los golpes —dijo tumbándose en la arena y poniéndose el sombrero para darse sombra—. He debido de haber perdido más energías de las que creía en aquella isla.

Luke, que parecía por el contrario sentirse más vigoroso, sacudió la toalla antes de sentarse a su lado e inclinarse hacia atrás sobre los brazos.

—¿Te refieres a la película que acabas de terminar? —preguntó sin reprimir ya más su curiosidad.

—Sí, a la que casi acaba conmigo —afirmó comenzando a contarle con humor la historia de los tiburones, los huesos rotos y los mosquitos del tamaño de los vampiros—. Pero fue la incompetencia lo que me sacó de quicio. No me hubieran importado las privaciones si el guión hubiera sido bueno, pero cuando el director lo rehizo por última vez, y lo rehizo cientos de veces, los caracteres de los personajes eran ya incomprensibles. Para ser mi

primera película no ha sido un buen comienzo.

—Creía que de todas maneras preferías el teatro — dijo confirmando que había leído entero el artículo—. ¿Porque quisiste hacer esa película precisamente?

Ella suspiró, tenía instinto para hacer justo las preguntas más molestas.

—Creo que fue un impulso, quería ampliar mis horizontes. El guión original era bueno en realidad y la directora me lo suplicó, es una amiga mía. No sabía que desde que dejamos la escuela de arte dramático se había dedicado a hacer sólo videos musicales y anuncios.

—¿Y no pensaste en investigar su trabajo antes de comprometerte con ella?

—Te lo he dicho, ella es una vieja amiga mía. Me caía bien, era una cuestión de lealtad.

—Lo cual deja en muy mal lugar a la lealtad.

—Sí, bueno, ese es el problema con la lealtad. ¿no crees? Seguir adelante siempre con la misma gente, para lo bueno y para lo malo. Trina lo hizo lo mejor que pudo, sólo que sus ambiciones sobrepasaban a sus habilidades. Al menos quería correr el riesgo e intentarlo, y sólo por eso yo la respeto.

Su ceja levantada era un sarcasmo en sí misma, y Rosalind pensó que si él hubiera sido una persona calculadora habría sospechado que lo hacía simplemente para jugar a hacer de abogado del diablo y provocar en ella una respuesta impulsiva.

—Quizá fuera el riesgo lo que te atrajo del proyecto.

—Quizá. Pero al menos conseguí un salario. Los inversores sí que se deben de haber dado un buen baño.

Tal y como esperaba, oír hablar de un tema financiero era demasiado tentador para él, así que discutieron el intrincado mundo de la financiación de las películas hasta que Rosalind se las apañó para ir llevándolo a un tema potencialmente mucho más interesante: su juventud, cuando tenía una Harley-Davidson. Sin embargo, resultó decepcionante y aburrido. Sólo llevaba la moto para ir y volver de la universidad y de su trabajo a tiempo parcial. Para él sólo había sido un medio de transporte económico y conveniente, con la ventaja añadida de que era una moto clásica que se apreciaría con el tiempo y por tanto una inversión.

—Un conformista sin causa —murmuró Rosalind olvidando la visión de Luke vestido de cuero a horcajadas con un cigarrillo y una sonrisa burlona en los labios.

Intentó buscar otra imagen de él para reemplazarla pero era difícil conseguir que Luke hablara sobre sí mismo. Era capaz de ser casi elocuente en temas generales, pero cuando se trataba de cuestiones personales se escondía tras un escudo. Sin embargo, unió las piezas de lo que sabía. Huérfano, adoptado, hijo único, estudiante serio que se había propuesto a sí mismo una serie de metas a las que se había dedicado con ahínco y sin frivolidades. Había vivido en casa de sus padres adoptivos, que disponían de dinero para pagar con generosidad su educación, pero que tenían una ética tan estricta sobre el trabajo que le habían inculcado la necesidad de trabajar para ayudar a sobrellevar la carga que suponía su manutención. Ella, en cambio, tuvo que admitir que no había trabajado en nada que no fuera el teatro.

—Y ame cada segundo que he pasado en él —suspiró—. Hasta ahora, claro.

Se mordió los labios al ver que había dejado escapar ese lamento. Luke se acercó a ella sujetándose la sien con el codo y preguntó:

—¿Y qué es lo que ha cambiado ahora?

Rosalind miró al cielo despejado. Pensó en decírselo, pero sólo de pensarlo se le secó la boca, tanto como las últimas veces que se subió a un escenario, en esos desagradables momentos en que su mente se quedaba en blanco y no recordaba en absoluto qué obra estaban representando y menos aún el guión de la escena que tenía que salir a decir. Lo único de lo que era consciente era de esos ojos fijos sobre ella en el oscuro auditorio, ojos de amigos, de fans, de extraños, y de los de un extraño en particular que era posible que estuviera allí, observando, esperando una palabra, un gesto o una mirada que su psicosis podía interpretar como una invitación a realizar sus amenazadoras fantasías.

—Oh, sólo una pequeña crisis de confianza en mí misma. Lo superaré —se forzó a decir sin darle importancia y con más optimismo del que sentía.

—¿Has dicho confianza o conciencia?

Ella giró la cabeza bruscamente. A pesar del calor, cada vez

mayor, él no se había puesto ni el sombrero ni las gafas, pero las ramas de las palmeras sobre su cabeza tapaban su rostro moreno del sol haciendo sombras que dificultaban el poder interpretar su expresión.

—Confianza, estaba hablando de mi confianza a la hora de subir a escena. Cuando estás frente a una audiencia tienes que meterte en el papel. Si dejas que otros asuntos interfieran tendrás problemas. Y preocuparse de si vas a tener un ataque de pánico en medio de la representación es como profetizarlo.

De pronto se calló. No había pensado hablar tanto, y ni siquiera había hablado de su preocupación en el trabajo con su hermana gemela. Era fuerte, resuelta y madura, y esperaba que sus problemas desaparecieran gracias a su resistencia habitual. Enterró su rostro entre sus manos y retomó el papel de compañera divertida diciendo:

—Y hablando de confianza, tú parecías tener mucha en el agua. Te diré algo: el truco para ligar en la playa consiste en ofrecerte para extender la crema solar en la espalda. Te da la oportunidad de sonar sexy y atento, y si la chica acepta entonces puedes estar casi seguro de que está interesada en ti. Y cuidado, la primera vez debe ser sensual pero rápido. Tu brazo debe demostrarle que eres un hombre en quien puede confiar.

Hubo un silencio.

—¿Me estás pidiendo que te ponga crema en la espalda? —preguntó inquieto.

—Bueno, estoy segura de que necesitas práctica y yo estoy preparada para sacrificarme, incluso te haré una crítica cuando termines. Para empezar podrías mostrar más entusiasmo. Inténtalo y procura que tu voz suene más enérgica.

—¿También en el cuello?

Rosalind se dio la vuelta y, como esperaba, él la miraba la nuca, expuesta en toda su delicada vulnerabilidad por el corto pelo.

—¿Por qué lo dices, Luke? ¿Es que tienes fantasías eróticas en las que eres un vampiro?

El se ruborizó.

—Pensaba más en estrangular que en morder —contestó tomando sin ganas la crema solar de su bolso de playa.

—Es una lástima. Los vampiros son mucho más sexy que los

viles estranguladores.

Le extendió la crema sin hablar y con rapidez, pero Rosalind no le dijo que continuara porque descubrió que la sensación del contacto con aquellas manos firmes acariciándola la piel caliente por el sol era demasiado excitante como para sentirse cómoda. Aquella vez no podía echarle la culpa a nadie por ese temblor que vibraba por sus nervios más que a su propio sistema bioeléctrico. Cada vez que Luke la tocaba era como si una descarga estática la traspasara, una descarga que parecía incrementarse con el contacto continuado en lugar de desaparecer. Rosalind se sentía literalmente revivir.

Sintió placer pero también disgusto por aquella atracción física inesperada, especialmente porque Luke no mostraba señal alguna de que a él lo afectara. Se suponía que él era sólo un entretenimiento más de las vacaciones, no una nueva complicación en su vida. A pesar de todo, si se mantenía firme no habría peligro, no se comportaría como una verdadera Pigmalión enamorándose de su propia creación. Le había hecho una promesa, lo espabilaría y desinhibiría, y mientras tanto su fuerte disciplina controlaría cualquier pensamiento lujurioso.

Desde ese momento Rosalind se dedicó a la tarea de hacer parecer a Luke irresistible para los miembros del sexo opuesto mientras mantenía en silencio una discreta distancia física de él. No le dio descanso ocupando todo el tiempo en actividades que concentraran su atención, le hicieran olvidar su timidez.

Después del éxito de las motos lo llevó a bucear esa misma tarde, sintiéndose aliviada al ver que lo hacía tan bien como un animal marino, aunque por desgracia parecía más interesado en la vida del arrecife que en las mujeres que pasaban por delante. Se unieron a unas cuantas que paseaban en un gran bote de madera característico de Tioman, navegando por la costa hasta llegar a una diminuta isla rocosa. Rosalind se maravilló por la vivida diversidad de corales que flotaban y por los colores iridiscentes de algunos de los peces que saltaban en el agua. Había mantas y crustáceos, anémonas flotantes y galopines marinos con manchas azules como joyas, y mientras navegaban observando los bancos poco profundos, Rosalind se sintió tentada de explorar los lugares más profundos del mar, pero Luke le señaló un tiburón entre las rocas, y entonces

decidió que no estaba preparada aún para afrontar otro encuentro con los habitantes de las profundidades.

Al día siguiente tomaron un guía para visitar los valles arbolados hasta la cuidad de Juara, al otro lado de la isla. Hacía calor, y los árboles centenarios, con nombres tan evocadores como sándalo o alcanfor, se elevaban hasta el cielo con copas verdes tan distantes que las hojas de las palmeras más bajas las tapaban. Rosalind agradecía las frecuentes pausas que hacía el guía en los riachuelos a la sombra, pero el calor no parecía afectar a Luke, que se burlaba de sus deseos de volver y de que se quedara rezagada espiando mariposas exóticas.

Por la tarde tomaron de nuevo el bote de madera para volver bordeando la costa hacia el sur parando en Mukut, ciudad desde la que subieron hasta la famosa catarata. Luke no había visto *South Pacific* y se mostraba algo despectivo ante la razón por la que Rosalind quería emprender ese peregrinaje, pero no pudo negar que el escenario era espectacular. Ella se vengó de sus comentarios sarcásticos sobre la estupidez de los musicales cantándole todas las canciones de la película que pudo recordar, cosa que divirtió a los que pasaban por allí.

Al día siguiente, Rosalind quiso enseñarle a hacer windsurfing. Caminaron por la arena con las tablas hacia el final de la playa mientras Rosalind le mostraba cómo se hacía. La brisa era suave y tranquila y el mar parecía un vaso de agua en calma, así que las condiciones eran perfectas para un principiante. Sin embargo, Luke demostró ser tan incapaz de aprender que tardó mucho tiempo en conseguir tan sólo mantenerse de pie sobre la tabla. Ella se convirtió en su salvavidas, y terminó agotada de tanto sujetarle la tabla mientras él intentaba recuperar el sentido del equilibrio.

Cuando finalmente, después de más de una hora intentándolo, él conseguía levantar la vela, perdía invariablemente el equilibrio antes de que soplara el viento y la hinchara, cayendo de nuevo, generalmente en su dirección, salpicándola. No podía perder la paciencia porque cada vez que aquello ocurría, Luke se disculpaba, se desesperaba por no tener la habilidad suficiente e insistía en que si esperaban un poco más al fin lo conseguiría. No tenía valor para decirle que era mejor que lo dejara, no después de haber insistido tanto en que debía ser tenaz

Y lo que era peor, él chocaba siempre contra ella. Tenía que guiarlo para subir a la tabla y poner sus piernas en la posición adecuada, luego subir ella y enseñarle cómo agarrarse. Cada vez que se movía, él se cruzaba en su camino acariciándola con su cuerpo fresco. Sus manos lo rozaban y se deslizaban por su piel suave y mojada, resbalando a veces por territorios peligrosos, mientras el agua demostraba ser un maravilloso conductor de la corriente eléctrica que se intensificaba entre ellos con el contacto.

Las aguas cálidas de Nueva Zelanda eran el bañador más sutil de los windsurfistas. Rosalind gimió sin darse cuenta mientras Luke daba otra voltereta y una de sus piernas se entrelazaba con las suyas. Su ligera aspereza la rozaba la piel, muy sensible a su contacto, dándole un ligero golpe íntimo en su bikini de seda. Aquello fue demasiado. Fingió cortarse el pie para poder salir a la orilla a mirar la supuesta herida y dijo:

—Creo que no me he hecho sangre. No es nada, tú quédate aquí. Quizá lo que necesitas es intentarlo solo.

Se dirigió por la playa hacia las toallas representando su papel sin gran convicción y consciente de la mirada de Luke sobre su espalda. Se sentó e hizo como que inspeccionaba la herida del pie, le hizo una señal con la mano para indicarle que no era nada y luego se relajó inclinándose sobre los codos y suspirando. Aquello era ridículo, estaba huyendo. Pero, ¿por qué? Se preguntó. Era un hombre perfectamente encantador, ¿por qué no se dejaba de mentiras y llegaba hasta el final?

Cerró los ojos considerando la idea. Aunque Luke no tuviera experiencia con las mujeres era un adulto maduro e inteligente, bien educado y con un buen empleo. No era un niño al que ella sedujera sólo para divertirse. Y no habría problema alguno si al investigar esa atracción resultaba que no era mutua. Debió de quedarse dormida porque cuando abrió los ojos no vio a Luke. Se sentó, alarmada, buscándolo ansiosa por todo el valle e imaginando que lo encontraría flotando en el agua, y todo por su culpa, por obligarlo a intentar algo más allá de sus posibilidades.

Finalmente se relajó cuando distinguió la vela verde con el logotipo del hotel hinchada al viento dirigiéndose a mar abierto. Mientras lo observaba, Luke trasladó su propio peso y viró la vela dirigiéndose hacia la playa aprovechando el viento costero. Cuando

llegó con la tabla a la arena sus sospechas comenzaban a hervir a fuego lento.

—Eso ha estado muy bien para ser un principiante.

Él recogió su toalla y se secó distraído.

—Tenías razón, ha sido mucho más fácil sin ti. Me estabas poniendo nervioso señalándome mis errores a cada momento.

—¿De verdad? —dijo relajándose sobre los codos.

—Sí, una vez que consigues ponerte de pie el resto te sale solo.

Pero aquellas palabras no lograron apaciguar sus sospechas.

—Luke James, ¿es la primera vez que haces windsurfing?

—Deberías haberme hecho esa pregunta antes de comenzar. ¿Que tal tu pie?

—Muy bien —contestó tratando de averiguar si aquella respuesta era una confesión.

—¿Sí? ¿Puedo verlo?

Antes de que pudiera darse cuenta, él se había agachado sentándose sobre sus piernas y agarrándola el tobillo.

—¡No!

Trató de soltarse pero la agarraba con fuerza levantándole el pie para inspeccionarlo.

—No te preocupes, no voy a hacerte daño —murmuró sacudiéndole la arena con cuidado.

—Te dije que no era nada —contestó ella casi sin aliento.

Él frunció el ceño y se inclinó. Su pelo húmedo se despeinó. La acarició con el pulgar y la raspó ligeramente con la uña. Ella retorció los dedos y gimió involuntariamente. Entonces él hizo una pausa y elevó las cejas inquisitivo.

—Tengo cosquillas —explicó.

Se puso colorada, para su propia sorpresa, ante aquella mentira. Ella, la reina de las máscaras, cuyo entrenamiento profesional la había llevado hasta la cima y que nunca se ruborizaba excepto cuando venía en el guión.

—Tendré cuidado. No veo… ah espera, ¿qué es esto? —su dedo pulgar indagó en la carne suave— podría ser una astilla de una concha, o alguna espina…

—¿Tú crees? —ella no se había mirado con mucho detenimiento, sabía que no tenía nada—. Bueno, ahora no me duele.

—¿Sentiste una picadura o una sensación de quemarte cuando te ocurrió?

—No, ninguna de las dos.

Deseaba que él dejara de rozarla arriba y abajo de esa manera. Era en ese momento cuando sentía algo. Una sensación la recorría la pantorrilla y los muslos, una sensación de calor que no tenía nada que ver con el del sol. Clavaba los dedos en la arena y su pierna libre se movía de un lado a otro sin descanso intentando esconder el triángulo vulnerable entre sus muslos. Sus pezones comenzaban a ponerse firmes y supo que pronto resultarían visibles a través de la fina tela del biquini rosa.

—Sea lo que sea no creo que debamos dejarlo ahí, ¿no te parece? Con este clima cualquier infección puede desarrollarse con rapidez.

—Por desgracia no tengo ninguna aguja aquí para sacarlo.

Rosalind lamentó de inmediato haber dicho aquello. Los ojos de Luke aceptaron aquella licencia para vagar por su cuerpo. Una rápida mirada le confirmó que no se equivocaba al ver el contorno explícito de sus pechos ni su ligero abultamiento, que proyectaba una pequeña corona dura hacia adelante en una fuerte prominencia. Y esta vez no podía culpar de ello al frío del agua.

Su mirada se quedó en blanco en un gesto ya familiar, sin concentrarse en ningún punto en concreto pero con gran intensidad mientras elevaba los ojos hasta su rostro, agarrándola del tobillo con más fuerza mientras ella trataba instintivamente de soltarse.

—Entonces tendremos que improvisar —murmuró.

Mantuvo la mirada sobre ella e inclinó la cabeza, la agarró del talón y ladeó el pie oblicuamente con delicadeza con la otra mano mientras lo ponía en su boca abierta. Rosalind gritó sofocadamente al sentir sus dientes hundirse en la planta del pie con dulzura, y notó una succión caliente, húmeda y rítmica sobre su carne.

—¡Luke!

Aquella exclamación de protesta y sorpresa no tuvo eficacia. Sentía una debilidad que recorría todo su cuerpo. Le fallaron los codos y cayó en la arena. Se voló el sombrero y su cabeza quedó al descubierto, dejándola deslumbrada por el sol. Su segunda protesta fue aún más enfebrecida.

—Luke…

El succionó con más fuerza, mordiéndola con los dientes, produciéndola diminutos pinchazos de dolor instantáneamente suavizados por el movimiento húmedo de su boca. Se tumbó y se rindió, viéndolo a él observarla. Su mirada era intensa y de oscura concentración. Nunca antes había pensado en su pie como zona erógena, pero la sensación deliciosa de placer que experimentaba la hizo recapacitar. No era de extrañar que la gente desarrollara fetiches para los pies.

De pronto sintió que su lengua se unía a la succión, dando vueltas y acariciando su piel mojada. Una de sus manos se deslizó lentamente desde la planta del pie hasta el tobillo para luego subir por la pantorrilla, extendiendo sus dedos acariciadores por el muslo. Aquel largo y lento beso francés se prolongó hasta que Rosalind se retorció dejando escapar un gemido de sus labios. Entonces él dijo:

—¿Te hago daño? ¿Quieres que pare?

Sus labios rozaban la planta del pie mientras lo decía, y ella volvió a gemir. El estaba de rodillas, como suplicando, pero sus ojos parecían brillar por la victoria reconociendo su poder. Sabía exactamente qué estaba haciendo.

Comenzó a oír en sus oídos campanadas de alarma. Su audacia estaba tan fuera de lo que esperaba de él que la sorprendía. No debía dejarle pensar que podía manipularla a través de sus pasiones.

—No me haces daño, pero creo que deberías parar —aseguró con pesar.

Él le bajó el pie colocándolo sobre su rodilla, agarrando el talón contra sí.

—Creo que fuera lo que fuera lo que te habías clavado ya ha salido —dijo mientras sacaba la lengua y tomaba algo de ella, inspeccionando luego sus dedos—. Sí, estoy seguro.

Rosalind recordó que su herida era imaginaria.

—¿Puedo verlo? —dijo, pero mientras hablaba, él casualmente dejó escapar al viento lo que fuera que tenía entre los dedos.

—Lo siento, de todas formas era inútil mirarlo. ¡Es increíble que una cosa tan diminuta te haya hecho tanto daño! —dijo despertando de nuevo las sospechas de Rosalind.

Pero no, aquello era una estupidez, pensó. Luke nunca hubiera tenido el valor de hacer algo tan insoportablemente seductor. ¿O

sí?, se preguntó. —¿Por qué me lo has sacado así?

—Lo vi una vez en una película de Bond —admitió.

Rosalind recordó la escena, y recordó también la forma en que luego la mujer le expresó su gratitud, muy a la moda de Bond, y lo avisó:

—Deberías saber que las cosas que ves hacer en las películas no siempre dan el mismo resultado en la realidad.

—No, sólo a veces.

Su mirada rozó brevemente su pecho firme. Rosalind quitó el pie apoyándolo en la arena y al hacerlo notó de nuevo esa vibración. Cerró los ojos y dijo:

—Por el amor de Dios, Luke, ¿te afeitas las piernas?

—La verdad es que sí —admitió fríamente acercándose a su lado —. Es para montar en bicicleta, si te caes los rasguños duelen menos, eso por no hablar de la resistencia al empuje y de la irritación del traje de licra.

—Ah, ¿y te afeitas el pecho también? —preguntó intrigada.

No pudo evitar acercarse y tocarlo. Su piel era como satén caliente, y deslizó por ella los dedos suave y ligeramente desde la zona más ancha hasta las clavículas. Se imaginó que sin afeitarse sería muy peludo.

—Llevamos el traje entero de licra —murmuró.

Rosalind apartó la mano y llevó los dedos ausente a sus labios abiertos, y su sabor, limpio y salado, de pronto la invadió, haciéndola desearlo. Sacó la lengua para chupar sus dedos y entonces su sabor estuvo dentro de ella, lujurioso y tentador. Entrecerró los ojos y lo observó mirarla cómo lo hacía, y entonces él la tumbó y volvió a mirarla hasta que encontró una imperfección en su piel perlada. Abrió los labios y elevó las cejas levemente, inclinándose para dibujar una débil línea plateada en la parte baja de su abdomen con el dedo.

—¿Qué es esto? ¿Apendicitis?

Sintió como si una leve caricia la electrificara. Tembló y pudo sentir cómo su bello se ponía de punta. Él exploró su cicatriz, cada vez más audaz.

—¡No!

Había pensado que podría controlarse, pero de pronto se encontraba luchando contra un anhelo feroz, casi abrumador, por

acariciar el pelo fino y sedoso que le caía por las sienes, enrollarlo entre sus dedos calientes por el sol y arrastrar su boca lentamente, muy lentamente por su cuerpo, sintiéndole mover sus labios abiertos contra su pequeña cicatriz. Puso una mano sobre su hombro, vacilando al notar que su corazón latía con violencia, y le apartó, empujándolo contra la arena. Él se levantó y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Nada. Sólo que ya es hora de que nos vayamos — contestó poniéndose en pie y revelando su nerviosismo.

—Lo siento, no pretendía traer a tu memoria ningún mal recuerdo —dijo poniéndose de pie junto a ella con agilidad y sacudiéndose la arena.

—No es eso. Es sólo la cicatriz de una vieja operación, de cuando vivía en Londres.

Probablemente podría decirle la fecha exacta de esa operación si se ponía a pensar. Pero hacía ya mucho tiempo que había decidido no pensar en ello. No quería pensar en Justin, en el bellísimo, maravilloso y sonriente Justin. el primer y último gran amor de su vida, el brillante caballero de sus sueños que al final había demostrado no tener ni vergüenza ni honor. Rosalind, joven y apasionada, enamorada y ciega por su propio idealismo romántico, había sido la víctima voluntaria de su irresistible encanto. Su confianza había sido tan absoluta como su amor, y ello la había llevado a ignorar las más elementales precauciones con el hombre con el que esperaba casarse, encontrándose con que él le había sido infiel por una noche.

Había tenido suerte. Su inocencia le podía haber llevado a enfrentarse a una sentencia de muerte, pero tal y como habían sucedido las cosas, las consecuencias de su alianza con Justin sólo le habían puesto fuera de órbita por una temporada. Pronto se dio cuenta de la futilidad de sus acciones. Había perdido algo precioso, pero había encontrado otras cosas a cambio, otras bendiciones.

—¿Tuviste un accidente?

—No, tuve una inflamación pélvica.

Su franqueza no pareció incomodarlo ni le hizo callar. Frunció el ceño y dijo:

—Debió de ser serio para que te operaran.

—Lo fue. Y no, antes de que lo preguntes, no lo pillé siendo

promiscua.

Mucha gente asociaba la inflamación pélvica con el libertinaje, pero Rosalind se había mantenido casta hasta el momento de conocer a Justin. Por una ironía del destino había sido su inocencia la que probablemente le había causado la ruina. Si hubiera tenido más experiencia hubiera sido menos sumisa a los ardides seductores de Justin.

—¿Y cómo es que fue tan serio?

—Hubo complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

Ella lo miró incrédula, Él parecía muy serio. Para ser un hombre tímido estaba demostrando tener valor. Se rió y dijo:

—¿Te basta con que te lo cuente o quieres que mi ginecólogo te mande la historia completa?

Él se ruborizó y se echó atrás, y ella entonces se sintió segura como para bromear:

—No te preocupes, Luke, lo único que has arriesgado por el momento conmigo es una enfermedad en la boca.

Su rubor se intensificó y ella aprovechó su confusión para decirle que ya que era tan buen windsurfista podía seguir con la tabla mientras ella volvía al hotel. La escuela estaba cerrada.

Capítulo 7

DESDE su posición cerca de la cristalera, Rosalind observó a un hombre en pantalones cortos y camiseta en una de las máquinas del gimnasio del hotel.

—Un chico un poco loco, ¿no?

Se levantó al acercarse alguien, una joven mujer australiana que había estado tomando un baño en la piscina del hotel esa mañana cuando Rosalind pasó de camino a recepción.

—Parece que lo pasa mal —dijo Rosalind mientras Luke se cambiaba a un banco de pesas y comenzaba otra serie de ejercicios de autocastigo.

— ¡Va! no creo que esos chicos sepan lo que es el dolor. Pulsa el botón y no pararán. A la mayor parte de ellos se los puede derribar como a una pluma. Su fuerza está en su increíble resistencia.

—¿Qué chicos? —interrumpió Rosalind.

—Los atletas.

—¿Te ha dicho él que era un atleta? —preguntó escondiendo su diversión.

Sí Luke había estado practicando alguna fanfarronada no quería arruinársela.

—No, pero estuve en Hawai el año pasado y le recuerdo porque estaba en el mismo hotel que yo, comiendo inmensas cantidades de pasta y de pastel el día antes de la carrera. De hecho lo vi terminar muy bien en el campo.

Rosalind necesitó unos pocos minutos para asimilar sus palabras.

¿Luke estaba con los Ironman? ¿El mismo Luke que ella conocía?, se preguntó. ¿El hombre probablemente más torpe que había conocido nunca había tomado parte en el acontecimiento deportivo más duro del mundo? Rosalind miró hacia el gimnasio a

través de los cristales.

—Así que esa era la razón por la que tomamos un segundo desayuno, ¡para poder vencer a todos los escoceses! —lo acusó a través del cristal.

—¡Roz! ¿Qué estás haciendo aquí? —bajó las pesas hasta que la barra descansó sobre su pecho y la miró con una expresión protectora a pesar de su enfado—. Sabes que la única razón por la que te dije que desayunáramos más tarde era para que se te pasaran las náuseas.

—¿En serio? ¿No sería porque querías levantar algo de acero a hurtadillas?

Le caía el pelo por las cejas y Rosalind se enfadó consigo misma por sentir la necesidad de peinárselo de nuevo para atrás. Incluso tumbado en el banco del gimnasio conseguía conservar esa apariencia de indefensión.

—Bueno, no, yo.

—¿No sería porque te sentías privado de tu dosis diaria de autoflagelación? —preguntó.

—¿Qué?

—Ya sabes, esas cosas que haceis los contables para relajaros: nadar, montar en bicicleta, correr, ser de los Ironman de Hawai. ¿Te suena señor Indefenso-James?

Luke contrajo el pecho bajo su camiseta y sus brazos se relajaron mientras dejaba casi sin esfuerzo las pesas en el suelo. Se sentó y sacó las piernas del banco del gimnasio, y luego se secó la cara y la nuca con una toalla pequeña.

—Esa es tu opinión. Yo nunca he dicho que fuera indefenso.

—Ah, bien —dijo incrédula—. Y supongo que nunca habías hecho windsurfing tampoco.

—Sólo una o dos veces —dijo con cierta culpabilidad—, aunque hice mucho esquí acuático cuando era joven. Vivíamos cerca de la playa y era miembro del club local de surf. Fue allí donde me interesé por primera vez en el atletismo.

«¡Un ex-esquiador!», pensó rechinando los dientes y recordando el tiempo que había pasado intentando ayudarlo para guardar el equilibrio sobre la tabla.

—Supongo que en el lenguaje de los atletas una o dos veces significa que cruzaste el Pacífico —dijo sarcástica confirmando sus

sospechas—. Así que ayer me tomaste el pelo.

—Bueno, quizá un poco —admitió—. Seamos justos. Rosalind. Te has estado divirtiendo a mi costa desde que nos conocimos, y nunca me has preguntado si hacía algún deporte. Te dije que tenía una vida muy completa pero en lo único en que te interesaste fue en mi falta de objetivos culturales y sociales.

Lo odiaba cuando utilizaba la lógica y la hacía darse cuenta de que se equivocaba.

—Los atletas no hacen deportes. Lo he leído todo sobre ellos, no es un deporte, es una obsesión.

—Para mí no. Yo lo hago por afición, para divertirme.

—¿Para divertirte? —se quedó mirándolo y la sorpresa y el horror anuló su ira.

Si su idea de divertirse consistía en forzarse a sí mismo más allá *de* los límites humanos entonces tenía aún más problemas sociales de los que había supuesto. Quizá esta nueva perspectiva de él no fuera tan distinta de la anterior. Qué típico de Luke escoger un deporte que se practicaba en solitario. Imaginó todas las horas solitarias que había debido pasar entrenando. No era de extrañar que no tuviera tiempo para otras actividades.

—No me mires como si hubiera confesado algo despreciable —dijo levantando las cejas divertido—. Alguna vez, debes intentarlo, Roz, me refiero al deporte. No hay droga que eleve tanto el ánimo.

—Como no tomo drogas no puedo saberlo —contestó sonriendo a su pesar—. De hecho tengo mi propia versión de qué eleva el ánimo. Yo lo consigo interpretando delante de una audiencia.

—Entonces ahora debes estar sintiendo algunos síntomas por tu retirada —dijo sin saber hasta qué punto acertaba. Miró sus zapatillas de deportes y añadió—: Escucha, como has interrumpido mi plan, ¿por qué no vienes a correr conmigo un poco a lo largo del camino detrás de la playa?

—¡Vaya! ¿Acaso te parezco una masoquista? Me puedes dejar cao.

—Iré a tu paso —se ofreció—. Vamos, si tu relación con tu hermana gemela te está destrozando el cuerpo probablemente te vendrá bien ponerte en forma.

—Estoy en perfecta forma para mi estilo de vida, gracias.

Sin embargo, media hora más tarde se encontró doblándose

contra una palmera tronchada por el viento a un lado del camino, intentando desesperadamente introducir aire en sus pulmones exhaustos.

—¿Crees que te vas a poner enferma?

El hecho de que sus palabras sonaran altas y claras, sin el más mínimo rastro de cansancio, añadió un insulto al orgullo herido de Rosalind.

—No es el mareo matutino, es que estoy exhausta. Te dije que me dejarías cao.

—Pero he acomodado mi paso al tuyo.

—Sí, pero estaba presumiendo —admitió dejando a un lado su dignidad.

—¿Puedes respirar? Mira, inténtalo así —Luke colocó los brazos debajo de los de ella, obligándola a elevarlos por encima de su cabeza de modo que se vio forzada a ponerse derecha con los hombros hacia atrás—. Ahora inténtalo despacio y con fuerza, no deprisa y a trompicones.

De manera inmediata su pecho se relajó y su respiración se hizo más lenta, siendo capaz incluso de bromear:

—Supongo que esto me descarta como parte del equipo, ¿no?

—Debí de darme cuenta de que te estabas forzando a correr, pero lo hiciste muy bien hasta que paraste —dijo culpabilizándose.

—¿Tanto tiempo has tardado en darte cuenta de lo buena actriz que soy?

Reclinó la cabeza sobre el hombro y sintió cómo su fuerte bíceps le acariciaba la mejilla. Podía sentir el calor y el sudor de su pecho. Su corazón, notó con disgusto, latía con normalidad, mientras que el suyo corría como loco.

—¿Alguna vez dejas de interpretar o siempre estás actuando para la persona que tienes delante?

—Tú debes saberlo —contestó poniéndose rígida y tratando de bajar los brazos.

Sentía su respiración caliente sobre su nuca mientras la sujetaba para que no se moviera.

—Espera, aún no, espera a que tu respiración sea un poco más lenta. Confía en mí, te sentirás mejor en un minuto.

Él podía sentir su pulso al tener la mano alrededor de su muñeca. Estaba atrapada por su superioridad física, así que resolvió

repetir sus palabras:

—¿Confiar en ti? ¿Cómo puedo confiar en alguien que finge ser lo que no es, en alguien que ni siquiera tiene la franqueza conmigo de decirme algo tan inocente como qué hace en su tiempo libre?

Sus dedos la apretaron las muñecas.

—Yo soy Luke James, y nunca he fingido ser lo que no soy, no como tú.

—Yo tenía buenas razones.

—¿Como escapar de la publicidad? Vamos, venga, te has pasado la vida buscando publicidad.

De pronto el le soltó las muñecas y ella bajó los brazos sintiendo que volvía la sangre a sus dedos. La agarró por los hombros y la sacudió para que lo mirara. La impresionó su expresión intensa y oscura y la tensión que ponía rígido todo su cuerpo. Se dio cuenta de que por fin había conseguido enfadarlo. No quedaba en él ni rastro de timidez o de inseguridad. La adrenalina que había estado bombeando durante la carrera saturaba su sangre.

—No, es algo más que intentar evitar a la prensa, ¿no es así, Rosalind? Soy un hombre inteligente. ¿Crees que no me he dado cuenta de por que me has acaparado para que pase contigo las vacaciones? No es sólo para ayudarme a mí, ¿no es así? Yo sólo soy para ti una distracción para alejar de tu mente aquello de lo que estás huyendo.

—Eso no es verdad.

— ¿No? ¿No lo es?

—No.

Ella titubeó, se daba cuenta que aquello era completamente cierto, aunque él no era sólo eso, ni mucho menos. Dio un paso atrás y sintió que sus nalgas tropezaban contra el tronco del árbol sobre el que se había apoyado para recuperar la respiración. Se agarró a él de nuevo y Luke simultáneamente se inclinó hacia adelante para poner sus manos sobre sus caderas agarrándola con más fuerza aún que antes, y en una posición en la que podía leer todos sus gestos.

—Tu personalidad brilla con tanta fuerza que la mayor parte de la gente se deslumbra y no ve las sombras —dijo con calma—. ¿Qué son, Roz? ¿De qué huyes?

—¿Aparte de ti, quieres decir?

No podía dejar de mirar esos ojos negros hipnotizadores. Tuvo la extraña sensación de que se caía, y otra más extraña aún, la de que podía confiar en que Luke la sujetaría y que podía apoyarse en él como en una roca. Quizá tuviera derecho a ciertas respuestas, pensó, y quizá si se las daba ella pudiera descubrir algo que necesitaba saber. Así que le contó el bombardeo de cartas y regalos que había estado recibiendo de un fan anónimo y sus esfuerzos por ignorar la sensación cada vez mayor de amenaza. No intentó que sus palabras sonaran divertidas y, tentada por el silencio de Luke, expuso la ansiedad de su corazón y el miedo a salir a escena que le había hecho dudar de sí misma.

—Todo lo que he querido siempre en mi vida es ser actriz —dijo con fuerza—. Es para lo que he trabajado, es lo que soy.

—Quieres decir que es lo único de tu vida que te tomas en serio —dijo rompiendo por fin su silencio con un comentarlo muy acertado sobre su carácter brillante y jocoso.

Luke sintió una subida fuerte de adrenalina al encajar una pieza grande del puzzle que era Roz Marlow. No era de extrañar que tuviera tan pocas inhibiciones en lo que se refería a los placeres de la vida, sabía que esas cosas no eran esenciales para su felicidad. Mariposeaba compulsivamente en el terreno social no porque fuera incapaz de comprometerse con alguien o con algo en profundidad, sino porque ya estaba comprometida con otra cosa.

—¿Si no puedo actuar, si no puedo ser Rosalind Marlow la actriz, quién voy a ser? Mis padres me ofrecieron estas vacaciones para escapar, pero supongo que de lo que no voy a escaparme es de mí misma.

—¿Y no tienes ni idea de quien puede ser ese Peter?

Ella estuvo a punto de decir un nombre. El alivio hubiera sido enorme. Pero no podía permitirse el lujo. Si mencionaba a Peter Noble por su nombre, Luke querría saber por qué no lo había denunciado a la policía. Querría saber quién era y cómo lo había descubierto.

No podía decirle que Peter era el hijo ilegítimo de Peggy Staines, dado en adopción después de un embarazo secreto en la adolescencia. Peggy le había rogado que no se lo dijera a nadie. Ella ni siquiera le había contado a su marido el amargo error que había cometido en su pasado, y se había horrorizado cuando su hijo, ya

adulto, la había encontrado y se había encarado con ella un día en que salió de compras.

Durante semanas, Peggy había estado vacilando entre la curiosidad por el niño al que se había visto obligada a renunciar y el miedo por el adulto colérico en el que se había convertido. En especial tenía miedo de que la insistencia de Peter de entrar de nuevo en su vida pudiera hacer público el asunto comprometiendo su matrimonio y la carrera de su marido. Y para añadir más culpabilidad a la que ya cargaba sobre sus espaldas, había descubierto que Peter no había sido feliz con su familia adoptiva, que se había roto y dispersado cuando era un adolescente.

En un intento por aplacar tanto a Peter como a su conciencia, Peggy había acordado visitarlo en su apartamento, pero cuanto más lo veía más desagrado sentía por su comportamiento. Descubrió que había sido paciente de una clínica psiquiátrica, y sus dudas sobre su estabilidad mental fueron confirmadas por la decoración estrafalaria de su apartamento y por la forma en que idolatraba como fan a su actriz favorita.

Peter no tenía trabajo y vivía a costa de un seguro médico bastante limitado, y, sin embargo, en su armario tenía un vestuario de prendas nuevas y caras de la talla de Rosalind, con las etiquetas puestas, y junto a su máquina de afeitar tenía un montón de pinturas y maquillajes. Tenía un calendario hecho artesanalmente con fotos de Rosalind en el que había marcado todo lo que ella hacía, y cuando Peggy encontró las copias de las cartas que la había dirigido sintió pánico pensando en qué ocurriría si Peter se metía en problemas y todo salía a la luz pública.

Rosalind sabía esto, pero todo lo demás lo conocía sólo de manera esquemática, porque cuando se encontró con Peggy en aquella infame habitación del hotel ella estaba ya en un estado de ansiedad tal que no tuvo tiempo más que de contarle lo esencial antes del ataque al corazón. En su dolor, ella murmuraba algo incoherente, algo que Peter había hecho y que convertía en inútiles todos sus esfuerzos.

Rosalind, que acababa de salir de la ducha y estaba en albornoz cuando llegó Peggy a la habitación del hotel, dos horas antes de lo acordado, no había sido lo suficientemente rápida cuando se desmayó. A pesar del dolor había luchado en vano por decirle algo,

y sólo se había calmado cuando Rosalind, asustada, le había prometido firmemente que no diría nada a nadie sobre Peter sin su permiso. En aquel momento se vio atrapada por la integridad que la prensa aseguraba que no poseía. Era irónico que para probar su honor tuviera que perderlo.

—Sé que es un hombre mucho más perturbado de lo que yo quería creer —suspiró.

—¿Y entonces por qué no has hecho algo al respecto? —exigió desaprobándola.

—Me imagino que sentí, que siento mucho lo que le pasa al pobre —admitió.

El olor personal de Luke mezclado con el de su colonia se elevaba entre sus cuerpos haciéndole consciente de lo cerca que estaban el uno del otro.

—¿Que sientes mucho lo que le pasa? —exclamó exasperado por su tolerancia—. Él no necesita tu simpatía. Roz, lo que necesita es que alguien le pare antes de que te haga daño a ti o a sí mismo.

—Lo se. Jordán me sugirió que contratara a un guardaespaldas.

—Cosa que tú rechazaste, por supuesto —dijo frunciendo el ceño.

Luke parecía saber predecir mejor sus respuestas que ella imaginar las reacciones de él.

—Ya tengo a mucha gente siguiéndome a donde vaya. Si un fan loco intenta secuestrarme los periodistas caerán sobre él como moscas.

—¿Y arruinar la oportunidad de publicar una buena historia? Es más probable que se queden detrás haciendo fotos. Tienes suerte de *que* el escándalo Staines esté tan de moda, sino ni siquiera tendrías la mínima protección de la prensa.

Sus ojos brillaron ante la crueldad de ese comentario.

—No me parece que eso sea tener suerte, la señora Staines está seriamente enferma en el hospital.

—¿La señora Staines? —repitió elevando las cejas burlón—. ¿No es ése un tratamiento demasiado formal para referirse a una persona con la que has estado teniendo citas? Seguro que os tuteabais.

—No hemos tenido citas, ¡maldita sea! Era la primera vez, que nos veíamos.

—En ese caso ha debido de ser muy traumático para ti que tuviera un ataque al corazón.

Rosalind bajó la cabeza y se mordió el labio inferior rememorando, absorta.

—Supongo que no puedo evitar sentirme culpable, nunca antes había visto a nadie que tuviera un ataque al corazón. No podía hacer nada, fue horrible. Odio sentirme tan impotente.

—Conozco ese sentimiento.

—¿Sí?

La rabia contenida de Luke sacó a Rosalind de su ausencia. Levantó su rostro hasta él y vio la crudeza de su semblante melancólico que la partió el corazón. Sin pensarlo se elevó y puso una mano reconfortante contra su rígida mejilla. El se heló, sus ojos la buscaron, sus labios se posaron sobre los labios rosas de ella, y de pronto Rosalind se sintió de nuevo sin aliento, sin respiro por la fuerza con que la abrazaba por el pecho.

—¿Luke…?

—¿Qué?

Su voz era ronca, su mejilla se posaba sobre su mano al ladear él la cabeza para sentir su contado, frotándose como un enorme gato al que acariciaran, rozándola los dedos con el borde de su boca mientras hablaba.

—Creo que…

—¿Qué?

El ladeó la cabeza por completo y abrió la boca contra la palma de su mano. Sus ojos brillaban oscuramente, sintiendo su sabor, mientras desaparecía la fría crudeza de sus profundidades. Se acercó a ella bruscamente, poniendo sus caderas contra las de ella con firmeza, empujándola contra el tronco del árbol y abrazándola.

—¿Qué es lo que crees, Rosalind…?

Su susurro, ronco y apagado, hizo que su cabeza diera vueltas. Fuera lo que fuera lo que iba a decirle, ya no parecía importante. Lo importante era que el aliento de Luke era húmedo y caliente, y que su rodilla flexionada se insinuaba suavemente entre las suyas, presionando y retirándose luego hasta que, incapaz de soportar el tormento sensual por más tiempo, ella abrió sus piernas invitándolo a una nueva intimidad. Él aprovechó aquel espacio y acercó la otra pierna contra la suya, presionando su muslo entre sus músculos

calientes.

Por alguna razón mantuvo la mano sobre su boca mientras sus cuerpos se besaban, se movían y volvían a besarse, mientras con su otra mano impedía que su pecho la aplastara. La excitaba la mirada oscura de Luke mientras cedía poco a poco. Estaba jugando con él al juego del poder, y ambos lo sabían. Sabían que el era más fuerte y que podía vencer su resistencia si quería, pero él no quería hacerlo, era demasiado caballero, y quizá también conservara un temor reverencial a las mujeres, pensó Rosalind.

Eso no significaba, sin embargo, que no poseyera otros medios para persuadirla. Al negarle el placer de besarla, de saborearla, él recurrió a otro sentido, el del tacto, el más potente para apaciguar el anhelo compartido. Mantenía su mirada sobre ella mientras la tenía acorralada contra el tronco de la palmera, oprimiendo sus nalgas contra el árbol mientras sus músculos vibraban de excitación. Necesitaba más, ambos necesitaban más, pero Rosalind quería atormentarlo, retener el placer que sabía que les estaría esperando en otros deliciosos momentos de locura.

Él respiró haciendo un ruido profundo y suave en su pecho y ella sintió que su lengua dura se lanzaba por entre sus dedos, apretados aún en una muestra franca de resistencia. Sentía que sus rodillas se debilitaban. Sus ojos ardían con una mezcla de enfado y deseo, de seducción y desafío que la hicieron temblar. Aquel era el Luke atleta, el disciplinado e intensamente concentrado. Se le secó la boca, el calor era envolvente, pero el no cedía, continuaba mirándola.

Se humedeció los labios, tentándolo sin querer a besarla, tentándolo precisamente con aquello que le había negado. Su lengua chupó de nuevo sus dedos y ella sintió sus muslos tensos alrededor de su pierna atrapada, apretándola y aflojando el abrazo en un ritmo que la hizo arquear sus caderas en una respuesta femenina instintiva.

Él aflojó el abrazo, dejando escapar un poco el control que mantenía mientras sus manos soltaron sus caderas y se contrajeron de nuevo sobre su cintura. Sus dedos se deslizaron por su piel, subiéndole el top que se salía por fuera de los pantalones. Se inclinó sobre ella forzándola a echarse más atrás apoyándose sobre la palmera hasta que los tendones de la nuca le dolieron por el

esfuerzo y cada célula y terminación nerviosa entre sus rodillas y su cintura quedó indeleblemente marcada por su masculinidad.

—¡Está bien! —gritó sofocada soltando la mano de su boca.

—¿Está bien qué? —casi gruñó él.

Ella deslizó los brazos por su nuca, entrelazando los dedos sobre su cuello, sujetándose e intentando tirar de él para abajo.

—Está bien, puedes besarme —ordenó con sencillez, sorprendiéndose luego por su resistencia—. ¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de opinión?

—Si lo dejas pasar, luego lo desearás más. ¿Pero por qué te estoy dejando hacer esto conmigo?

Sus ojos brillaron de satisfacción al oír su lamento de fascinación impotente. Estaba admitiendo que era suyo, que podía hacer con él lo que quisiera.

—No me digas que tengo que enseñarte también a besar— murmuró invitándole.

Él respiraba con fuerza, sus ojos negros estaban fijos sobre sus labios mientras luchaba por mantener el control.

—¿Enseñar? Un beso es simplemente un beso.

Ella rió y su risa sonó a provocación femenina.

—Oh, Luke, tienes mucho que aprender.

Su burla condescendiente fue anulada por una boca hambrienta. Era caliente y dura y sorprendentemente áspera. Sus labios se inclinaron cruzando los de ella, y su lengua allanaba su interior de seda, succionando la dulzura que encontraba en ella.

Rosalind cerró los ojos incapaz de soportar el placer que la embargaba. Estaba en un mundo oscuro de calor y sensaciones tumultuosas que se intensificó cuando sintió que unas manos vagaban de arriba abajo por sus costados bajo su top, y unos pulgares seguían la forma de sus pechos expuestos bajo su pequeño sujetador.

Unos dientes la mordieron los labios, y un sexo masculino duro se alojaba con fuerza en el hueco de sus ingles, mientras unos dedos se deslizaban bajo los tirantes de su sujetador en otro nuevo viaje, dejándolos caer y arrastrando la prenda para liberar sus pechos montañosos contra el top.

Rosalind deslizó las manos por su pelo, agarrándolo fuerte y profundizando en el beso mientras esperaba en exquisita agonía que

el viaje recién comenzado por sus pechos volviera sobre ellos, ya expuestos. Pero sus manos se quedaron inexplicablemente sobre su cintura, esculpiéndola por completo. Se retorció de deseo. No podía soportar que se volviera tímido en ese momento. Lo agarró de las muñecas y arrastró sus manos hacia arriba por debajo de su top dejándolas sobre su pecho desnudo. Sintió como fuegos artificiales en su cabeza. Una convulsión de indescriptible placer la envolvió, encerrando cada milímetro de su piel, de la cabeza a los pies. Volvió a sentir la oscuridad caliente, como una fuerza física, arrasando cualquier resto de pensamiento o de voluntad, sacudiéndola dentro de un pozo negro de sensación. Pasaba el tiempo, pero eso no importaba, nada importaba. El universo se derrumbaba a toda velocidad, pero nada existía para ella excepto el cuerpo caliente y el corazón que latía con violencia, excepto un hombre en el centro de la eternidad.

Fue Luke quien rompió el hechizo erótico y ciego, Luke quien alejó su boca de la de ella, moviendo aún compulsivamente sus manos sobre su pecho mientras su cuerpo se sacudía con temblores como si luchara contra la fuerza gravitacional de su deseo mutuo.

—¡Dios! ¿qué estoy haciendo? —murmuró ronco, arrancando las manos de su pecho pero incapaz de evitar que sus dedos la tocaran una última vez, con ojos ardientes al ver su respuesta instintiva de temblor.

Rosalind se quedó mirándolo llena de confusión hasta que la expresión de su rostro, de tortura y desprecio por sí mismo, le mostró la cruda realidad. Estaba temblando, y sólo la palmera que tenía detrás sujetándola evitaba que se derrumbara de rodillas enfrente del hombre que le había robado el sentido hasta su rendición.

No quería que nadie la rescatara de sus brazos. No le importaba qué estaban haciendo ni dónde ni por qué.

Por un momento había sido la seductora divertida, segura de su propio control, y al momento siguiente era sólo un remolino de sensaciones caóticas a merced de sus propios sentimientos por aquel hombre, por Luke James. Él torció la boca al ver sus ojos muy abiertos, mirándolo, y creyendo ver en ellos un desafío dijo, echándose hacia atrás:

—Está bien, profesora, creo que ya has conseguido darme una

lección.

—¿Tú crees?

Era ella quien había aprendido una lección, y aún se estaba esforzando por asumir las terribles consecuencias.

—Lo siento si te he hecho daño —continuó él.

—¿Qué?

Se había colocado de nuevo el sujetador en un gesto defensivo, protegiendo su evidente excitación. Para su sorpresa él toco sus labios con el pulgar con el rostro grave y dijo:

—No me daba cuenta de que estaba siendo un poco brusco, tienes un pequeño corte.

—No me duele —dijo volviendo la cabeza de modo que su dedo se deslizara desde los labios hasta la barbilla mientras un breve rayo de fuego cruzaba sus mejillas.

Él se irguió puso las manos a la espalda, y Rosalind no dudó de que sus puños se cerraban tensos cuando dijo:

—Supongo que tengo que agradecerles a todos tus anteriores amantes el que seas una experta.

«¿Anteriores amantes?» Aquellas palabras implicaban que tenía uno en ese momento. Un amante celoso, pensó, que se creía en el derecho a inmiscuirse en los secretos de su alma, que la seduciría robándole su independencia con la promesa de algo infinitamente mejor, de algo que, por otra parte, sabía que anhelaba más allá de lo que podía expresar. De pronto sintió pánico e intentó esconderse tras una máscara de seriedad:

—Oh, no, a todos no. Dejando aparte a la legión de hombres que han pasado por mi cama había uno o dos que no me inspiraron nada.

—¿De verdad ha habido una legión? —preguntó cerrando un poco los ojos ante su gesto provocativo.

—Por lo menos.

—¿Tú sabes cuántos hombres son una legión de acuerdo con la definición del diccionario?

—Muchos.

—De tres a seis mil. Son muchos para una sola mujer.

—Bueno, son pocos para mí—contestó débilmente.

—¿Pocos?

Luke levantó una ceja inquisitivo. Aquello era un error de

cálculo.

—Bueno, digamos que no tengo tanta experiencia como todo el mundo parece creer —admitió concediéndole la victoria de mala gana.

—¿Cuánta menos? —insistió con poca fortuna.

—No creo que ese sea asunto tuyo, ¿no te parece?

Se preguntó que diría Luke si le contaba que la razón por la que era una experta en la conquista de hombres era haberse mantenido casta durante años. Rechazar proposiciones sin herir el ego ni perder amigos era una empresa que requería mucha práctica.

—Después de lo que ha estado a punto de pasar ahora mismo creo que sí lo es —dijo él tranquilo y con una seguridad que inmediatamente provocó objeciones.

—No ha pasado nada.

—He dicho lo que ha estado a punto de pasar —la corrigió mirando sus pezones aún evidentes bajo el top—. Aunque no creo que lo que hemos hecho haya sido «nada». Al menos para mí. Me temo que no soy tan sofisticado como tú. No se bien cómo manejar esta atracción entre tú y yo. No sé que hacer.

Por un momento demoledor ella entendió esas palabras de un modo literal.

—¿No querrás decir que nunca has…? ¿Que eres…?

Ella quiso apartar de su mente ese pensamiento y dio un paso atrás pisando un trozo de coral. Se torció el tobillo y resbaló, cayendo sobre las rodillas entre las caracolas rotas.

—¡Cuidado!… No tienes por qué hacerme ninguna proposición —le dijo mientras la ayudaba a levantarse—. No pretendía decir que fuese tan inocente. ¿Qué tal está tu tobillo?

—Bien —contestó ignorando el picor de la herida que sangraba mientras observaba su rubor—. ¿Entonces qué quisiste decir? ¿Cuántas amantes ha habido en tu vida?

—Una —contestó brevemente después de dudar.

—¿Una qué? ¿Una importante? ¿Una legión? —preguntó.

—Una amante, mi mujer —contestó sin sonreír.

—¿Estás casado? —murmuró poniéndose pálida.

Estaba realmente sorprendida, aún más que cuando fue a aquella fiesta y se encontró a Justin en aquel acto de infidelidad con aquella chica. Al menos con Justin había estado preparada por sus

sospechas crecientes. Y, sin embargo, Luke parecía un hombre de honor.

—Lo estuve, ella murió.

Rosalind se sintió encantada, aliviada y culpable por lo inapropiado de sus emociones.

—Lo siento.

—Fue hace mucho tiempo. Vamos, volveremos andando al hotel. Tengo una crema antibiótica que te curará la herida.

—Si fue hace mucho tiempo debiste de casarte muy joven —preguntó curiosa mientras caminaba a su lado.

En su mente se agolpaban otras preguntas: «¿Era guapa? ¿Te hacía reír? Si estuviera viva, ¿la amarías aún?»

—Yo tenía diecinueve y Christie dieciocho.

Se quedó pensando en ello. A esa edad aún iría a la universidad, pero le había dicho que vivía con sus padres.

—¿Tuviste que casarte a la fuerza?

Rosalind vaciló. ¿Qué ocurriría, se preguntó, si Christie había tenido un niño? Por lo que ella sabía. Luke podría perfectamente ser padre. Podría ser un hombre de familia, alguien que amara a los niños y creyera que la procreación era el objetivo fundamental del matrimonio.

—Al contrario —contestó él con firmeza—. Christie y yo nos amamos locamente durante la adolescencia, pero ella procedía de una familia muy religiosa, y más estricta que la mía. El sexo antes de la boda no era un tema sobre el que cupiera discusión.

—Ah.

—Y sí, esa fue una de las razones por las que nos casamos tan pronto —admitió seco después de ver una mirada oblicua de Rosalind e interpretarla correctamente—. Ambos éramos maduros para nuestra edad y estábamos muy seguros de nuestros sentimientos, y nuestros padres se dieron cuenta de que cada vez teníamos más dificultades en refrenar la expresión completa de nuestro amor. Fueron felices al aprobar un matrimonio que desviaría un mal destino.

Los chalets estaban ya a la vista, y Rosalind aceleró sus pasos forzando a Luke a hacer lo mismo al preguntarle de nuevo:

—¿Y cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Un año —contestó con tal naturalidad que parecía que no

estuviese describiendo un horror—. Aunque en realidad sólo pasamos cinco días viviendo juntos como marido y mujer. Christie resultó herida de gravedad en un accidente a la vuelta de nuestra luna de miel. El conductor de un coche tuvo un ataque al corazón mientras conducía y vino justo a atropellarnos a nosotros desde el otro lado de la carretera. Christie nunca recobró la conciencia.

Rosalind sintió una tristeza vital en su interior, sus palabras provenían de la soledad y hacían eco en el interior vacío de su corazón.

—Oh, Luke, no…

Habían llegado a la puerta, pero él no hizo ningún intento por utilizar aquella compasión como excusa para lograr un final feliz. Abrió y dejó pasar a Rosalind, y luego continuó hablando con aquella voz suave como si aquella historia trágica le hubiera ocurrido a algún conocido en lugar de a él.

—Fue muy breve, pero también muy especial. Christie y yo parecíamos estar hechos el uno para el otro, en cuerpo y alma. Sabía que no iba a encontrar ese tipo de perfección con nadie más, así que nunca me molesté en buscar. Simplemente no estaba interesado ni en una relación platónica ni en una mera satisfacción sexual vacía. No me importaba nada. Si alguna vez miraba con lujuria a otra mujer era sólo porque me recordaba a Christie.

—¿Y yo? ¿Te recuerdo a Christie? —le interrumpió mientras se sentaba en el sofá de bambú y él la alcanzaba un pañuelo de papel.

No podía estar interesada en una pequeña herida como aquella cuando él se estaba haciendo una cirugía a corazón abierto. Su boca se secó mientras esperaba que él le contestara que sí, que Christie era delgada, de ojos verdes y pelirroja.

—No hay ningún parecido entre vosotras dos.

Pero mientras ella volvía al fin a respirar, él continuó su brutal relato de la verdad.

—Y, sin embargo, te deseo. Creo que no puedo pensar en otra cosa. Cada vez que te miro, te imagino…—apretó los dientes y las manos— Pienso en cómo sería contigo… Pienso en hacer cosas contigo que… —un brillo de dulzura apareció en sus labios—. Por las noches tengo sueños…

Él se interrumpió, pero no hacía falta que continuara. Rosalind tembló al acercar el pañuelo a la herida de la rodilla, tratando de

aparentar naturalidad cuando en realidad en su interior se sentía como si acabara de dar un salto mortal, como una colegiala. Ella también había tenido algunos sueños intensos.

—Comprendo.

Él se apartó el pelo de la frente impaciente y dijo:

—Desearía haberlo hecho.

Parecía enfadado, molesto por su incapacidad para explicar su propio comportamiento, agresivo a causa de su vulnerabilidad. Rosalind intentó defenderse.

—Quizá sea porque soy muy diferente —ofreció como excusa amablemente—. Quizá te hayas permitido a ti mismo sentir deseo por mí porque sabes que no soy una amenaza para tu recuerdo de Christie.

—Pero lo eres. Te lo dije, Christie es la única mujer a la que he hecho el amor.

—Pero conmigo sólo sería sexo, ¿no es así? —señaló orgullosa lo que él había dejado bien claro—. No puedes hacer el amor con alguien a quien no amas.

—«Sólo sexo» —repitió él con crudeza—. ¿Es sólo eso para ti, Roz? ¿«Sólo» otro encuentro casual con una persona de la que te encaprichas fugazmente?

—En realidad no —dijo con calma, dándose cuenta que él utilizaba las palabras con cautela—. No voy a negar que hubo un breve período de mi vida en el que no hacía distinciones entre los hombres —dijo enfatizando estas últimas palabra y esperando que él lo notara—, pero fui herida terriblemente por el nombre al que yo creía el amor de mi vida, y decidí, con mi estilo maravilloso, mostrar a todo el mundo lo poco que eso me importaba. No quería que nadie sintiera compasión por mí. Pensé que si me comportaba como él me sentiría mejor, pero no fue así, de modo que lo dejé. Puede que coquetee, pero no me voy con nadie a la cama.

Su mentón elevado y orgulloso le sugería que podía tomarlo o dejarlo, pero ella no iba a suplicar respeto.

—Traeré ese linimento para tu rodilla —dijo él con calma subiendo las escaleras sin más comentarios.

Rosalind se restregó los ojos, estúpidamente nublados, y se levantó pensando en que le vendría bien algo de movimiento a su pierna hinchada. Se acercó a la pequeña mesa donde estaba el

ordenador, abierto y enchufado. Quizá Luke lo había dejado encendido porque esperaba un fax o correo electrónico, pensó.

Parecía un ordenador muy sofisticado, pero no tenía ratón. Se inclinó y pulsó un botón, abriéndose un archivo en la pantalla. Entonces se sintió culpable y quiso cerrarlo, pero de pronto vio un nombre. Su nombre, junto a frases que había dicho y cosas que había hecho.

Luke había estado tomando nota detallada de su relación desde el primer día en que se habían conocido.

Capítulo 8

¿ESPECTACULAR, ¿no crees?

Rosalind no se dio la vuelta cuando él llegó. A la sombra de la casuarina, con su vestido de noche azul, pensaba que Luke no podría verla, pero sus ojos eran felinos.

Mantuvo su mirada fija en el horizonte oscuro. En Tioman las noches eran estrelladas y claras, pero lejos, cruzando el mar, se desarrollaba una tormenta eléctrica. Puntos de luz brillaban incesantes, flashes brillantes de intensidad variable iluminaban el mundo dejando a las nubes descansar allá en lo alto. No se oía la tormenta, sólo el ruido del mar para acompañar el fulgor de las luces, y la violencia de la naturaleza parecía aún mayor por su silencio.

Ella no contestó a su pregunta, pero le oyó caminar sobre la alfombra de pinchos de casuarina secos desparramados por el suelo.

—¿Dónde te has metido esta mañana? Te he estado buscando, creí que teníamos planes.

Rosalind casi podía oler el ozono en el aire, pero no era por la tormenta a lo lejos. Sentía la electricidad recorriendo sus venas pero, al contrario que el cielo, ella no podía permanecer en silencio.

—Me fui a hacer parapente —contestó sin dejar de mirar las luces a lo lejos.

Hubo un silencio y luego él dijo suavemente y sin rastro de celos:

—¿Estás intentando demostrarme lo poco que te importo con tu estilo maravilloso, Roz?

—No alardees, no tengo nada que ver contigo —mintió desesperada y destrozada por la forma en que él había hecho uso de sus propias palabras en su contra.

—¿Y entonces por qué no hablas conmigo?

—¿Para qué? ¿Para que tomes más notas?

Sentía escalofríos al recordar las pantallas llenas de información sobre ella, sus hábitos, lo que le gustaba, lo que no le gustaba, lo que llevaba puesto, lo que decía, las conversaciones casi palabra por palabra. Hasta que no lo vio escrito no se había dado cuenta de todo lo que había revelado durante su inofensivo «coqueteo», no sólo sobre ella, sino también sobre su familia y amigos, algunos de los cuales eran también famosos. Había confiado en Luke en un momento de su vida en que estaba a punto de caer en la paranoia, y así era como él se lo pagaba.

Era tan falso como Justin… peor, porque en ese momento se daba cuenta de que lo que había sentido por Justin era un anhelo romántico ciego. Se había enamorado de la idea de estar enamorada, de la idea de encontrar su pareja perfecta, y Justin parecía ajustarse a esa idea. Luke en cambio estaba lejos de la perfección y nunca había intentado acomodarse a ese ideal. Resultaba irritante y atractivo, obstinado y agradable, tímido y audaz, sincero y evasivo… en resumen, una mezcla de contradicciones que deberían haberla ahuyentado a la otra punta de la isla. En cambio se había sentido fascinada, seducida una y otra vez por una valoración cada vez mayor de la complejidad de su carácter, por lo abierto de su mente y por su poder sexual subyugador. En algún momento, sin saber siquiera que ocurría, se había enamorado de él.

—Maldita sea, me has estado estudiando como si fuera un personaje de una obra.

Cerró los ojos y agradeció la oscuridad de la noche. Se sentía aterrada por su deseo de llorar sobre el hombro del mismo hombre que le había causado el dolor. Pero el contraataque, duro, desvaneció su momentánea debilidad.

—Oh, vamos, Roz, tú haces exactamente lo mismo con todas las personas a las que conoces. Un gesto aquí, un rasgo allá, viene a ser lo mismo. Como te iba a explicar esta mañana, tengo la costumbre de escribir sobre las personas o sobre los problemas que tengo para clarificar mi mente. Esas observaciones eran sólo para mí, no tengo intención de enseñar mis experiencias personales a nadie.

Su expresión correcta y severa dejó entrever que sabía que no

sólo había borrado ese archivo del disco duro, sino que había robado el disco flexible de la disquetera.

—Por el amor de Dios, Roz, no puedes seguir pensando que soy un periodista encubierto.

Ojalá fuera así, deseó ella. A esas alturas se sentiría aliviada si descubriera que era sólo un escritor, había nacido en ella otra sospecha aún peor. El procesador de textos de Luke estaba personalizado con su nombre completo. Cuando abrió el archivo aparecieron los derechos de Copyright por unos segundos y aquello le pasó desapercibido, pero más tarde cayó en la cuenta y su cerebro explotó como una bomba. Luke Peter James. Ése era su nombre completo.

Podría ser sólo una coincidencia. Había intentado convencerse a sí misma de que era sólo una coincidencia. Era imposible que él fuera Peter Noble. El hijo de Peggy no tenía trabajo, vivía de un subsidio, y aunque le hubiera seguido la pista con la precisión con la que ella le había contado, nunca habría tenido la posibilidad de conseguir ni la información ni el dinero para seguirla hasta Tioman. A menos que el robo se incluyera entre sus obsesiones.

Rosalind se preguntó qué ocurriría si todo lo que le había contado Peggy fuera falso. Después de todo, ella no sabía más que lo que el propio Peter le había dicho. Peggy había sentido demasiado miedo por desenterrar el pasado como para investigar por su cuenta la verdad, ni siquiera sabía si aquella historia sobre la familia adoptiva era cierta. Quizá Peter le había contado un montón de mentiras. Quizá Luke le estaba contando a ella un montón de mentiras.

Luke le había dicho que era peligroso hacer suposiciones, pero sólo porque hubiera descubierto por sí misma que era un atleta eso no significaba que no fuera además un individuo al borde de la psicosis. Quizá toda aquella historia sobre la muerte de su mujer no era más que un cuento para despertar su simpatía.

¡Era todo tan absurdo y tan improbable!, Pensó. Pero las pruebas circunstanciales la aterraban: Luke también se llamaba Peter fue adoptado a la misma edad en que lo sería el hijo de Peggy. Había arrancado un artículo sobre ella de aquella revista, quizá para añadirlo a su colección, y guardaba un relato detallado de cada uno de sus movimientos.

Si burlarse de aquella idea no le daba resultado podría simplemente preguntarle, pero si Luke era Peter Noble era más fácil que estuviera a salvo fingiendo no saberlo. Reconocer ante ella su obsesión podría ser como darle validez. Se preguntó por qué no habría ido a hablar con el psicólogo tal y como Jordán le había propuesto, eso hubiera podido ayudarla a afrontar un enfrentamiento cara a cara con su fan psicótico. Pero ella misma se respondió. Había estado demasiado ocupada esperando que nunca sucediera.

—¿Rosalind? —insistió Luke. ¿No era la insistencia tenaz un signo de obsesión mental?—. Te decía que no puedes seguir creyendo que recopilo detalles y besos para alguna revista estúpida.

Al recordarle los besos que se habían dado, un escalofrío helado le recorrió la espalda. Incluso en ese mismo momento, mientras se preguntaba si Luke era su fan obseso, sintió el poder de su atracción, el aguijón insidioso del sexo. Quizá fuera ella la que se había vuelto loca. No quería más que alejarse de la tentación, sentía el corazón en un puño.

—De todas formas no hay nada más que hablar —dijo escuchando lo falso que sonaba su desprecio pretendidamente divertido.

—¿Tú crees?

—Nos besamos unas cuantas veces y nos reímos, pero no significó nada para ninguno de los dos.

—¿No?

Él daba vueltas a su alrededor, y entonces ella se volvió pretendiendo mantenerlo a la vista. Podía oír su propio pulso en los oídos, podía sentir, aunque no ver, su mirada sobre ella y podía experimentar el hormigueo en su cabeza que presagiaba un fuerte ataque de miedo. Si él era Peter no debía dejar que la paralizara en la vida real como la había paralizado en escena.

—¡No!

—¿Entonces por qué me tratas así? ¿No será que te sientes amenazada porque disfrutaste de aquellas risas?

—¡Maldito seas! —exclamó retrocediendo ante el acierto de su descripción.

Su voz sonaba satisfecha. Continuaba dando vueltas alrededor de ella, cada vez más deprisa, de modo que su cabeza comenzó

también a girar al tratar de mantenerlo a la vista mientras su vestido, atado al cuello, volaba a su alrededor.

—No, maldita seas tú, Roz. Tú empezaste este juego, y no vamos a parar ahora sólo porque has descubierto que no puedes poner todas las reglas.

Levantó las manos en un gesto de defensa y dijo unas palabras de Shakespeare que en ese momento la vinieron a la mente:

—«Él estaba equipado como cazador. ¡O, siniestro! Viene a matar mi corazón» ¿A qué juego te refieres? No sé de qué me estás hablando.

—Estoy hablando de esto…

Su boca era tan caliente y excitante como recordaba, su cuerpo duro, y una vez más su naturaleza apasionada la hizo rehén del ferviente entusiasmo que él mostraba.

Dejó de luchar y su miedo se disolvió en el calor del anhelo seductor. Si Luke carecía de delicadeza lo sustituía con su ardor. Se preguntó cómo podía tener miedo de alguien que le hacía sentirse tan bella, tan poderosa, tan deseable y, por primera vez en su vida, tan completa.

Sus manos, atrapadas en el abrazo, vagaron brevemente por sus costados antes de que los dedos se curvaran sobre el áspero lino de los pantalones sueltos, sin acercarlo pero tampoco rechazándolo. Como su vestido, la camisa de Luke era de seda y las finas telas de ambos se deslizaban la una sobre la otra, produciendo una fricción que constantemente hacía que Rosalind sintiera cada respiración salvaje y cada movimiento de sus músculos.

De pronto Luke apartó sus labios y reclinó la frente sobre la de ella mientras dejaba caer los brazos sueltos sobre sus caderas, apretándola contra su excitado sexo.

—Tienes razón, sea quien sea quien comenzó esto ya no es un juego para ninguno de los dos. Dejemos de discutir, ¡al diablo todo lo demás! Ven a la cama conmigo, Roz, por favor, no te haré daño, te protegeré. Vuelve conmigo y deslúmbrame con tu esplendor…

El cazador se había desarmado a sí mismo antes de que su presa lo atacara.

—Ven, deslúmbrame con tu esplendor…

¿Cómo podía ninguna mujer, se preguntó, resistirse a un ruego tan poético y apasionado?

Varias horas después, Rosalind todavía disfrutaba del placer de aquel exquisito momento e intentaba dejar atrás las dudas que habían frenado su impulso a aceptar la invitación. Había querido lanzarse de cabeza a la peligrosa gloria de amar a Luke. Pero por primera vez en la vida su optimismo la había fallado. Había tenido miedo de confiar en sus instintos, miedo de que su juicio estuviera nublado por sus sentimientos. Rosalind Marlow, la chica alocada de la que tanto hablaban los periódicos, había tenido miedo al riesgo. Aquello era una ironía.

Caminó de un lado a otro por habitación con el corazón dolorido por el hombre al que había abandonado bajo la casuarina. Se preguntó si se habría sentido herido por la fuerza de su rechazo. Quizá se había extralimitado intentando parecer aún enfadada con él, Luke ni siquiera había intentado seguirla. Si hubiera estado obsesionado con ella seguramente no la habría dejado marcharse así, sin más.

Paró un momento y puso la oreja contra la pared. No se oía ningún sonido ni vibración del chalet de al lado. Recostó la cara contra la pared y cerró los ojos. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no estaba aporreando su puerta, se preguntó, intentando hacerle cambiar de opinión?

Porque él no era Peter, la susurró su conciencia, ésa era la razón. Luke era simplemente un hombre honesto, un hombre que había salido de las profundidades de sí mismo para encontrarse con una mujer que había resultado ser una bruja, una mujer que cambiaba inexplicablemente de carácter, de fría a ardiente, y que lo insultaba cuando él intentaba comprenderla en un acto de suprema cortesía.

Se preguntaba una y otra vez a dónde habría ido. Al bar, quizá, a ahogar su humillación en vodka. Por lo que sabía de él lo más probable era que hubiera ido sólo a caminar para aliviar sus penas. Pero, ¿qué ocurriría, se preguntó, si se desmoronaba? ¿Que ocurriría si, en su vagar, se encontraba con alguna sinvergonzona que le ofrecía la oportunidad de aliviar su ego herido en un acto de locura sexual? Su sangre comenzó a arder, celosa por aquella idea. Se sintió enferma sólo de pensar que podía estar con otra mujer.

Entrecerró los ojos e intentó recapacitar. Luke no hizo ninguna declaración amorosa más cuando ella lo rechazó, pero pudo apreciar que albergaba un poderoso sentimiento hacia ella por el

tumulto emocional en que se encontraba. Aquello definitivamente no era sólo una atracción sexual. Si lo amaba no podía seguir huyendo, pero tampoco podía olvidar sus sospechas tal y como había hecho con Justin.

El Justin del que ella había creído estar enamorada había sido un intachable y joven dios con pies de barro.

Luke, en cambio, era un hombre de carne y hueso que la había atraído precisamente por sus defectos, no a pesar de ellos. Y, sin embargo, con Luke tenía mucho más que perder, no sólo sus sueños de adolescente. Tenía que estar segura de que lo que hacía sería lo mejor para los dos, tanto en su mente como en su corazón. Si no podía confiar en el tendría que aceptarlo así, sin más, y esperar que con el tiempo pudiera llegar a adquirir esa seguridad.

Lo más importante, lo primero que tenía que hacer, era leer todo lo que había escrito sobre ella. Tendría que leerlo con calma y del principio al fin en lugar de conformarse con los pocos párrafos que aparecieron en la pantalla por casualidad aquella mañana. Tenía que saber en que medida había escrito sobre sus propios sentimientos y motivos en lo que él llamaba su «diario».

Tomó el disco de ordenador de la mesilla de su cama, salió al balcón y espió por la verja de celosía de su habitación a oscuras. Imaginaba que Luke habría cerrado la puerta frontal del chalet al salir, pero, tal y como esperaba, había dejado la puerta del balcón ligeramente abierta. Para alguien tan rápido como Rosalind recoger las sandalias y subir por la barandilla sería sólo cuestión de segundos. Con el disco entre sus dientes se deslizó por la verja de madera hasta que estuvo al otro lado y escaló por el balcón.

La puerta se movió casi sin hacer ruido. Rosalind rió nerviosa del miedo al volarse la cortina blanca y enrollarse sobre la puerta del balcón. Se tropezó contra algo y entró en la habitación murmurando un juramento. Nunca podría ser una gata ladrona, pensó, dándose cuenta que se le había caído el disco y de que tendría que perder el tiempo buscándolo en la oscuridad. Sacó una mano y se golpeó con el respaldo de una silla. Si pudiera encender la luz. Pensó.

La luz de la mesilla se encendió y de pronto se encontró a sí misma mirando a Luke. Despeinado y con los ojos deshechos, sentándose en la cama mientras la sábana se deslizaba por su pecho

desnudo y se arrugaba en su cintura.

—¿Roz?

—¡Luke! —dijo sintiendo un desmayo por la sorpresa.

Mientras ella daba vueltas desesperada, agonizando y pensando en qué le habría ocurrido, él había estado en la cama todo el tiempo, durmiendo. Puso una mano sobre su corazón, que galopaba frenético, preguntándose cómo iba a explicarle su presencia en la habitación. Pero la situación no pareció requerir aquella explicación. Una expresión dulce se reflejó en sus ojos medio dormidos.

—¡Rosalind, has venido! —dijo tirando la sábana al suelo y levantándose para recibirla, acercándose espléndidamente desnudo —. Sabía que vendrías. Sabía que cambiarías de opinión y vendrías a mí.

No sólo estaba desnudo, además, estaba tremendamente excitado y no se avergonzaba en absoluto por ello. Rosalind lo veía acortar la distancia que los separaba con un paso gallardo. «Poesía en movimiento», pensó. Todos sus músculos se movían en una simetría perfecta bajo su piel tostada, y la suavidad de su pecho sin bello, su estómago y piernas, acentuaban la nube oscura de pelo rizado en la unión de sus muslos.

Consiguió con dificultad apartar la vista de los rizos de sus muslos para encontrarse con su mirada, y de pronto comprendió la razón por la que no se mostraba tímido en absoluto. Al verlo parpadear se dio cuenta de que no estaba del todo despierto. Sus brazos desnudos se deslizaron por su cintura, inclinando la cabeza para besarla lentamente. Sus ojos aún conservaban esa mirada distante, oscura y soñadora, y su boca, dulcemente caprichosa, la acariciaba y abría sus labios sorprendidos. Él volvió a cerrar los ojos, y aparte de su sexo, rígido contra sus muslos, estaba totalmente relajado. Su cuerpo caliente parecía envolverla como un guante, absorbiéndola en su lánguido mundo de ensoñación.

—Tócame —la invitó deslizando la lengua dentro de su boca y acariciando sensualmente la de ella—. Por todas partes, necesito sentirte por todo mi cuerpo, deseándome, amándome…

Deslizaba una mano por su espalda, acariciándola contra su pecho mientras con la otra encontró la de Rosalind y la llevó entre sus cuerpos, empujando sus dedos contra la suave mata de pelo.

Jadeó y tembló sosteniendo su mano mientras ella sujetaba firmemente su sexo, haciéndola satisfacer su anhelo, arqueando su espalda y sacudiéndose contra su mano.

—Oh, sí… así… sabes que me encanta cuando me tocas así…

Rosalind se deshacía de placer. Luke quizá se había acostado con el deseo de odiarla, pero no lo había conseguido. Estaba en medio de un sueño erótico intenso, de un sueño con ella. En su subconsciente probablemente eran amantes, y si no hacía algo en ese mismo momento, sus sueños se convertirían en realidad.

Pero no quería pararlo. Había olvidado el disco del ordenador, en el suelo medio escondido debajo de la cama. No le importaba por qué había entrado en su habitación, sólo le importaba que estaba allí y que Luke. semidormido, se abría ante ella como nunca antes lo había hecho, expresando sus más íntimos y profundos deseos con una sinceridad que él, en su extremada reserva, por lo general hubiera censurado.

Su deseo era fuerte y resultaba tan vulnerable que la removía en lo más hondo de su ser. Mezclándose la pasión con el cariño y haciéndola sentir una oleada de locura. En su sueño Luke hablaba de amor, no de sexo, la necesitaba, confiaba en ella, y confiaba en que nunca lo decepcionaría. Rosalind quiso compartir ese sueño. Por poco que fuera quería sentirse libre ella también de los grilletes de la duda, libre para necesitar, confiar y creer que el amor podía conquistarlo todo. Por muy desagradable que fuera lo que esperara al acecho, al menos podría conservar en su corazón el recuerdo limpio de aquella consumación.

Movió la mano y él gimió excitado. Acercó su cuerpo al de él. Haciendo rotar sus caderas en sustitución de la mano mientras la subía por su pecho y por su cuello, elevando sus brazos sobre los hombros y poniéndose de puntillas para profundizar en aquel beso largo y voluptuoso, y aquella respuesta apasionada lo despertó por completo. Apartó su boca y abrió los ojos, dejando de acariciarla. Luego murmuró sorprendido una pregunta que en realidad no lo era:

—¿Roz…?

—¿Quién si no?

Atrajo de nuevo su cabeza hacia sí y lamió con su lengua los labios abiertos, saboreando su deliciosa sorpresa mientras él

luchaba por comprender que la mujer que tenía en sus brazos no era una ensoñación de su intimidad. El torrente de aliento de su boca era caliente y llenó sus sentidos de placer al decir:

—Yo…Qué… ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te hago el amor —contestó echando la cabeza hacia atrás para ver su rostro. Él se ruborizó y sus ojos brillaron con un hambre abrasadora mientras movía sus labios sin hablar.

—No… —dijo ella poniendo el pulgar sobre la suave curva de su labio inferior, impidiéndole preguntar—. No importa cómo ni por qué.

—Pero antes… dijiste… —su mirada, ardiente, expresaba confusión.

—¿Quieres hablar o hacer el amor? —lo interrumpió, impaciente por sentir el placer violento que sabía que le iba a procurar y sin querer que su arrojo amainara por el recuerdo de cautela alguna.

—¿No podernos hacer ambas cosas? —preguntó mordiendo su dedo.

Ella sacudió la cabeza y su voz entrenada entonó lentamente unas palabras eróticas:

—Ahora no me siento tan civilizada como para eso. Me siento salvaje cuando me tocas, esta noche quiero ser salvaje por completo, salvaje y libre. Sólo espero que tú no me encuentres demasiado desinhibida.

—No creo que ése sea el problema —le recordó mientras una de sus manos la arrastraba inconsciente y posesivamente contra él—. Sé tan poco sobre mujeres que es mucho más probable que seas tú la que resultes decepcionada.

—Esto no es una clase de prácticas, Luke —le reprendió susurrando—. Créeme, tienes instinto y con eso es suficiente. Sólo tienes que disfrutar, el resto sucederá de forma natural. Y te diré que, además, para mí también hace mucho tiempo, años. Me imagino que estaba esperando a un hombre muy especial que me hiciera sentir especial, y ese hombre eres tú, Luke.

Lo besó, y por un momento él estuvo pasivo, pero sólo un momento. Entonces el significado de sus palabras le hizo temblar y atrajo su cabeza con todo el poder de su hambre. La sujetaba con una fuerza sofocante, besándola salvajemente hasta derrumbar la

última barrera de su refreno. Exploraba su espalda implacable, tocándola cada vez más abajo hasta que levantó el borde de su vestido y deslizó las manos por debajo abrazando sus nalgas y elevándola entre sus ingles.

—Estoy desnudo —dijo ronco, como si acabara de darse cuenta de ello.

—Lo sé —Rosalind dejó correr sus dedos jugando por su pecho y sus hombros, bajándolos hasta sus costados para permanecer en los flancos de sus músculos planos—. Y me alegro. Estás muy atractivo desnudo, sólo mirándote me excito…

—Siempre llevo algo en la cama, pero esta noche no quería sentir nada cerca de mi piel…

—¿Excepto yo? —sonrió apasionada.

—Excepto tú —admitió sofocado.

Su expresión era oscura y malévola. La observaba sonreír con cierta complacencia, y su seguridad estimuló su orgullo masculino, exultante por la victoria. El peligro latente no hizo más que añadir picante a la situación. La inquieta, emotiva, y sensual Roz Marlow había conseguido por fin introducirse en su nido. Justo cuando él ya casi se creía derrotado, ella volvía y hacía algo como aquello. Resultaba un enigma, envolvía dentro de sí un misterio, pero no por mucho tiempo. Quizá ella creyera que le ofrecía simplemente una noche de pasión desenfrenada, pero él pensaba obtener más, mucho más. Desenvolvería todos aquellos secretos del mismo modo que pensaba explorar todos los rincones de ese cuerpo voluptuoso.

Movió sus dedos provocativamente, deslizándolos por dentro de su prenda íntima de encaje para acariciar esas mejillas suaves y redondas. Rosalind se estremeció e instintivamente movió sus caderas para que la tocara, pero en lugar de quedarse ahí disfrutando de ella, Luke continuó su viaje hacia abajo, tirando de sus bragas hasta los tobillos con crudeza.

Luego la miró con expresión de triunfo, encontrándose con los ojos sorprendidos de Rosalind, ruborizada. Él se recreó contemplando la traición de su semblante tan mundanamente sofisticado. Puso sus manos firmemente sobre su cintura y la sostuvo mientras le ordenaba:

—Quítatelas.

Rosalind obedeció. Sus piernas rozaron las de él. Temblando

ligeramente en respuesta a la excitación sexual latente y contenida. Le gustaba darle órdenes, y su obediencia sumisa era un estimulante para su osadía.

—¿Llevas sujetador?

Rosalind asintió, aunque los dos conocían la respuesta. Él lo había palpado mientras la besaba, sus dedos habían investigado meticulosamente las costuras y habían identificado el cierre entre sus omoplatos. Sólo lo preguntaba para atormentarla, para que supiera lo que pretendía hacer. La quería desnuda bajo el vestido de seda líquida, vestida pero desvestirla, vulnerable a sus deseos.

—No tiene tirantes —le dijo con voz trémula mientras él deslizaba su mano por la espalda buscando los corchetes.

Llevaba un vestido que dejaba al descubierto la espalda atándose al cuello, y él tardó tanto en desabrochar aquel cierre que sintió ganas de gritar. Pero la combinación de provocación deliberada y revoloteo torpe eran parte del juego erótico, y se obligó a sí misma a permanecer de pie hasta que finalmente el fino sujetador cedió. Él dio un tirón y la prenda calló deslizándose por dentro del vestido, de corte triangular, y aterrizando a sus pies.

Rosalind nunca había sido tan consciente de su propia sexualidad como en ese momento, nunca había estado tan ansiosa por conseguir la aprobación de un hombre. Luke miró la seda brillante sobre su piel. Parecía una cascada a media noche, un provocativo velo para la silueta que había debajo. El suave brillo de la tela se esculpía tirante entre sus pechos altos, sus pezones se erguían duros como picos y desde ellos el gracioso corte del vestido caía como un torrente dando vueltas alrededor de sus estrechas caderas y suaves piernas. Él hinchó su pecho. Su sexo se estiraba y endurecía contra su vientre plano, y Rosalind se dio cuenta de que había estado en un error cuando creyó que estaba completamente a punto al salir de la cama.

Tenía el presentimiento de que haciendo el amor, igual que en la mayor parte de las cosas, Luke era capaz de una concentración intensa que no admitía distracciones. No pensaba que iba a forzarla, pero la forma absorta de estudiarla le hizo preguntarse si podría quizá hacerle daño sin mala intención, en la furia de la pasión. Sin embargo, por extraño que pareciera, su miedo, tanto a su tamaño como a la nebulosa de su verdadera identidad, constituía en ella un

estímulo más para el deseo.

—¿Es esto lo que ocurre en tu sueño? —le desafió, sintiendo una lenta ola de calor en todo su cuerpo al pensar en que debía acomodar en su interior esa dureza pótenle.

Como respuesta, él se acercó y abrazó sus pechos a través de la seda, elevando las suaves montañas y alisándolas con sus pulgares de modo que sus pezones, ya erectos, fueran aún más explícitos.

—Esto es mucho mejor que un sueño —murmuró mientras sus pechos crecían y comenzaban a pesar sobre sus manos.

Rosalind se humedeció los labios y se arqueó, pero él ignoró la invitación. Bajó la mirada por el vestido y sus manos lo siguieron, recogiendo la fina tela y tirando de ella hacia arriba despacio hasta sus muslos del color de la miel, y luego hasta atisbar por un ardoroso instante los rizos rojizos.

—Mucho mejor… —susurró ronco, dejando que el vestido volviera a caer, poniendo un velo a su feminidad con el vuelo oscuro de la seda.

Movió las manos hacia arriba, por encima de su vientre, dando forma al delicado sello de su ombligo, luego más arriba hasta su pecho de nuevo, y por último de vuelta hasta su sexo, para deslizar la mano por él y acariciarlo delicadamente, sin verlo, llegando hasta la seda de sus caderas, acariciándolas, y siguiendo las huellas hasta el sensible pliegue de sus temblorosas nalgas.

Estaba jugando con ella. Aquel magnífico, desnudo e inexperto nombre estaba jugando con ella, dominándola, haciéndola sentir la exquisita agonía del deseo hasta que pensó que iba a explotar de frustración.

—¿No vas a quitármelo? —estalló nerviosa mientras él envolvía su cuerpo con la tela. Por fin su concentración cedió, y de pronto pensó que quizá él no estaba muy seguro de qué hacer a continuación—. ¿O quieres observarme cómo lo hago? —volvió a preguntar llevando una mano hasta la nuca y soltando el broche, único cierre del vestido.

—Sí, hazlo —murmuró con voz profunda, observándola cruzar los brazos y elevar el vestido por encima de su cabeza.

No pudo hacer nada más. Antes de que se liberara del vestido, Luke la había arrastrado hacia la cama con un sonido ronco e inarticulado. Ciega y envuelta en seda se vio empujada bajo el peso

de su cuerpo mientras sus manos la exploraban con desesperación. La mordió, sus gemidos y jadeos de placer brutal invadían sus sentidos mientras él buscaba hambriento sus pechos y succionaba con fuerza los pezones hinchados. Ella luchaba por liberarse del vestido, enredado en la cabeza y en los brazos, pero no conseguía sino enrollarlo más. Se retorcía con frenesí y jadeaba impotente de placer, y sus gritos le excitaban aún más hasta que se colocó encima de ella con todo su peso. Tiraba de sus muslos y los separaba, gimiendo al colocarse en el hueco que dejó entre ellos. Sus caderas tensas la empujaban con fuerza en el centro húmedo mismo de su corazón.

Rosalind consiguió por fin deshacerse del vestido y tirarlo, pero Luke ya estaba elevándose por encima de ella con el pecho rígido, moviendo los músculos convulsivamente mientras arqueaba la espalda y echaba la cabeza hacia atrás, conduciéndose a sí mismo ciego entre los muslos de ella con un grito gutural de satisfacción.

Rosalind gritó también asiendo su espalda tensa. Él envainaba su sexo en su humedad caliente, y apenas tuvo tiempo de sentir el agonizante placer de ser invadida y dilatada hasta el punto de estallar antes de que Luke se retirara con un áspero gemido para volver a penetrar de nuevo convulsivamente en una segunda embestida poderosa, mientras su rostro se contorsionaba en una máscara de éxtasis. Se puso rígido y comenzó a sacudirse en un espasmo violento hasta que se dejó caer pesadamente sobre ella, que yacía con los ojos cerrados por encima de su hombro sorprendida de su intenso y rápido clímax. Podía sentir aún su pulso caliente dentro de su cuerpo.

El se estremeció otra vez respirando profundamente y dijo:

—Lo siento… ¡Oh, Dios, Roz, lo siento!…

Se retiró antes de que ella pudiera detenerlo y rodó sobre su espalda con el pecho oprimido y una mano sobre sus ojos, mientras continuaba disculpándose:

—No he podido evitarlo… igual que un adolescente…

—Luke… ¡Luke! —exclamó acariciando su mano—. No pasa nada…

—No hace falta de finjas, maldita sea —dijo apartando su brazo —. Te dije que te decepcionaría.

Su voz sonaba como la de un niño resentido. Quería ver sus ojos

pero la mueca de sus labios le prevenían de hacerlo. Se elevó apoyándose en un codo. Su frustración se transformó en indulgencia divertida mezclada con una expectación embriagadora.

—¿Estás bromeando? Por el amor de Dios, Luke, me siento halagada de que explotaras sobre mí de esa forma.

—Como un maniático sexual, ¿no? —dijo con el pecho inmóvil y el brazo tenso.

—Yo prefiero pensar en ti como un sátiro. La combinación de ese cuerpo de dios griego y esas cejas… bueno, estás destinado a ser gobernado por tus pasiones terrenales hasta que finalmente alcances a la ninfa de tus sueños.

Pudo ver el brillo de sus ojos. Se estiró y cuando estuvo segura de que él la observaba se dio la vuelta con naturalidad y saltó de la cama, inclinándose para recoger el vestido de seda y poniéndoselo por la cabeza. Luke se apoyó sobre el brazo y se recostó en las almohadas desordenadas, preguntando:

—¿Qué haces? ¿Te vas?

Ella sonrió al ver en su expresión una mezcla de ansiedad y sobresalto. Luego volvió provocativamente a la cama y se arrastró sobre ella con las manos y las rodillas:

—Desde luego que no. Es mi turno.

—¿Tu turno? —preguntó con cautela observándola gatear por las sábanas hacia el.

—De explotar sobre ti…

Levantó una pierna con delicadeza sobre su cuerpo y se acomodó firmemente a caballo sobre sus caderas, alisando la seda del vestido sobre él e intrigada al notar una onda visible bajo la tela. Se meneó despacio para colocarse en una posición cómoda y elevó una ceja al sentir su sexo masculino entre sus muslos. La sombra de una sonrisa asomó en su sexy boca. Quiso besarla, pero en lugar de hacerlo se echó hacia adelante doblando sus brazos provocativamente para asegurarse de que el broche del vestido estaba abierto, mostrándole sus pechos suaves, inclinados, rozándole con sus pezones duros.

—La primera vez ha sido para ti… esta vez es para mí —lo miró entrecerrando los ojos—. Luego será tu turno otra vez —dijo riendo ante la mirada derretida de él—. Así es como funciona, ¿comprendes?… se llama dar y tomar… permite improvisar…

De pronto, Luke se congeló del susto:

—Dios mío, ni siquiera he usado un preservativo. ¿Estás tomando algo?

—No, pero no importa.

Él se retorció intentando alcanzar la cartera de piel que había sobre la mesilla.

—Sí, claro que importa. Prometí cuidarte pero lo he hecho mal, para los dos. No hay que dejar estas cosas al azar.

Estaba tan profundamente alterado por su olvido que ella le dijo:

—Nunca importa para mí, es decir, si lo que te preocupa es que me quede embarazada —dijo con calma—. Mi enfermedad pélvica me dejó estéril. Y en cuanto a otro tipo de protección… ambos nos hemos guardado castamente, ¿no es así?

—Oh, Roz… —dijo cayendo sobre las almohadas acariciando el óvalo de su cara y con una expresión de pesar—. Oh, Roz…

Ella sacudió la cabeza, su lamento sin palabras sonaba como una melodía sobre su alma.

—Tengo una familia muy grande, mucho dinero y una carrera extremadamente desafiante y satisfactoria. No puedo esperar tener todo eso y, además, el cielo. Shakespeare tenía razón: «Lo que en el pasado ayudó, debería ser un pesar pasado» —le pellizcó los dedos e hizo una mueca provocativa—. Y eso significa, además, que puedo disfrutar de mi sexy sátiro en su estado natural.

Meneó sus nalgas y sintió el estímulo de la felicidad cuando él instantáneamente se armonizó en excitación y gimió, elevando las cejas que tanto le gustaban. La segunda vez que hicieron el amor fue mucho más contundente que la primera. Luke se mantuvo al paso de ella, ejercitando un enorme autocontrol mientras ella cabalgaba sobre su cuerpo duro hasta el pináculo del éxtasis, reservándose hasta que la llevó al borde de la locura, al rapto de los sentidos. Él era insaciable, tanto en curiosidad como en deseo, y su vigor igualaba su inventiva. Antes de caer dormida, enroscada contra su cuerpo glorioso, Rosalind supo que había encontrado un regalo precioso.

Cuando el teléfono sonó una primera vez, Rosalind gimió e intentó acurrucarse aún más al calor de aquella piel de musgo, pero al final el irritante sonido resultó una intrusión insoportable y alargó la mano para tomar el auricular bajo la sábana, hablando

medio dormida.

—¿Luke? Soy Jordán. Sólo quería decirte que ya no hace falta que sigas echándole un vistazo a Roz.

—¿Jordán? ¿Jordán Pendragon, eres tú? —preguntó frunciendo el ceño.

Hubo un corto silencio. Rosalind se despertó por completo, saliendo de debajo del brazo de Luke y encontrando en él una expresión de alerta.

—¿Roz?

—¿Jordán? ¿Jordán, qué ocurre?

—Vuestro horario es de cinco horas por detrás del nuestro, ¿no es un poco pronto para que estés contestando tú al teléfono de Luke?

—Quizá me está echando un vistazo más concienzudo de lo que tú creías. ¿Te importaría contestar a mi pregunta?

—Bueno, Roz —suspiró—, ya sabes lo preocupada que estaba Olivia por ti por lo de las cartas. Lo único que hice fue pedirle a un amigo que te vigilara discretamente.

—¿A un amigo? —repitió apartando la mano de Luke que quería quitarle el teléfono.

—Bueno, él y yo nos conocimos cuando trabajaba para la Pendragon Corporation. Es el colega al que vi cuando nos encontramos tú y yo en el aeropuerto. Cuando fui a saludarlo y me dijo que se iba a Tioman, bueno… Sé que es una persona honesta, no está curtido en la calle pero físicamente es duro y sabe mantener la calma en los momentos de crisis. Confío en su juicio sobre la gente, así que le conté lo de las cartas y que habías rechazado la protección de un guardaespaldas, y le pedí que te vigilara con discreción.

—Bueno, desde luego ha realizado la tarea que le encomendaste —aseguró Rosalind. Sus ojos, frías esmeraldas, se fijaron en el semblante culpable pero no arrepentido de Luke—. ¿Y por qué ahora has decidido que tu amigo ya no sirve para este trabajo?

—Bueno, ya no es necesario. Iba a llamarte después de llamar a Luke. Roz, han encontrado al que te escribía las cartas, han encontrado a Peter…

Capítulo 9

ROSALIND tuvo un presentimiento.

—¿Han encontrado? ¿.Quienes?

—La policía. Está muerto, Roz. Se suicidó en su apartamento de Wellington hace unas pocas semanas, pero era un tipo tan insociable que no encontraron su cuerpo hasta ayer. Se llamaba Peter Noble. Tomó una sobredosis de algo que le había prescrito el médico, pobre hombre. No están seguros de que fuera deliberado, no ha dejado ninguna nota.

Roz se enteró vagamente de la explicación que Jordán le dio de las penosas circunstancias en que lo habían encontrado. Su casa estaba llena de fetiches, diarios *y* cartas para ella, objetos que habían llevado a la policía a contactar con los Marlow. Por suerte no tenían nada que conectara a Peter con Peggy, pensó, pero sólo de pensar que la policía había fechado su muerte unos pocos días antes de su encuentro en el hotel Wellington se ponía enferma. Eso explicaba quizá el comportamiento de Peggy aquel día. Sabía que Peter estaba muerto, y quizá era de eso de lo que trataba de avisarle cuando sufrió el ataque al corazón. Quizá fue al apartamento de Peter y encontró su cuerpo, pero sintió pánico ante la idea de denunciarlo, aunque fuera anónimamente, y quizá también tuviera miedo de admitirlo ante Rosalind. Seguramente estaba loca de pesar y de culpabilidad. Y durante todo ese tiempo, mientras Peggy yacía en el hospital inconsciente, su hijo yacía muerto en su patético santuario…

—¡Oh. Dios! —Rosalind se enroscó sobre sí misma en la cama comenzando a sentir las náuseas matinales que creía haber vencido.

—Rosalind. ¿que ocurre?

Luke tomó el teléfono sin dejar de mirarla, pálida, y después de

hablar con Jordán unos minutos colgó, tan pálido como ella.

—Roz…

Puso una mano sobre su espalda con cuidado, como si esperara que ella lo censurara, pero estaba demasiado afectada por el horror que se estaba imaginando como para resistirse. La rodeó con los brazos y elevó su cuerpo acurrucado con delicadeza para sentarla sobre él. sosteniendo su cabeza y enroscando mechones de pelo en sus dedos mientras la sujetaba contra su pecho desnudo.

—Tenía razón al sentir pena por él, ¿no es así? —susurró sintiendo una ola de culpabilidad—. Pero ahora no lo siento. Me siento… aliviada. En parte estoy feliz de que esté muerto, eso soluciona mi pequeño y despreciable problema —sollozó sobre su pecho fuerte y volvió la cara sintiendo su olor a musgo ya familiar —. ¡Oh, Dios! Luke, ¿y si lo hizo deliberadamente? ¿Y si lo hizo por mí?

—Shh, no te tortures —murmuró Luke inclinando la cabeza para besarla en la frente—. No puedes hacerte responsable de los actos de un extraño, de un perturbado mental. Jordán dice que tiene un largo historial psiquiátrico.

—Pero si yo hubiera sabido ver en sus cartas el grito de ayuda…

—Noble ha tenido mucha ayuda a lo largo de estos años, fue muy astuto manipulando los programas oficiales de ayuda. Tú eras la víctima Roz, no al revés. Ni siquiera te veía como a una persona. Él no quería saber quién era porque entonces se vería forzado a encarar la verdad, que no era parte de tu vida y que nunca lo sería. Probablemente disfrutaba al sentir el poder que le confería su anonimato sobre ti. El psicólogo de la policía piensa que seguía un patrón de conducta clásico. Antes o después habría sentido una necesidad compulsiva de hacer realidad sus fantasías, y entonces habría tenido que recurrir a la violencia. Si no hubiera podido acceder a ti habría violado a cualquier otra mujer haciendo que ella interpretara tu papel.

Luke fue ahuyentando sus reservas con su lógica habitual, y entonces, cuando el susto inicial ya había pasado y ella se echó a llorar, la abrazó y la besó dulcemente borrando sus lágrimas hasta que el pesar se fue convirtiendo en pasión. Rosalind le hizo el amor con un fervor salvaje que hizo desaparecer la pena y reafirmó de la manera más elemental su compromiso con la vida, con el amor y

con la búsqueda de la felicidad. Él aceptó dulcemente su deseo desesperado de olvido, atemperó su fiereza con sus respuestas rápidas y la permitió que lo usara como medio para exorcizar sus demonios. Después, mientras yacía en la cama en la seguridad de sus brazos y el sudor enfriaba su piel, dijo casi gruñendo:

—Debería estar enfadada contigo.

—¿Tú crees?

Él siguió las huellas de sus lágrimas con un dedo. Era de día y la habitación estaba bañada por la luz del sol, que entraba a través de las cortinas abiertas. Yacían cara a cara con sus cuerpos aún entrelazados, y ella podía ver todos los matices de su semblante. La profunda satisfacción de Luke quedaba escondida bajo una nueva aura de confianza masculina en sí mismo. Ella suspiró. Se sentía tan débil como un gatito recién nacido y era consciente de un doloroso placer en todo su cuerpo, mezclado con un sentimiento dulce y al mismo tiempo amargo de melancolía.

—Lo estaría si me quedara energía.

—En ese caso será mejor que haga todo lo posible para mantenerte exhausta —murmuró Luke con ese toque de seriedad grave pero juguetón que había confundido a Rosalind en un principio, haciéndola creer que no tenía sentido del humor.

Aquello aumentó su confusión. Estaba contenta de que sus absurdas sospechas sobre Luke se hubieran disipado, pero sus sentimientos y sus motivaciones eran para ella un misterio mayor que nunca. Cuando respondió a su burla sexual camuflada con su habitual frescura y falló, Luke descargó todo su carácter juguetón, al tiempo que comenzaba a mostrar en su expresión una decisión oscura mientras ella intentaba soltarse de él. Su brazo la rodeó por la cintura con fuerza, atrayéndola hacia sí y conservando una de sus piernas entre las suyas.

—No puedes culpar a Jordán por aprovechar la oportunidad de asegurarse de que ibas a estar a salvo. Es algo natural. A veces se hacen cosas por el bien de la gente a la que se ama que se considerarían completamente inaceptables en circunstancias normales —su voz sonaba seria y sus ojos brillaban con un fervor incansable mientras la desafiaba—. ¿No has hecho nunca algo que sabías que estaba mal por razones que creías justas?

Rosalind pensó en las veces en que había fingido ser Olivia para

obtener para su hermana un encargo de un retrato de la Pendragon Corporation. Olivia había tenido verdaderos problemas, y ella no se lo había pensado dos veces. Había cometido aquel fraude para promover su carrera estancada, y el hecho de que su hermana hubiera acabado comprometida con Jordán además de con el encargo fue un golpe de suerte. Y con Peggy Staines había ocurrido igual. No era de la familia pero estaba en tal estado de desesperación que le fue imposible volverle la espalda.

—Bueno, sí, lo he hecho, pero el fin no siempre justifica los medios. A veces los medios son demasiado dolorosos, ¿y quién puede juzgar realmente si el fin justifica el daño que se causa?

—Todos tenemos que tomar decisiones morales y afrontar las consecuencias de nuestros actos, sean buenas o malas y a todos nos gustaría creer que hay alguien en alguna parte, que haría los mismos sacrificios por nosotros. Tú tienes suerte, tienes a muchas personas a tu lado. Cuando Jordán me pidió ayuda sólo estaba pensando en ti.

—Lo sé, comprendo a Jordán, ¿pero qué me dices de ti? ¿Por qué razón quisiste involucrarte? Especialmente después de cómo te traté en el mostrador de control de billetes…

—Sentía curiosidad por ti —admitió francamente, echando por tierra sus más fervientes esperanzas. Si le hubiera dicho que se había enamorado de ella nada más verla quizá hubiera perdonado todos sus secretos—. Sabía quién eras y no me sorprendió que quisieras evitar a los curiosos, y cuando Jordán me ofreció una excusa para saciar mi curiosidad no pude resistirme. Aunque no sabía muy bien cómo presentarme.

—Podías haber probado con la verdad. Podías haberme dicho simplemente que eras un amigo de Jordán y que te había pedido que me cuidaras —señaló sarcástica mientras se preguntaba si sólo había sido una curiosidad para él.

—Jordán me dijo que si tú sabías o siquiera sospechabas la verdad me harías bailar una danza frenética tratando de ponérmelo lo más difícil que pudieras.

Rosalind rechinó los dientes, pero tuvo que reconocer que lo más probable era que hubiera actuado tal y como él lo había descrito, y no pudo seguir discutiendo. De pronto sus últimas palabras la divirtieron. Ella, más que nadie en el mundo, era

consciente de la importancia y del coste que conllevaba cumplir una promesa.

—¿Le prometiste a Jordán que ibas a cuidar de mí?

—No, yo no hago promesas si existe la posibilidad de que no pueda cumplirlas. Sólo le prometí que haría lo que pudiera.

—¿Y has hecho todo lo que has podido? —preguntó con los ojos encendidos por la ironía—. No tuviste que hacer nada, yo me ofrecí en bandeja.

—Caíste en mis manos como un melocotón maduro —la pinchó Luke con placer sabiendo que cuando se enfadaba no tenía ningún cuidado con lo que decía.

—Y chico, te aprovechaste bien de ello —le acusó.

Ella luchó para liberarse de su brazo y esta vez él la dejó marchar observándola mientras hurgaba entre las sábanas buscando su vestido. Él lo encontró e hizo con él un ovillo metiéndolo debajo de las almohadas.

—¿Qué estás buscando, Roz? —preguntó mientras ella se lo quitaba.

La observó debatiéndose en silencio ante la duda de si ponérselo, recordando lo que había ocurrido la última vez que se lo puso sin la ropa interior. Él se sentó apoyándose en un brazo y dijo:

—¿Temes que me haya acostado contigo sólo como un favor a tu cuñado, para cortarte las alas y que no pudieras caer en la cama de un extraño?

—Al infierno —contestó Rosalind llena de ira—. Jordán no es un casamentero y tú sabes perfectamente que yo no estoy deseando acostarme con cualquiera que muestre el más mínimo interés. El único extraño sospechoso que rondaba por aquí eras tú, y el favor de anoche fue para ti.

—Y para ti, espero —dijo con un ardor que la hizo darse cuenta de que sólo estaba bromeando—. Así que queda claro que tú también sentías curiosidad por mí. El hecho de que desembocara en algo más es algo que ninguno de los dos podía prever. Ambos encontramos más de lo que esperábamos de nuestra curiosidad, ¿no crees? Es cierto que yo tenía ciertos intereses escondidos, pero eras tú la que tomabas las decisiones en nuestra relación.

—Sí. pero yo no estaba bien informada cuando tomé esas decisiones —protestó.

Las palabras de Luke no sonaban como las de un hombre que fanfarronea de una cita nocturna con una celebridad menor. Los hombres que buscaban sólo sexo hablaban de la complejidad de las relaciones antes de llevarse a la mujer a la cama, pero nunca después. Él entrecerró los ojos mirando sus nudillos blancos antes de volver a posar la mirada sobre su rostro desafiante.

—Espero que no estés sugiriendo que te he seducido en contra de tu voluntad. Si alguien ha sido seducido definitivamente he sido yo. Después de todo fuiste tú quien entró en mi habitación anoche.

—Pero no para seducirte —protestó con calor.

—¿No? —sonrió escéptico.

—¡No! Vine a ver tus archivos en el ordenador. Pensé que quizá tú eras Peter y quería ver si podía encontrar alguna prueba para demostrarlo.

Su sonrisa se transformó en un shock.

—¿Qué?

—Bueno, ¿qué querías que creyera? —se defendió—. Yo no sabía que eras amigo de mi cuñado ni que estabas jugando a ser mi guardaespaldas aficionado. Quería ver en el ordenador si eras una cosa u otra.

—¿Ibas a encender mi ordenador? —preguntó más afectado por el hecho de que tocara su ordenador que porque sospechara de su identidad.

—Traje el disco que te robé —dijo elevando el mentón con agresividad—. Pensaba leerlo pero se me cayó en la oscuridad. Y entonces te levantaste y…

—Y te diste cuenta de que tus sospechas eran infundadas y absolutamente ridículas.

—Bueno, me pillaste por sorpresa…

Él leyó entre líneas en su tartamudeo inarticulado y juró con sorprendente fluidez.

—Así que pensaste que podría ser peligroso, pero te metiste en la boca del lobo de todas formas. ¡Maldita sea, Roz! ¿No tienes instinto de conservación? ¡No es de extrañar que Jordán estuviera preocupado! ¿Te das cuenta de lo que te podría haber sucedido?

—Pensé que ya había sucedido.

—Sabes lo fuerte que soy. Si fuera Peter podría haberte hecho daño, podría haber abusado de ti incluso podría haberte matado —

dijo enfatizando. La tomó en sus brazos y la sacudió—. Te haces la dura pero la sofisticación no te protegerá de la violencia. No tienes fuerza para luchar contra un hombre que no tiene nada que perder.

—Peter está muerto, ¡por el amor de Dios! —dijo mientras su corazón latía a toda prisa.

—Pero tú ayer no lo sabías. ¿En qué estabas pensando?

—Me niego a contestar si vas a echármelo en cara.

Hubo un silencio. Rosalind recordó la perspicaz observación con que Luke tomaba notas. Él sabía que ella recurría a la ligereza cuando sus emociones estaban en peligro. Era un mecanismo de defensa.

—¿Roz?

Roz no contestó. Dejó caer su vestido y se acurrucó contra el inútilmente. La sábana que la tapaba se deslizó mostrando sus pechos, pero Luke no apartó los ojos de su rostro, insistiendo con sedosa tenacidad.

—Quizá no pensabas en nada. Quizá te dejaste llevar por el instinto. Tu cabeza te decía que no confiaras en mí pero tú nunca te dejas guiar por la razón, ¿no es así? Tú siempre te guías por el corazón. ¿Qué te decía tu corazón anoche, Rosalind?

—Que estaba loca —dijo casi sin aliento mientras sacudía la cabeza y sus ojos brillaban como extrañas joyas por los rayos de luz que invadían la habitación.

—Conozco ese sentimiento —murmuró él con una expresión vaga.

—Continuamente descubro cosas sobre ti que cambian por completo la idea que tenía de tu carácter —exclamó frustrada—. ¿Cómo puedo confiar en ti si no sé quién eres? ¿Que otros secretos escondes?

—Sólo uno, pero es el más importante. ¿No vas a preguntarme de qué se trata? —dijo soltándola y recostándose de nuevo en la cama con evidente tensión—. ¿Quieres que seamos completamente sinceros el uno con el otro?

—Sí, por supuesto que quiero —afirmó presintiendo un peligro y tapándose con la sábana en un gesto simbólico de defensa.

—Bien, si quieres desvelar secretos, Rosalind, yo lo estoy deseando, siempre y cuando la revelación sea mutua. ¿Crees que estás preparada para hacerlo? ¿Estás preparada para desvelar los

secretos más importantes, más profundos y más oscuros de tu alma a un hombre con el que sólo has pasado una noche?

Todo su ser se rebeló ante aquella brutal descripción, aunque sabía que lo había expresado así deliberadamente para provocar en ella esa reacción.

—Eso no ha sido lo que ha ocurrido entre nosotros.

—No —la interrumpió—. Estoy de acuerdo. Entonces digamos que somos amantes, y se supone que los amantes confían el uno en el otro, ¿no es así, Roz? Comparten sus alegrías, sus penas, sus secretos culpables…

Rosalind se humedeció los labios. Sospechaba qué vendría a continuación.

—Y eso significa que me vas a contar lo que ocurrió entre Peggy Staines y tú y qué le hizo sufrir ese ataque al corazón. Quizá me confirmes que los rumores sobre el chantaje son ciertos…

—Yo no le estaba haciendo chantaje —interrumpió echando la cabeza hacia atrás orgullosa.

—¿Entonces ella te lo hacía a ti?

—¡No!

—¿Entonces para qué era todo ese dinero?

—No era tanto dinero como se decía en la prensa, eran sólo unos pocos cientos de dólares, y pertenecían a otra persona. Yo sólo… me ocupé de ellos —contestó reacia.

El último y más alarmante regalo de Peter Noble había sido dinero. Ella había querido pedirle a Peggy que se lo devolviera, y lo tenía en las manos cuando sintió el dolor. En esos momentos de pánico el dinero cayó esparciéndose por toda la habitación.

—¿Fue algo relacionado con drogas?

—¡Por supuesto que no!

—¿Entonces qué?

Rosalind permaneció en silencio. Aunque estuviera muerto, Peter Noble aún podía crear estragos en la vida de Peggy.

—¿Aún quieres seguir guardando secretos, Roz? —le reprochó débilmente mientras el silencio se hacía más tenso.

Tragó saliva. Tenía miedo. ¿Por qué la estaba presionando de aquel modo?, Se preguntó. ¿Era sólo una cuestión de principios, o escondía alguna razón más profunda? Le dolía la franqueza de sus preguntas. Era casi como si él quisiera que ella negara…

—Ese secreto no es mío. Mis promesas significan tanto para mí como las tuyas para ti.

—¿A quién has hecho una promesa? ¿A Peggy Staines? ¿Quiere eso decir que tú sabes algo que puede hacerle daño?

Rosalind miró a otro lado. Él estaba siendo cruel, demasiado cruel. Debía tener precaución. Con un poco más de información, Luke podría quizá encajar las piezas del puzzle. En cierto sentido quería que averiguara la verdad y que la descargara de su responsabilidad. *Su* promesa, honesta, la colocaba en un doloroso dilema. Él debería darse cuenta de ello.

—Lo siento —se disculpó él con voz pesarosa.

Aquello estaba siendo aún más duro de lo que lo había sido con su familia. Los Marlow siempre permanecerían incondicionales a uno de sus miembros. El amor y la fe de su familia eran fuertes, y podían soportar los dardos de la terrible fortuna. Pero su relación con Luke era aún demasiado frágil, y quizá la estaba destruyendo sin remedio pidiéndole que confiara en ella.

—No puedo decirte nada más.

—¿Nunca? —preguntó él con calma.

Su corazón se estremeció y su pulso falló. «Nunca» era una palabra que no tenía fin. Su pregunta implicaba un futuro al que le daba miedo mirar.

—Aún no.

—¿Pronto?

—Yo… no… —lo miró impotente— ¡no lo sé! —se abrazó a sí misma y sacudió la cabeza—. ¡No lo sé! ¿No podemos dejarlo pasar?

—Así que quieres que sigamos como hasta ahora, sin confesiones.

Sus palabras sonaron atormentadas, ambivalentes, como si a pesar de sus esfuerzos por convencerla prefiriera no saberlo.

—Ah, eres muy listo —dijo amargamente, reconociendo que no sabía nada nuevo de él mientras que él sí había logrado sonsacarle una valiosa información.

Él hizo un movimiento brusco y ella se apartó, pero luego vio que sólo quería tomarla de la mano, que para su sorpresa elevó hasta sus labios.

—Lo suficiente como para aceptar las palabras de la Biblia

cuando dice que hay un tiempo para cada cosa — dijo reemplazando su curiosidad por una extraña serenidad mientras besaba la cara posterior de su muñeca y llevaba la mano hasta su pecho, donde sus rápidos latidos producían un contrapunto a sus lentas palabras—. «Un tiempo para cada propósito bajo el cielo… un tiempo para permanecer en silencio y un tiempo para hablar…»

—¿«Un tiempo para amar y otro tiempo para odiar»? —citó ella mientras él la acariciaba.

—¿Es de eso de lo que tienes miedo, Roz? ¿Crees que te odiaré cuando desveles tus secretos? —susurró mientras la atraía a su lado inexorablemente.

Una sonrisa repentina alejó las sombras de sus ojos y relajó su cuerpo. Por supuesto que no, pensó. No había motivo para que lo hiciera.

—No…

—Bien, entonces… —Luke se acercó a dibujar la línea de sus labios—, quizá tengas razón… quizá sea éste nuestro momento de guardar silencio… nuestro momento de amarnos —sus dedos se elevaron hasta su frente y se enredaron en su cabello rojizo—. Pero algún día ese otro momento llegará. Rosalind… —elevó la cabeza y su aliento llegó hasta su boca—. Algún día llegará nuestra hora decisiva…

Durante los días siguientes, Rosalind trató de olvidar aquella promesa. Después de llamar a Jordán aquella noche para confirmar los detalles de la muerte de Peter y preguntar por Peggy alejó el pasado y el incierto futuro de su mente con decisión. Decidió que el resto de sus vacaciones viviría en el dorado presente, almacenando emociones preciosas, ensartando recuerdos como perlas, como tesoros, preciosos y únicos.

Los largos días abrasadores de Tioman daban lugar a noches igualmente abrasadoras y largas con Luke, que resultó ser un amante maravilloso, dulce y fiero, hambriento de cualquier cosa que ella pudiera ofrecerle y ansioso por experimentar, encantador en sus habilidades y a veces perturbador para una Roz Marlow incapaz de sorprenderse.

Su pasión, en lugar de debilitarse con la familiaridad, se fortaleció y profundizó, y con el correr de los días Rosalind supo que su instinto no la había engañado. Luke se había introducido en

su corazón hasta formar parte indivisible de él, parte de sí misma. Con el podía estar sola, juguetona o en silencio, melancólica o de mal humor, y el seguía siendo Luke. Le enseñó a beber vodka y ella le enseñó a bailar. Le mostró cómo poner a tono su cuerpo con las pesas y ella le enseñó a abusar de los postres con licenciosa debilidad. Le enseñó astronomía mientras ella citaba sonetos de Shakespeare bajo las estrellas.

Y hablaron, no de cosas importantes sino de las trivialidades que llevan invariablemente a la intimidad. Las comidas que les gustaban y la música que preferían, los lugares en los que habían estado y los libros que habían leído en la infancia. Los sentimientos eran un tema tabú, pero Rosalind nunca dudó de que, igual que ella, Luke estaba descubriendo una parte de sí mismo de la que hasta ese momento no tenía noticia.

En una ocasión llegaron a una playa en la que jugaban unos niños. Rosalind se quedó mirándolos y preguntándose cómo serían los hijos de Olivia. Sintió que la mano de Luke se deslizaba caliente entre las suyas. Creía que había asumido su esterilidad hacía mucho tiempo, pero en ese momento comprendió que hablaba el medico cuando mencionó los períodos de aceptación. Amar a Luke le había hecho darse cuenta de que, por muy completa y feliz que fuera su vida, siempre tendría un secreto pesar. Cualquier hombre que la amara perdería su única oportunidad de inmortalidad. Ella podría ofrecérselo lodo, todo excepto un hijo nacido del amor.

Los días pasaron, pero aún quedaba una eternidad cuando su mundo de maravillosa irrealidad estalló. Rosalind entró en el chalet de Luke cargada con bolsas de ropa que había comprado para él y le encontró hablando por teléfono. Dejó los paquetes con cuidado y se quedó sorprendida por la expresión gris de su rostro. Él colgó, tenso, y miró al vacío.

—¿Luke? ¿Qué ha ocurrido? ¿Ocurre algo malo?

—Era mi padre —dijo levantándose.

—Ah… ¿Qué quería?

—Siéntate. Nunca te he contado mucho sobre mis padres, ¿no?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se sentó incómoda al borde del sofá y lo observó dar vueltas por la habitación colocando cosas que ya estaban en orden.

—Mis padres dejaron un montón de deudas al morir. El único

legado que me dejaron fue su nombre, y por eso lo conservé cuando mi tío y mi tía me adoptaron. Ellos no podían tener hijos, y siempre me quisieron como si fuera suyo. Nunca me faltó seguridad, ni financiera ni de ningún otro tipo, y aunque me exigían cumplir normas de conducta estrictas sabía que ellos también las respetaban. Me proporcionaron la mejor educación que el dinero puede comprar y me apoyaron siempre en mis estudios.

Rosalind le escuchaba describir cuánto les debía a sus padres adoptivos. Aún no había mencionado un solo nombre, pero mientras caminaba nervioso por la habitación su corazón se heló. De pronto supo que… lo supo con un negro fatalismo que la hizo preguntarse si acaso siempre lo había sabido…

—Es Peggy, ¿no es así? —pronunció con los labios pálidos cuando no pudo soportar más la tortura—. Donald y Peggy Staines son tu tío y tu tía…

Él giró tirando uno de los paquetes, del que salió una camisa de seda verde. La había comprado porque ése era el color de sus ojos, y pensó que de esa forma la recordaría cuando no estuviera presente.

—Peggy recuperó la conciencia ayer por la mañana. Don no me había llamado hasta ahora porque sus constantes vitales aún no se habían estabilizado, pero ahora ya han tenido tiempo para hacer un diagnóstico… El ataque la afectó al movimiento de su lado izquierdo y a su capacidad para hablar, pero puede hacerse entender.

Rosalind apenas podía contenerse. Peggy estaba despierta y comenzaba a comunicarse. Se sintió como si ella misma sufriera un ataque al corazón, y la opresión de su pecho era tal que no podía soportarlo. Miró hacia arriba a la enorme figura que tenía delante, al hermano adoptivo de Peter Noble. Pobre Peggy, se lamentó, había tenido dos hijos y ninguno de ellos llevaba su nombre. Se había visto obligada a entregar a su hijo natural y luego había ganado otro en adopción. El amor y respeto que Luke sentía por ella rayaba en la reverencia, pero se preguntó si soportaría la vergüenza que ella nunca se había atrevido a revelar.

—No fue una simple coincidencia que vinieras a Tioman, ¿verdad? Descubriste que yo venía y me seguiste.

—Don me suplicó que investigara en qué clase de lío se había metido Peggy. Necesitaba saber si iba a estallar un escándalo. Es de

esa clase de hombres… dolorosamente honestos. No recuerda nada de lo que le dijiste en el hospital, sólo que te mostraste vaga y evasiva, y que desapareciste sin más. Él no podía dejar a Peggy, así que yo me ofrecí para seguirte.

Rosalind escuchaba en silencio.

—La policía opinaba que escondíais algo, pero no tenía ninguna pista y sospechaba que huirías a la menor presión, así que estuve sondeando en la Pendragon antes de volar a Auckland, y gracias a mi posición allí descubrí que Jordán había hecho una reserva de viaje extremadamente confidencial… de la que no se podían deducir los impuestos. Supe que la mejor oportunidad de que dispondría para persuadirte era tomando ese avión.

—Pero no puedo creer que Jordan…

—El no tiene ni idea de quienes son mis padres, nuestra amistad se desarrolló únicamente en las oficinas de la Pendragon —la interrumpió impaciente—. Lo que sí fue una coincidencia fue que me lo encontrara en el aeropuerto. Y un golpe de suerte. Pero por desgracia él no pudo decirme nada que yo no supiera, así que comprendí que si no habías confiado en él tampoco ibas a confiar en mí. Y teniendo en cuenta que se te acusaba de chantaje no pensé que la compasión fuera una de tus virtudes. En eso me equivoqué, ¿verdad?

—¿Creíste que tendrías más oportunidades de que te lo contara si te acostabas conmigo? —le preguntó con amargura.

—Al principio sí se me ocurrió, sobre todo teniendo en cuenta tu reputación de conducta atolondrada.

Ella se puso pálida, se levantó y señalándole con el dedo exclamó:

—¡Eres un bastardo!

—Te he contado lo que Peggy y Don significan para mí —se excusó igualmente pálido.

—¿Y crees que eso te excusa por lo que has hecho? Supongo que ahora me vas a decir que el fin justifica los medios —dijo furiosa—. ¿Crees que tus padres estarán orgullosos de ti sabiendo que te has prostituido por nada?

—¡He dicho solamente que se me ocurrió, eso es todo! —la cortó áspero—. ¡Maldita sea, Roz! Estoy intentando ser sincero contigo por el bien de los dos. Yo no te conocía entonces. Ahora te conozco,

probablemente más de lo que tú quisieras. Sabes tan bien como yo que te hice el amor porque era algo natural entre tú y yo. No hubo ningún motivo ulterior, excepto quizá el de fortalecer el lazo que nos unía lo suficiente como para que nuestra relación sobreviviera, fueran cuales fueran las verdades que tuviéramos que decirnos el uno al otro.

El semblante de Luke había recuperado de nuevo su color.

—Y nuestro lazo es fuerte, ¿no es así, Rosalind? Sí, estamos enfadados y sí, te sientes frustrada y dolida, igual que yo, ¡y sí, sí! Voy a utilizar todos los medios a mi alcance para conseguir que me digas lo que necesito saber, pero lo hagas o no nuestra relación no ha terminado… No lo permitiré.

Rosalind había tenido muchas discusiones, pero en ninguna había sentido el dolor del atacante con tanta agudeza como sus propias heridas. A la mañana siguiente, en el ferry hacia Singapur, se congratulaba a sí misma por haber sabido resistir el ataque de Luke sobre su conciencia, sobre sus volubles emociones y, finalmente, sobre su cuerpo. Habían estado haciendo el amor durante toda la noche con un anhelo brutal e irracional, pero en lugar de sentirse frágil y vulnerable se sentía pictórica de una nueva energía. Luke parecía absolutamente dispuesto a reclamarle su lealtad, tanto en la cama como fuera de ella. Bien, primero tendría que prepararse para afrontar otras reclamaciones prioritarias.

Lo había dejado durmiendo y había firmado la factura del hotel, llevándose una bolsa de mano y dejándolo todo arreglado para que le mandaran el resto de su equipaje. Huía confiando en que sus escasas pertenencias engañarían a Luke. Por desgracia, cuando llegó al diminuto aeropuerto no quedaban plazas libres hasta el vuelo de la tarde hacia Kuala Lumpur, así que en lugar de esperar se dirigió al muelle, y allí consiguió un pasaje en el catamarán.

Los dos picos gemelos de Tioman se alejaban en el espejo del Mar del Sur de China, pero Rosalind se negó a mirar atrás. Sin arrepentimientos, se dijo a sí misma. Había tomado una decisión, y tendría que perseverar en ella hasta el final. Medio día más tarde embarcó en un vuelo en primera clase de Singapur a Auckland, por desgracia con escalas en un par de ciudades que no figuraban en su vuelo original. Se sentó derecha en su asiento mientras perseguían el amanecer por todo el camino a través del Pacífico, repitiendo

escenas en su mente una y otra vez hasta que pensó que ya estaba preparada para afrontar lo que ocurriera.

Casi veintisiete horas después de haber besado y despedido al hombre que dormía en un paraíso lejano, Rosalind entró en la sala de la moderna clínica de Wellington. Peggy Staines estaba en la lista de enfermos que no recibían visita. Al entrar tropezó e inmediatamente se puso a discutir con una jefa de seguridad en el control de enfermería.

—Está bien, hermana, ya sé que su aspecto es peligroso, pero está conmigo.

Rosalind se quedó boquiabierta ante el espejismo. De pie, delante de ella, con un traje ligeramente arrugado, le caía el pelo por la frente y tenía los ojos casi tan inyectados en sangre como ella.

—¿Cómo…?

—Te lo dije. Te conozco casi tan bien como tú misma, Roz Marlow. Este es un ejemplo más de tu estilo extravagante. Tomas una decisión en caliente, haces una salida dramática, y luego tienes un gesto rimbombante de autosacrificio. ¿Crees que no me di cuenta en el instante mismo en que dejaste la cama? ¿Crees que no tomé el teléfono inmediatamente y pregunté en recepción si te habías ido? ¿Crees que no pude inventarme una historia para que la mujer del mostrador de vuelos a Singapur no se compadeciera de mí? Me enseñaste bien, Roz. Debiste serme fiel, si lo hubieras hecho ahora no estarías hecha una ruina —dijo Luke mirando sus vaqueros, su camiseta arrugada por el viaje y su chaqueta de algodón—. Conseguí prioridad en el vuelo desde Tioman explicando que tenía una emergencia familiar. Supongo que tú tomaste la ruta turística.

Rosalind sintió que su nivel de adrenalina se elevaba.

—¡Pero, cómo…!

La enfermera, casi un sargento mayor, les interrumpió:

—No la molesten mucho tiempo, señor James. Necesita descansar.

—No claro, es muy amable de su parte.

Se sentía terriblemente mal. ¿Cómo podía aquella mujer tratar tan bien a alguien que la insultaba de aquel modo? Le dedicó una sonrisa brillante y burlona.

—Está hablando de Peggy, Roz —la reprobó mientras la enfermera se iba a grandes zancadas.

—Oh —le lanzó una mirada—. ¿Cómo está?

Luke no había tratado de detenerla para que no abandonara Tioman ni para que no entrara en el hospital, y sin embargo estaba esperándola. ¿Acaso, se preguntó, pensaba demostrarle lo inútil que era intentar ver a su tía? La agarró del codo y la llevó por el largo corredor acortando sus pasos para armonizar con los de ella.

—Está lo suficientemente bien como para verte.

—¿Le dijiste que venía?

—No está en condiciones de recibir ningún shock. No te preocupes, le he asegurado que aunque nos conocemos no hemos discutido nada de lo que ocurrió entre vosotras, y pareció sentirse muy aliviada.

Luke le contó la conversación que había tenido con su tía.

—Me dijo que se sentía muy molesta, que había sido fan tuya durante años y que se dejó llevar por la emoción cuando te reconoció en el hotel tomando café. Dijo que te siguió hasta tu habitación y que consiguió que tú le invitaras a pasar fingiendo ser una empleada del hotel, y que tú amablemente le dejaste quedarse a tomar algo y charlar mientras te preparabas para una cita. Dijo que pensaba que Don iba a enfadarse con ella por comportase como una colegiala, y que lamentaba mucho haberte puesto en una situación tan difícil haciéndote prometer que no le dirías a nadie lo tonta que había sido cuando comenzó a sentir esos dolores. No le conté hasta qué punto se ha interesado la prensa, pero sí le he dicho que te han presionado para que hables, y ella me contestó que no se le había ocurrido pensar que su estupidez pudiera tener consecuencias tan desproporcionadas, y que de haberlo sabido nunca te lo habría pedido.

El corazón de Rosalind se hundió. Peggy no había hecho más que despertarse y ya estaba borrando las huellas de lo sucedido frenéticamente. Tenía intención de que continuara la farsa para siempre. En realidad aquella historia sonaba plausible, pero era obvio por el tono de voz de Luke que conocía demasiado bien a Rosalind como para creer que una razón tan frívola pudiera estar detrás de su inmutable demostración de lealtad.

—Eso es lo que le va a contar a Don, y como ambos creen que

mentir es un pecado él la creerá —se restregó la cara con una mano y añadió—: Problema resuelto… mientras no estalle el escándalo más tarde…

Rosalind no dijo nada. ¿Qué podía decir? No podía garantizar que la verdad no fuera a descubrirse algún día. Lo único que podía hacer era apartarse del asunto asegurándose de que eso no ocurriera por su culpa. A menos que pudiera persuadir a Peggy de que confesara la verdad y de ese modo comenzar todos de nuevo por el principio.

—Odio que tenga que sufrir de este modo —continuó él con ira —. Ella siempre ha sido tan fuerte… y verla así tendida tan… tan…

Su voz sonaba apagada. Pararon delante de una puerta abatible con la parte superior de cristal reforzado y el apoyó la mano tapándole la vista de la cama que había dentro.

—Luke…

Se sorprendió al ver sus ojos llenos de lágrimas, su piel tirante entre las mejillas y su mandíbula. Le hacía daño verlo así, y parte de la culpa de su dolor era suya. Se preguntó si había hecho bien en ir al hospital, si no le estaría poniendo las cosas más difíciles a él y a su familia, y si no había sido una decisión egoísta.

—Luke, yo…

—Lo sé, lo sé. Quieres entrar sola —dijo malinterpretando su tartamudeo. La soltó el codo y añadió—: Por el amor de Dios, Roz, sea lo que sea lo que ocurre no le hagas más daño. Va a necesitar cada gramo de esperanza y coraje para soportar la rehabilitación.

En los ojos de Rosalind se reflejó el dolor por la ironía de la petición. Luke no sabía qué le estaba pidiendo.

Si quería tener alguna clase de futuro con él era necesario que Peggy diera su brazo a torcer. Y quizá aunque lo hiciera de todas formas podría perderlo.

—Por supuesto que no lo haré.

Se dio la vuelta para entrar y sintió que la tocaba en el hombro.

—Y, Roz…

—¿Qué?

Miró hacia atrás y rozó su mano con la barbilla. Incapaz de resistirse, reclinó la cabeza y colocó la mejilla amorosamente contra ella, hasta que él volvió la mano y acarició la línea de su mentón posándose sobre el.

—Te quiero —dijo con voz ronca.

—¿Qué? —debía de estar alucinando, pensó, soñando despierta.

—No importa. Luego. Ve… —la empujó por la espalda y ella dio un paso adelante alcanzando la puerta—. Te estaré esperando.

Después de media hora, larga, lenta e intensamente dolorosa, él cumplió su palabra. Se levantó de la dura silla de madera de la sala de espera al verla dirigirse hacia él y presunto:

—¿Y bien?

Ella cerró los ojos, secos y enrojecidos, sin querer afrontar la pesadilla.

—Tengo que irme.

—¿Irte? ¿Irte a dónde? —su voz sonaba como si proviniera del final de un túnel.

—A casa.

—¿A casa?

—A Auckland, a mi apartamento. Tengo que estudiar para un ensayo…

Aceptaría ese papel para la representación de Shakespeare, pensó, intentaría entusiasmarse. Peter ya no estaba, nadie iba a distraerla en escena, nadie iba a paralizar sus cuerdas vocales con miedos anónimos. Su carrera reemplazaría el lugar que deberían ocupar sus hijos en su vida, y la estiraría para tapar el hueco que dejaba Luke. Sería la Lady Macbeth más fiera, más ambiciosa y más desgraciada de la historia. Hubo un largo silencio. Abrió los ojos para enfrentarse con la tormenta negra que reflejaban los de él.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

Ella intentó sonreír, pero falló y se encogió de hombros.

—Nada, hablamos. Ya ha terminado todo. No hay razón para que me siga sintiendo culpable o responsable de Peggy. Me dijo que había tenido punzadas de dolor en el pecho, pero que las había achacado a una indigestión. Y de lo demás, bueno… —encontró una pared en la que apoyar su hombro y se inclinó agradecida. Sus piernas parecían no funcionar—. Es tal y como ella te contó.

La lucha de Peggy por hablar le había recordado aquellos horribles minutos en la habitación del hotel, y el ruego agitado de sus ojos junto a la expresión de su rostro deformado habían sido razón suficiente para Rosalind, igual que en la ocasión anterior.

Peggy tenía un miedo mortal a perder a su familia, y en ese

momento, atrapada en su enfermedad, era más vulnerable que nunca. Había encontrado el cuerpo de Peter en su apartamento, por el que había pasado de camino al hotel y, tal y como Rosalind supuso, había sentido pánico. En aquellos momentos anteriores a la pérdida de conciencia tuvo la impresión de que podía redimir su culpa contándolo todo, y eso era lo que había hecho.

Rosalind le resumió el relato de los sucesos pensando en que la pobre mujer no tenía necesidad de conocer las circunstancias en las cuales habían encontrado el cuerpo de su hijo. Su pesar por su muerte enmudecía ante su vergonzoso sentimiento de alivio, y fiel al espíritu que había caracterizado su comportamiento a lo largo de los años, quería desesperadamente hacer desaparecer su pasado bajo el seguro manto de la mentira al que siempre había pertenecido. Rosalind odiaba esa actitud, pero estaba demasiado exhausta como para explicarle sus razones, incluso en el caso de que hubiera sido capaz de desenredarlas para el frágil fardo de humanidad que yacía en la cama. Sentía que en los años venideros Peggy continuaría luchando con su conciencia y que al final acabaría pagando el precio de no afrontar un pasado no resuello.

—¿Y a dónde nos lleva eso a nosotros? —interrumpió Luke sus pensamientos angustiados poniendo una mano sobre la pared cerca de su cabeza e inclinando el rostro para forzarla a mirarlo.

—¿A nosotros?

Ella seguía siendo una actriz. Quizá eso fuera todo lo que sería siempre para Luke. pero al menos sería la mejor. Hizo acopio de todo el valor que le quedaba y rió:

—Oh, Luke, no seas tan… profundo. No hay nosotros, aquello fue sólo la fiebre de las vacaciones, salpimentadas con la intriga de nuestras sospechas mutuas. Es una vergüenza que haya tenido que acabar de esta forma, pero quizá sea lo mejor. Volvemos a la vida real, y no creo que tengamos demasiadas cosas en común.

Rosalind gritó al golpear él la pared.

—¡Oh, no, no lo harás! —volvió a martillear—. ¡No te he perseguido por medio mundo para que me apartes de ti con una simple representación! Te dije antes de que entraras que te quería. Eso significa algo para ti, pude apreciarlo. Deja de negarlo, ¡maldita sea, te quiero!

—Quizá sólo lo creas así —contestó desesperada, consciente de

la mujer enferma que se interponía entre ellos como un espectro.

Quizá con el tiempo, si Peggy se ponía bien, cedería. ¿Pero qué ocurriría si no era así?, Se preguntó. Rosalind se imaginó una vida amando a Luke, compartiéndolo todo con él, entrando en contacto con Peggy y con Don. Caminaría siempre por el filo de la navaja, consciente de que un descuido podría sembrar las semillas de la destrucción en el matrimonio de sus padres adoptivos. Se ahogaría. En el amor, como en todo lo demás, Rosalind lo quería y lo daba todo. O todo o nada. Lo amaría en libertad y por completo o no lo amaría.

—Pero tú eres realista, Luke, y sabes que eso no siempre es suficiente —continuó—. Queremos cosas tan diferentes de la vida…

—Sí, yo te quiero a ti y tú me quieres a mí. Es diferente y es lo mismo. Nos complementamos el uno al otro, encajamos el uno en el otro, como dos mitades de un mismo todo —cerró los puños blancos contra la pared mientras la observaba en su inmovilidad esculpida de fríos rasgos clásicos—. Si quieres que sea ésta nuestra hora final, lo será. Mírame y dime que no sientes nada por mí. Convénceme. ¡Mírame a los ojos, maldita sea, y dime que no me quieres y que nunca podrás quererme!

Ella elevó unos trágicos ojos verdes en los que el dolor atroz luchaba por abrirse camino en la inmutabilidad de su semblante.

—No te quiero ni nunca podré quererte —dijo, odiándolo por forzarle a ser tan brutal.

Él respiró. Sus manos cayeron pesadas sobre sus hombros mientras inclinaba las cejas.

—¿Y la gente paga para verte hacer esto? —ladeó la cabeza—. Oh, Roz. espero que nadie me pregunte nunca por mi opinión sobre ti como actriz.

Su respuesta fue tan inesperada que no pudo evitar resbalar por la pared. ¿Cómo era posible, se preguntó. que no la creyera? Pensaba que se merecía un premio de la Academia por su interpretación.

—¡No te quiero! —repitió afiebrada—. ¡De verdad que no te quiero!

Él la agarró por la cintura para prevenir que se cayera, Sentía como si el mundo, loco, se inclinara.

—Hemos hecho las cosas al revés, ¿verdad Roz? Hemos

disfrutado de la luna de miel antes de casarnos, ¿no es así?

Ella levantó las manos en un gesto de rechazo, pero él las capturó y besó.

—Luke, por el amor de Dios, no funcionaría.

—¿Por qué no?

Por un millón de razones, pensó, la mayor parte de ellas relacionadas con otras personas.

—Simplemente no funcionaría. Mi carrera me obliga a viajar, me gusta moverme y llenar mi vida de emociones. A ti no te gustaría, eres demasiado convencional, necesitas establecerte, tener una casa, una familia, hijos —una luz brilló de pronto en su mente sobrecargada—. Serías un magnífico padre. Deberías tener una familia grande, llena de niños que te resarcieran de haber sido hijo único. Yo ni siquiera puedo darte uno…

Rosalind continuó argumentando que no lo había pensado bien, enumeró las razones por las que él acabaría resintiéndose de no tener niños y le avisó de que, de todas formas, ella nunca querría casarse ya que no veía una razón para hacerlo al no tener hijos a los que proteger.

—Muy bien, viviremos juntos el resto de nuestras vidas

—¡Luke!

—Escucha, Rosalind —dijo tomando su cabeza con ternura—. Se lo que estás haciendo, es encomiable, pero no puedes protegerme de mis propios sentimientos. Déjame que sea yo quien decida y cargue con la responsabilidad. He pensado bien en esto. Durante las últimas veinticuatro horas no he pensado en otra cosa. Sé perfectamente que tú y mi tía estáis unidas de alguna manera, y que ella no quiere que tú lo reveles. Probablemente es algo relacionado con su pasado, algo de lo que se avergüenza amargamente, y para alguien de su generación y educación religiosa, ese algo tiene que relacionarse con el sexo. Escucha, sé que no es posible que seas su hija, pero quizá estés emparentada con ella a través de alguien más.

—¡No!

Luke la hizo callar poniendo un dedo sobre sus labios.

—Déjame terminar. Nunca más volveré a preguntártelo, nunca más. No tengo porqué hacerlo. Es algo entre Peggy y tú, no entre tú y yo. ¿No comprendes que al decirte que te amaba antes de entrar en esa habitación te estaba demostrando mi fe? Nunca perderé la fe

en ti, Roz, creo en ti. Eres una idealista apasionada, una amiga sincera y honesta, incapaz de dejarte sobornar o de servirte de los demás para tus propios fines, y como siento esa certeza en mi corazón puedo aceptarlo todo con confianza. Te quiero por todas tus cualidades, por tu alegría y tu tenacidad, por tu dramatismo y por tu profunda humanidad, incluso… sí, por tu esterilidad.

De nuevo asomaron las lágrimas a sus oscuros ojos, pero junto a ellas asomó también el brillo de un compromiso profundo y apasionado con lo que estaba diciendo y que desvaneció las dudas y fatigas de Rosalind.

—La pena que arrastras de tu pasado es parte de la compasión que traes al presente. Me gustaría ahorrarte ese dolor pero sé que no puedo, sólo puedo hacer lo mismo que haces tú por las personas a las que amas: estar con ellos cuando el sufrimiento es demasiado como para soportarlo en soledad. Puede que no nazcan niños de nuestro amor, pero aún nos quedará el amor, Roz. mucho amor.

Apoyó la frente contra la de ella y susurró un ruego:

—Yo también necesito que estés siempre conmigo. Roz. Para lo bueno y para lo malo, en la enfermedad y en la salud. De eso se trata, de confiar. Si me amas, entonces, debes creer en mí. Guarda tus secretos y confía en que nada va a obligarme a traicionar nuestro amor.

—Por favor…

Rosalind lo abrazó, muy cerca y muy fuerte. Había demostrado un magnífico coraje diciendo aquello, desnudándose ante ella sin que ella hubiera pronunciado siquiera una palabra de amor. Podía sentir que todo su cuerpo temblaba ante la confesión.

«Confianza, traición.» Rosalind sabía muy bien cuál de aquellas dos palabras se asociaba con Luke. Él era inteligente, capaz, sensible, fuerte y profundamente serio. Por supuesto que confiaba en su juicio, en la profundidad de su comprensión, y en su compasión. Nunca traicionaría a aquellos a los que amaba, no más que ella. En ese sentido ambos eran iguales. Tendrían dificultades más adelante, pero sabía que no había secretos que no pudieran compartir ni sufrimientos o problemas que no pudieran discutir. Por el momento se aferraría a aquel secreto en soledad, pero algún día le hablaría de Peggy y de Peter, y sabía que al hacerlo no crearía una barrera entre ellos, sino otro puente para su mutua

comprensión,

—¡La escena más importante de mi vida y me obligas a interpretarla en la sala de espera de un hospital vacío! —dijo con voz sofocada—. Esperaba un nutrido público y una orquesta completa. ¡No has sido muy generoso al hacer proposiciones, Luke James!

—¿Significa eso que crees en mí? —preguntó elevando el rostro bruscamente mientras sus ojos brillaban con un esplendor oscuro ante la sutileza de su respuesta.

Ella rió y lloró al mismo tiempo. Su querido, adorado y cauto Luke necesitaba una respuesta directa, con pelos y señales.

—Sí. Significa que creo en ti. Te amo, Luke James. Ahora y siempre creeré en ti.



SUSAN NAPIER (nacida un 14 de febrero en Auckland, Nueva Zelanda). es una popular escritora de más de 30 novelas románticas para Mills & Boon desde 1984.

Trabajó como reportera en el periódico «Auckland Star», donde conoció a su marido, Tony Potter, reportero jefe. Tuvieron dos hijos, Simon y Ben.

De sus novelas publicadas algunas se han traducido en más de 20 idiomas. *Romantic Times* ha descrito su trabajo como 'multi-capas' con 'bien definidos personajes y conflicto dominante'. Ha sido dos veces nominada para el premio *Romantic Times Reviwer's Choice Award*, en 1996 por *Una rubia muy especial*, y en 1997 por *La amante del novio*.